

El Partido Revolucionario Cubano de José Martí:

concepción ético-política original

Selección, organización y traducción:

Dionisio Lázaro Poey Baró
y Maria Auxiliadora César







El Partido Revolucionario Cubano de José Martí: concepción ético-política original

Dionisio Lázaro Poey Baró
Maria Auxiliadora César
(orgs.)

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros
BARÓ, D. L. P. and CÉSAR, M. A., eds. *El Partido Revolucionario Cubano de José Martí*: concepción ético-política original [online]. Translated by Dionisio Lázaro Poey Baró and Maria Auxiliadora César. Brasília: Editora UnB, 2023, 234 p. ISBN: 978-65-5846-105-0. https://doi.org/10.7476/9786558461678.



El Partido Revolucionario Cubano de José Martí





El Partido Revolucionario Cubano de José Martí:

concepción ético-política original

Selección, organización y traducción:
Dionisio Lázaro Poey Baró
y Maria Auxiliadora César



Equipo editorial

Coordinadora de producción editorial Marília Carolina de Moraes Florindo
Asistencia en editoración Emilly Dias
Revisión Ana Alethéa Osório
Traducción Dionisio Lázaro Poey Baró
Maria Auxiliadora César
Imagen de capa José Martí junto a miembros del Consejo de Kingston, Jamaica (1892) bajo licencia Creative Commons (CC0 1.0)

Derechos exclusivos para esta edición:
Editora Universidade de Brasília
Centro de Vivência, Bloco A – 2ª etapa, 1º andar
Campus Darcy Ribeiro, Asa Norte, Brasília/DF
CEP: 70910-900
Telefone: (61) 3035-4200
Site: www.editora.unb.br
E-mail: contatoeditora@unb.br

Catalogación internacional en datos de publicación (CIP)
(Biblioteca Central de la Universidade de Brasília – BCE/UnB)

P273 El Partido Revolucionario Cubano de José Martí : concepción ético-política original / selección, organización y traducción: Dionisio Lázaro Poey Baró y Maria Auxiliadora César. – Brasília : Editora Universidade de Brasília, 2023.
236 p. ; 23 cm.

Inclui bibliografia.
ISBN 978-65-5846-100-5

1. Martí, José, 1853-1895. 2. Partido Revolucionário Cubano. 3. Ética. 4. Política. I. Poey Baró, Dionisio Lázaro. II. César, Maria Auxiliadora.

CDU 329

Heloiza dos Santos – CRB 1/1913

Bella es la actuación unida del Partido Revolucionario Cubano, por la dignidad, jamás lastimada con intrigas ni lisonjas ni súplicas, de los miembros que lo componen y las autoridades que se han dado, –por la equidad de sus propósitos confesos, que no ven la dicha del país en el predominio de una clase sobre otra en un país nuevo, sin el veneno y rebajamiento voluntario que va en la idea de clases, sino en el pleno goce individual de los derechos legítimos del hombre, que sólo pueden mermarse con la desidia o exceso de los que los ejerciten,– y por la oportunidad, ya a punto de perderse, con que las Antillas esclavas acuden a ocupar su puesto de nación en el mundo americano, antes de que el desarrollo desproporcionado de la sección más poderosa de América convierta en teatro de la codicia universal las tierras que pueden ser aún el jardín de sus moradores, y como el fiel del mundo.

José Martí, fragmento de “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano, El alma de la Revolución y el deber de Cuba en América”, *Obras completas*, 1975, tomo 3, p. 139.

Índice

Biografía y trayectoria política de José Martí

José Julián Martí y Pérez nació en la Habana el 28 de enero de 1853 y murió el 19 de mayo de 1895, en el combate de Dos Ríos, uno de los numerosos enfrentamientos contra las tropas de España en la última guerra por la independencia de Cuba, "de cara al sol", como había soñado en sus memorables versos.

Sus padres, Mariano Martí Navarro y Leonor Pérez Cabrera, nacieron respectivamente en Valencia (España) y en Santa Cruz de Tenerife (Islas Canarias) y se casaron en La Habana.

En 1857, su padre, con problemas de salud, renunció al trabajo como sargento primero del Cuerpo Real de Artillería y embarcó con su familia para España.

El 10 de octubre de 1868, Carlos Manuel de Céspedes protagonizó el grito de independencia y comenzó la lucha por la liberación de Cuba, en una guerra que se extendió por diez años. La Isla recibió entonces a un nuevo gobernador, de ideología liberal, dispuesto a

acabar la guerra mediante la implementación de reformas, entre ellas la libertad de prensa.

Martí compartió la inquietud política que crecía no solo entre los estudiantes sino también en las calles en general, donde se registraban choques cada vez más violentos entre criollos y españoles. Aumentaba la presión anticubana y crecían las acciones de extrema violencia. También aumentaba la ansiedad entre los jóvenes habaneros y los luchadores clandestinos y, a pesar de la censura de la prensa y de la represión instaurada por los representantes del gobierno de España, en el colegio San Paulo eran leídos poemas y sátiras impresas, y muchos conspiraban.

Martí y sus amigos deseaban incorporarse a la lucha armada, pero las salidas de la ciudad estaban bloqueadas y el único camino, bastante difícil, seria intentar huir al extranjero para después regresar a la región oriental en una expedición.

Durante el período de libertad de imprenta surgieron diversos periódicos, entre ellos, *El Diablo Cojuelo*, cuyo único número vio la luz el 19 de enero de 1869, con la colaboración de José Martí. Los artículos de opinión estaban cargados de ironía, especialmente en lo referente a los límites impuestos, ya que se podía escribir sobre todo, excepto de la abolición y la independencia.

Martí preparó el único número de su semanario democrático-cosmopolita, *La Patria Libre*, en el cual aparecieron poemas patrióticos, como “Abdala”, símbolo trágico de una lucha que marcaría toda su vida y que se debatiría entre el amor de hijo y el amor a la madre mayor, como él llamaba a la Patria.

Los padres veían con preocupación el peligro que corría su hijo y el hogar teniendo en cuenta la creciente represión y violencia

del gobierno. Rafael María de Mendive, profesor de Martí, y quien ayudaría a sembrar en él las primeras semillas de rebeldía, había caído preso y posteriormente cumpliría destierro en España.

En octubre de 1869, Martí fue preso después de haber escrito con un amigo una carta criticando a un excolega de la escuela que se había unido a las tropas españolas. Con tan solo 16 años, fue juzgado y condenado a seis años de prisión con trabajos forzados, recibió la pena más alta entre todos sus amigos. En su pierna derecha le colocaron un grillete. Ese tiempo en la prisión le afectó la salud y le permitió ver los aspectos más horribles del régimen colonial.

Los padres, aterrorizados por su estado de salud y su futuro, comenzaron a realizar gestiones para conseguir un indulto alegando que era menor de edad y que lo necesitaban en el hogar con siete hijas. Su pena fue conmutada unos años después y Martí viajó a España desterrado.

En la península publicó el folleto "El presidio político en Cuba", testimonio de denuncia y crítica contra el colonialismo español. Continuó sus estudios y se matriculó en la carrera de Derecho en la Universidad Central de Madrid, dio aulas particulares y leyó mucho, a pesar de estar enfermo, como resultado del tiempo en prisión.

Martí conoció las características del liberalismo español diferente del cubano y comprendió que ni los conservadores ni los liberales estaban en condiciones de proponer soluciones adecuadas para los problemas de Cuba.

En 1873, fue proclamada la primera República española y, con la llegada de los liberales al poder, pareció surgir un rayo de esperanza. Martí colocó en un portal la bandera de la estrella solitaria y publicó su folleto "La República Española ante la Revolución Cubana" exigiendo de los republicanos una actitud consecuente con

los principios y el reconocimiento de la libertad de Cuba, lo cual no ocurrió. En ese mismo año su familia se mudó para México, pues en Cuba estaban sin trabajo y sin posibilidad de reunirse con su hijo; la vida se volvió imposible.

En junio de 1874, se graduó de Licenciado en Derecho Civil y Canónico. Martí y su amigo Fermín Valdés Dominguez, también desterrado, se encontraron en Francia y visitaron otras ciudades europeas y después Martí embarcó hacia Nueva York rumbo a México para reunirse con sus familiares. En México también se enfrentaban fuerzas democráticas y progresistas con las conservadoras. Todas las experiencias vividas por Martí en plena juventud le permitirían reflexionar sobre el futuro de Cuba y las tareas necesarias en la lucha contra el colonialismo español.

Regresó a Cuba en 1877 y poco tiempo después viajó a Guatemala, lo que le permitió continuar profundizando sus conocimientos sobre la realidad de los pueblos latinoamericanos y madurar políticamente. Ese mismo año se casó en México con Carmen Zayas Bazán, una camagüeyana que conoció en aquellas tierras.

Concluída la guerra en 1878, regresa a Cuba. Nace su hijo José, el Ismaelillo de su poemario, y se queda junto a su familia. Pidió autorización para ejercer funciones como abogado, pero le fue negada. Trabajó en un bufete de abogados y realizó una intensa labor literaria, destacándose también como orador. Conoció la nueva política autonomista permitida después de la guerra, pero la rechazó por entender que no solucionaría los problemas de Cuba.

En 1879 Martí se une al movimiento que conspiraba para reiniciar la lucha armada, por lo que ese mismo año fue detenido nuevamente por su labor de conspiración junto a otros cubanos

que respondieron al llamado del Comité Revolucionario Cubano radicado en Nueva York para organizar una nueva guerra por la independencia. Comenzó su segundo destierro en España, donde permaneció bajo vigilancia de agentes contratados por el gobierno colonialista, aun así, pronunció discursos en diferentes lugares, mientras trabajaba como profesor, demostrando sus grandes cualidades de orador y poeta. De España escapó y partió a Nueva York llegando a presidir el Comité Revolucionario Cubano en los últimos meses de esa tentativa de guerra fracasada.

En 1881 viajó a Venezuela donde permaneció casi un año. En ese país realizó una amplia labor literária y periodística, antes de regresar definitivamente a Nueva York, ciudad donde residirá hasta 1895.

Martí ocupó varios cargos importantes, como cónsul de Argentina, Uruguay y Paraguay en Nueva York. Su esposa e hijo viajaron a Cuba en 1885 y posteriormente regresaron a Nueva York en 1889, cuando se produjo la separación definitiva de la pareja. Enseguida Martí cayó enfermo. En 1892 fue proclamado el Partido Revolucionario Cubano, cuyas bases y estatutos fueron perfilados por él, que comenzó una intensa etapa de viajes, reuniones, entrevistas con patriotas en diversos lugares, los contactos más sistemáticos con Máximo Gómez y Antonio Maceo, figuras prominentes de la lucha revolucionaria cubana. En 1893, fue víctima de un envenenamiento. El 25 de marzo de 1895 firmó junto con Máximo Gómez el Manifiesto de Montecristo, declaración que instaura un nuevo período de guerra por la independencia de Cuba.

En 1895 llegó a Cuba y se reunió con Máximo Gómez y Antonio Maceo para organizar la guerra recién comenzada. Desde un inicio intentó poner en práctica sus concepciones políticas con vistas a

trabajar por la creación en un futuro de una República trabajadora y democrática, con instituciones y principios que garantizasen la verdadera democracia.

Martí llegó a Cuba portando su condición de Delegado del Partido Revolucionario Cubano y de organizador principal de la guerra. En los primeros días, recibió del Generalísimo Máximo Gómez el grado de Mayor General del Ejército Libertador. Entró en combate, por primera vez, el 19 de mayo de 1895 en la localidad de Dos Ríos, donde resultó herido de muerte.

Introducción

Esta publicación es el resultado de la selección, organización y traducción de textos sobre el Partido Revolucionario Cubano (PRC) escritos por José Martí y publicados en diferentes tomos de sus *Obras completas*.

La metodología utilizada responde más a un ordenamiento temático de que cronológico.

Los textos martianos que se refieren al PRC son variados: documentos estrictamente partidistas, comunicaciones e instrucciones a los afiliados, artículos del periódico *Patria*, cartas a independentistas y a figuras públicas extranjeras que pudiesen contribuir a la causa cubana, crónicas sobre la vida en los Estados Unidos y acerca de la vida de los cubanos en la emigración. Entre todos ellos fue necesario hacer una selección que fuese capaz de transmitir al lector las líneas más generales del pensamiento y de la actividad martianos en el partido, sabiendo los traductores que, como muchas otras publicaciones sobre la inmensa producción intelectual –literaria y política– de Martí, tratase de una "mirada" particular sobre una de las innumerables temáticas abordadas por el autor y que no se agota en esta publicación.

Considérase importante e imprescindible colocar a disposición del lector y de la lectora la relevancia y la vigencia de la concepción y del trabajo colectivo coordenado por Martí para la constitución del PRC, sus formulaciones estatutarias, su financiamiento y, especialmente, los principios éticos y políticos que guiaban sus acciones. En ese sentido se tomó la decisión de crear ocho grandes áreas temáticas divididas en capítulos cuyos textos componentes ofrezcan información sobre los temas escogidos.

En el primer capítulo son presentados los documentos rectores del Partido, en torno de los cuales se articula la labor partidista. Ellos son las “Bases del PRC” y los “Estatutos secretos del Partido”, así como una carta en la cual explica a los miembros las ideas rectoras y los métodos para el cumplimiento de sus funciones.

El segundo capítulo agrupa textos que muestran de manera más detallada la ideología de José Martí y las concepciones políticas con las que pretende regir el movimiento revolucionario independentista que organiza por medio del PRC. Hay en ese capítulo discursos políticos como el pronunciado en Tampa, el 26 de noviembre de 1891, cuando estaba preparando las condiciones para crear el Partido. El famoso “Discurso en el Liceo de Tampa”, llamado popularmente “Con todos y para el bien de todos” contiene las principales ideas rectoras del ideario democrático de José Martí. Agrúpanse en este capítulo otros textos que, en forma de carta o artículo, permiten conocer las ideas rectoras de las actividades políticas martianas. Todo este trabajo fue conducido a partir de posiciones altamente éticas.

La ética y la política eran indisolubles en la ideología de Martí. Por tal motivo se decidió dedicar un capítulo, el tercero, al tema

bajo el nombre de "La política y la ética en la política", en el cual se agrupan algunos textos que conservan grande vigencia y utilidad en nuestra época. Pueden ser leídos artículos como el del trecho seleccionado de "La revolución", que trae un mensaje ético, que define el sentido que la política debe tener, no de adulación, sino de justicia; no de busca de saludos, sino de la verdad; no de privilegios individuales, sino de ganar la patria libre. Otro texto, "La Política" va en la misma dirección de reforzar estos elementos éticos, ahora en relación a la política, que no puede ser sólo el arte de la administración, que es pequeña, pero se engrandece, vale citar:

> [...] cuando la política tiene por objeto salvar para la virtud y para la felicidad un pueblo de seres humanos que la opresión pudre en el vicio y el hambre lanza al crimen, cuando la política tiene por objeto salvar aquel pueblo, raíz principal de la vida, donde los seres humanos que se envilecen sutilmente, de la vileza que les rodea, son nuestro hijo y nuestra hija, sólo pueden desertar de la política los que deserten de sus propios hijos. (Martí, 1975, p. 336).

La ética política martiana se ejerce de manera especial en lo tocante a la recaudación de fondos para el funcionamiento de la organización y, fundamentalmente, para la preparación de la guerra libertadora. Por ese motivo se tomó la decisión de crear un capítulo específico, el cuarto, titulado "Financiamiento y recaudación de fondos", en el cual se reúnen textos como "El Día de la Patria", que encomia la iniciativa de los obreros de la industria

tabacalera de entregar voluntariamente al Partido lo equivalente a un día de trabajo. Son presentadas también aquí algunas cartas dirigidas a cubanos ricos solicitando de ellos apoyo pecuniario, pero de una manera ética y respetuosa, exaltando el valor patriótico de esa ayuda.

Los esfuerzos para la obtención de la independencia tenían como telón de fondo el peligro de expansión imperialista de los Estados Unidos, proceso previsto por él tras haber analizado la realidad política, económica y social de ese país. Era preciso conseguir la independencia antes de que esa nación se lanzase sobre Cuba, las Antillas y demás países de América Latina, previsión cumplida trágicamente en las primeras décadas del siglo XX, cuando varios países caribeños fueron invadidos por los Estados Unidos.

El anexionismo, corriente ideológica presente en sectores de la oligarquía y de las clases medias de Cuba siempre representó un peligro a la existencia de la nación cubana, pero en esos años finales del siglo, el peligro era mayor, pues se juntarían sincrónicamente las corrientes anexionistas del país con las expansionistas de los Estados Unidos. En ese contexto era urgente derrotar esa ideología y afianzar el independentismo en la población cubana. Por otro lado, el autonomismo, que aspiraba a la permanencia de Cuba como colonia española a cambio de algunas reformas liberales, también era defendido por otros sectores de la clase dominante. Contra el anexionismo y el autonomismo desató una amplia campaña ideológica José Martí.

En el capítulo quinto son presentados algunos de los numerosos trabajos dedicados por Martí a esos temas. Por ejemplo, en el texto “La agitación autonomista”, hace críticas al Partido autono-

mista que, en su opinión, da continuidad a una política claudicante, que no conduce a una transformación real.

En la carta a Pedro Gómez y García escribe que "No verá él en *Patria* jamás, ni el consejo de ligar a Cuba, peculiar y débil, con un pueblo diverso, formidable y agresivo que no nos tiene por igual suyo, y nos niega las condiciones de igualdad..." (Martí, 1975, p. 424) y en el texto "A la raíz" reafirma la opción política por la independencia y critica de nuevo el autonomismo y el anexionismo y concluye diciendo que "A la raíz va el hombre verdadero" y que radical es aquel que va a las raíces, que ve las cosas profundamente. Finalizando, en el texto "La verdad sobre los Estados Unidos", Martí dice que "Ni se debe exagerar sus faltas de propósito, por el prurito de negarles toda virtud, ni se ha de esconder sus faltas, o pregonarlas como virtudes [...], aunque afirme "el carácter crudo, desigual y decadente de los Estados Unidos" (Martí, 1975, p. 290; 294).

Para enfrentar eses inmensos peligros que significarían la destrucción de la nación cubana, el proyecto político martiano preconizaba la unidad estrecha de todas las clases y sectores sociales interesados en la independencia. Obreros, empresarios, campesinos, negros, blancos, españoles y todos aquellos que deseasen vivir en una nación democrática donde los intereses de las masas populares fuesen llevados en consideración y nunca olvidados. Crear una república que procurase el máximo de equilibrio posible en una nación deformada por los siglos de dominio colonial y de esclavitud que tendría como base el logro de la justicia. Esa nación, y junto a ella una república diferente, desconocida hasta ese momento, "una nación con todos y para el bien de todos", fue prometida por Martí y reflejada en los objetivos, en el accionar, en los documen-

tos programáticos del PRC y divulgados en numerosos artículos. Este constituye el objetivo de los textos agrupados en el sexto capítulo titulado "Sobre la unidad de las diferentes clases y sectores sociales" donde aparecerán páginas extraordinarias de grande vigencia sobre el racismo y la discriminación racial, de apoyo a la lucha de los trabajadores y de caracterización de la oligarquía.

Esas ideas que predominarían en la futura república cubana era necesario implementarlas ya desde antes de la guerra. El Partido Revolucionario Cubano funcionaría como un laboratorio social donde se practicaba la democracia, la sana discusión y el debate de ideas, donde se reconocían los méritos de todos y cada uno de los integrantes, sin distinciones de clases o de estatus social, hecho inédito en una sociedad como la cubana, creada en y para la desigualdad. Conmovedores textos son dedicados a patriotas que se destacaron por la entrega de sus mejores años y hasta sus riquezas personales a la lucha patriótica, a trabajadores que entregaban lo poco que tenían a la causa revolucionaria, a hombres y mujeres que se destacaban en aquello que Martí consideraba primordial: la virtud patriótica. Para no dejar fuera del libro este aspecto muchas veces olvidado de su labor, en el capítulo séptimo, hay varios textos que tratan de la convivencia, fraternidad y honradez del cubano de la emigración. Ya en el primero de ellos, "¡A Cuba!", expresa Martí la justeza del cubano sentirse vinculado al suelo donde vive y trabaja con dignidad. Es en los talleres de trabajo, donde se enaltece el alma y la grandeza del cubano. Ahí ve Martí el trabajo como arte y el arte como trabajo. Al describir un viaje suyo en "Un cubano en New Orleans" consigue, con sus palabras, mostrarnos la ciudad e, principalmente, enaltecer una familia cuya madre crio las hijas

"con la virtud de su viudez en el destierro". El texto "Cayetano Soria" describe poéticamente el entierro y los homenajes rendidos a ese personaje, hombre bueno, querido por sus trabajadores y por las asociaciones locales, revelando, de manera primorosa, aspectos sociales importantes de su vida. El texto "Desgracia de un amigo", que expone las agruras sufridas por un trabajador en su local de trabajo y pide ayuda y simpatía de sus compañeros trabajadores, finaliza este capítulo.

Finalmente, en el capítulo octavo, "El PRC en la guerra" hay varios textos correspondientes a la última fase de su vida y de su gestión al frente del PRC, pues una vez comenzada la guerra que con tanto sacrificio el Partido preparó durante tres años de intenso trabajo, desembarcó Martí en Cuba en abril de 1895 y cayó en combate el 19 de mayo del propio año. Cada uno de los textos reunidos en este capítulo posee un valor singular que remite a diferentes aspectos de la lucha de Martí por la independencia: la república justa, la procura de ayuda y simpatías de los países latinoamericanos, como México y República Dominicana y la obtención del respeto merecido por parte del pueblo norteamericano. Hay también en este capítulo, algunos trabajos relativos al fortalecimiento de los esfuerzos bélicos. Vale la pena describirlos brevemente: iníciase con el "Manifiesto de Montecristi", de gran trascendencia, redactado por Martí y firmado por él y Máximo Gómez en la ciudad de Montecristi, República Dominicana, el 25 de marzo de 1895 y que significa la declaración de independencia en el contexto imperialista mundial. A continuación, aparecen una carta a Federico Henríquez y Carvajal, dos a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, y dos circulares, una a los jefes y otra titulada "Política de guerra". Esos documentos se encaminaban

a movibilizar todas las fuerzas que pudiesen contribuir interna y externamente con la causa cubana en la nueva fase bélica. Enfatizaban la necesidad de redoblar los esfuerzos dentro de Cuba. Sobre esto último, Martí destaca la importancia que tiene el apoyo del periódico *Patria*; cuenta los detalles de su llegada a Cuba y, específicamente, se refiere a factores logísticos de la guerra, tales como la introducción y distribución de armas y municiones, los disfraces de los barcos de tránsito y los trayectos, los peligros y las cautelas necesarias, entre otros asuntos similares. Fue seleccionado también un fragmento de la carta escrita al periódico *New York Herald*, agradeciendo y enviando mensajes a los pueblos de la América española, al pueblo de los Estados Unidos y al mundo sobre lo que se espera de la república independiente.

Finaliza este último capítulo la emblemática "Carta póstuma a Manuel Mercado", inconclusa, pues se supone que Martí la pensaba reanudar después, en la cual expresa todo su agradecimiento, ternura y respeto al querido amigo, reafirmando su disposición, orgullo y obligación de participar en la guerra que se iniciaba. En esa carta expone directamente lo más esencial de su actividad vital, que es también su más importante legado:

> [...] ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber –puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo– de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso (Martí, 1975, p. 161).

La Nota final aclara al lector los hechos históricos que se sucedieron y lo que ocurrió con el PRC después de la muerte de Martí.

La bibliografía utilizada fue colocada respetando el orden en que aparece en los diferentes capítulos para facilitar posibles consultas.

Por fin, consideramos que los textos martianos que ponemos a disposición de los lectores pueden contribuir en los debates contemporáneos sobre la realidad política latinoamericana y los alcances de la democracia.

Los traductores de la versión en portugués

Capítulo I

Documentos programáticos del PRC

I
Bases del Partido Revolucionario Cubano

La Habana, 1892

Artículo 1º El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr, con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico.

Artículo 2º El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto precipitar inconsideradamente la guerra en Cuba, ni lanzar a toda costa al país a un movimiento mal dispuesto y discorde, sino ordenar, de acuerdo con cuantos elementos vivos y honrados se le unan, una guerra generosa y breve, encaminada a asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla.

Artículo 3º El Partido Revolucionario Cubano reunirá los elementos de revolución hoy existentes y allegará sin compromisos inmorales con pueblo u hombre alguno, cuantos elementos nuevos pueda, a fin de fundar en Cuba por una guerra de espíritu y método republicanos, una nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos y de cumplir, en la vida histórica del continente, los deberes difíciles que su situación geográfica le señala.

Artículo 4º El Partido Revolucionario Cubano no se propone perpetuar en la República Cubana, con formas nuevas o con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia, sino fundar en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud.

Artículo 5º El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto llevar a Cuba una agrupación victoriosa que considere la Isla como su presa y dominio, sino preparar, con cuantos medios eficaces le permita la libertad del extranjero, la guerra que se ha de hacer para el decoro y el bien de todos los cubanos, y entregar a todo el país la patria libre.

Artículo 6º El Partido Revolucionario Cubano se establece para fundar la patria una, cordial, y sagaz, que desde sus trabajos de preparación y en cada uno de ellos, vaya disponiéndose para salvarse de los peligros internos y externos que la amenacen, y sustituir al desorden económico en que agoniza un sistema de hacienda pública que abra al país inmediatamente a la actividad diversa de sus habitantes.

Artículo 7º El Partido Revolucionario Cubano cuidará de no atraerse, con hecho o declaración alguna indiscreta durante su propaganda, la malevolencia o suspicacia de los pueblos con quienes la prudencia o el afecto aconseja o impone el mantenimiento de relaciones cordiales.

Artículo 8º El Partido Revolucionario Cubano tiene por propósitos concretos los siguientes:

I. Unir en un esfuerzo continuo y común la acción de todos los cubanos residentes en el extranjero.
II. Fomentar relaciones sinceras entre los factores históricos y políticos de dentro y fuera de la Isla que puedan contribuir al triunfo rápido de la guerra y a la mayor fuerza y eficacia de las instituciones que después de ellas se funden, y deben ir en germen en ella.
III. Propagar en Cuba el conocimiento del espíritu y los métodos de la revolución, y congregar a los habitantes de la Isla en un ánimo favorable a su victoria, por medios que no pongan innecesariamente en riesgo las vidas cubanas.
IV. Allegar fondos de acción para la realización de su programa, a la vez que abrir recursos continuos y numerosos para la guerra.
V. Establecer discretamente con los pueblos amigos relaciones que tiendan a acelerar, con la menor sangre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra, y la fundación de la nueva República indispensable al equilibrio americano.

Artículo 9º El Partido Revolucionario Cubano se regirá conforme a los estatutos secretos que acuerden las organizaciones que lo fundan.

II
Estatutos secretos del Partido Revolucionario Cubano

§1

El Partido Revolucionario Cubano se compone de todas las asociaciones organizadas de cubanos independientes que acepten su programa y cumplan con los deberes impuestos en él.

§2

El Partido Revolucionario Cubano funcionará por medio de las Asociaciones independientes, que son las bases de su autoridad, de un cuerpo de Consejo constituido en cada localidad con los presidentes de todas las Asociaciones de ella, y de un delegado y Tesorero, electos anualmente por las Asociaciones.

§3

Los deberes de las Asociaciones son:

1. Adelantar, por toda especie de trabajos, los fines generales del programa del partido, y realizar las tareas especiales que la ocasión, o los recursos y situación de cada localidad

hiciesen necesarios, y de las cuales serán instruidos por sus Presidentes.

2. Allegar, y tener bajo su custodia, los fondos de guerra.
3. Contribuir, por la cuota fijada que las necesidades corrientes impongan, y por los medios extraordinarios que sean posibles, a los fondos de acción.
4. Unir y disponer para la acción, dentro del pensamiento general, por la atracción y la cordialidad, cuantos elementos de toda especie le sean allegables.
5. Impedir que se desvíen de la obra común los elementos revolucionarios.
6. Recoger y poner en conocimiento del Delegado por medios del Cuerpo de Consejo todos los datos que le puedan ser útiles para la organización revolucionaria dentro y fuera de la Isla.

§4

Los deberes del Cuerpo de Consejo son:

1. Fungir de intermediario continuo entre las Asociaciones y el Delegado.
2. Aconsejar y promover cuanto conduzca a la obra unida de las Asociaciones de la localidad.
3. Aconsejar al Delegado los recursos y métodos que las Asociaciones sugieran, o sugieran los Presidentes reunidos en el Cuerpo de Consejo.
4. Examinar y autorizar las elecciones de cada localidad.

5. Dar noticia quincenal al Delegado de los trabajos de las Asociaciones e indicaciones del Cuerpo de Consejo, y exigir del Delegado cuantas explicaciones se requieran para el mejor conocimiento del espíritu y métodos con que el Delegado cumpla con su encargo.

§5

Los deberes del Delegado son:

1. Procurar, por cuentos medios quepa, la realización, sin atenuación de demora, de los fines del programa.
2. Extender la organización revolucionaria en el exterior, y muy principalmente en el interior, y procurar el aumento de los fondos de la guerra y de acción.
3. Comunicar a los Cuerpos de Consejo cuantas noticias y encargos se requieran a su juicio para la eficacia de su cooperación en la obra general.
4. Disponer económicamente de los fondos de acción que se alleguen.
5. Hacer visar por el Tesorero todos los pagos de su fondo de acción, y en caso de guerra todos los pagos que se hubieran de hacer por los servicios que por su naturaleza general recayesen en sus manos.
6. Arbitrar todos los recursos posibles de propaganda y publicación y de defensa de las ideas revolucionarias, y mantener los elementos de que disponga en la condición más favorable a la guerra inmediata que sea posible.

7. Rendir cuenta anual, con un mes por lo menos de anticipación a las elecciones, de los fondos de acción que hubiese recibido y de su empleo, y caso de guerra, de los fondos que hubiere cumplido emplear.

§6

Los deberes del Tesorero son:

1. Visar todos los pagos que el Delegado autorice.
2. Llevar las cuentas de los fondos recibidos y de su distribución.
3. Responder de los fondos que por el delegado se le entreguen en depósito.
4. Rendir, en reunión del Delegado, cuenta anual de la inversión y estado de los fondos.

§7

Cada Cuerpo de consejo elegirá un Presidente y un Secretario, que recibirán y distribuirán entre los Presidentes de las Asociaciones las comunicaciones del Delegado, y autorizarán las comunicaciones que los Presidentes de las Asociaciones deseen dirigir al Delegado.

§8

Caso de vacante de una Presidencia de organización, entrará a llenarla el que resulte electo Presidente.

§9

Caso de muerte o desaparición del Delegado, el Tesorero lo pondrá inmediatamente en conocimiento de los Cuerpos de consejo, para proceder sin demora a nueva elección.

§10

Caso de que un Cuerpo de Consejo creyera por mayoría de votos inconveniente la permanencia del Delegado a su cargo, tendrá derecho de dirigirse a los demás Cuerpos de Consejo exponiéndoles su opinión fundamentada, y el delegado se considerará depuesto si así lo declaran los votos de todos los Cuerpos de Consejo.

§11

Caso de creer un Consejo por mayoría de votos conveniente alguna reforma a las Bases y Estatutos, pedirá al Delegado que proponga la reforma a los demás Cuerpos; y el Delegado, una vez acordada, estará a ella.

§12

No podrá votar en las elecciones anuales de Delegado y Tesorero sino la Asociación que cumpla con los deberes de las Bases y los Estatutos, y cuente, por lo menos, veinte socios conocidos y activos.

§13

Cada Asociación tendrá un voto por cada grupo de veinte a cien miembros.

A los Presidentes de los Clubs del Partido Revolucionario Cubano en el Cuerpo de Consejo de Key West

Delegación del Partido Revolucionario Cubano
"Asuntos Generales"
Nº 2

New York, 13 de mayo de 1892

Señores Presidentes de los Clubs del Partido Revolucionario Cubano, en el Cuerpo de Consejo de Key West
Florida

Compatriotas:

En mis manos ya el reconocimiento definitivo de la elección de Delegado del Partido Revolucionario Cubano con que mis compatriotas ponen a prueba mi anhelo de servirlos, y explicadas ya, en la Nota Nº 1 de Asuntos Generales, las ideas y métodos con que entro en el desempeño de mis funciones, cúmpleme dar cuenta a Vds. de los trabajos concretos que se propone realizar inmediatamente esta Delegación.

El período de mutuo examen que había de preceder a la constitución del Partido, y cuyas deducciones y enseñanzas habían de irse tomando en cuenta, para hacer o dejar de hacer, confor-

me se iba constituyendo, ha demostrado, muy por encima de los más ardientes deseos, que las emigraciones están en sazón para toda empresa de resultado y de vigor, y que reina entre ellas la confianza íntima y generosa que permite aspirar, sin demoras ni trabas ni recelos a la realización, mejora continua y robustecimiento de nuestra obra. La misma laxitud de detalles que la cordura aconsejó en los primeros momentos, para que el deseo de la unificación de los trabajos, nunca excesiva por mucho que se la extreme, no pareciera anhelo temible de concentración, hoy, por la nobleza general se viene de suyo corriendo, y las asociaciones mismas procuran –de sí propias, como debía ser,– aquella semejanza racional de métodos y organización interna de que se hubiesen podido lastimar si las propuestas procedieran del consejo exterior, en vez de venir, como ahora vienen, de su propio seno. Y es hecho admirable, y del más feliz augurio, que los trabajos principales y urgentes que la Delegación ha venido componiendo, en espera de su autoridad definitiva, y de la hora propia, sean los mismos cuya necesidad siente, y cuya adopción recomienda, el espíritu vigilante del Partido. Esta aprobación anticipada de sus labores asegura y fortalece el ánimo de la Delegación, cuyo júbilo y orgullo estarán siempre menos en originar planes y medidas que en verlos surgir de la opinión cordial con la unanimidad que prueba su conveniencia y eficacia.

ORGANIZACIÓN EXTERIOR

La preocupación desmedida de la Organización Exterior del Partido pudiera robar tiempo y fuerza a los fines concretos de él,

que son, principalmente, –crear la Organización revolucionaria en la Isla, con la mayor suma de elementos útiles posibles,– poner en acuerdo activo y sincero por el ejercicio continuo de la prudencia y la humildad, todos los elementos revolucionarios de fuera de la Isla, a fin de obrar juntos en unión con ella,– y levantar en los países extranjeros el respeto y afecto a la Revolución, y cuantas fuentes de ayuda, privadas y oficiales sea dable abrir. Pero para estos mismos fines es urgente completar y apretar hasta el perfecto ajuste en los detalles menores de la Organización Exterior del Partido, puesto que por ella han de juzgar de su fuerza la Isla cuya opinión solicitamos, y los pueblos a que hemos de pedir ayuda.

En estos momentos cumple con esa parte de su deber La Delegación; –envía las Bases y Estatutos del Partido a las Asociaciones nuevas que no las conozcan aún; –procura la creación inmediata del Cuerpo de Consejo en las localidades que los pueden ya constituir; –estrecha relaciones con los Clubs de las localidades aisladas y estimula, donde quiera que haya cubanos libres, el establecimiento de nuevos Clubs.

Una de las bases del buen gobierno, y de las garantías de satisfacción entre los que contribuyen a él, es la de la independencia interior de sus organizaciones, ajustables, así a lo particular y local, en todo aquello en que ni en espíritu ni en métodos choque con los fines precisos para que las organizaciones están constituidas. Pero del mismo modo es necesario que esta independencia no llegue a perturbar o debilitar con reglas contradictorias sus fines y medios de acción. La prescripción de un Reglamento único para las Asociaciones todas del Partido, aunque no inconveniente ni imposible entonces, como hoy, hubiera parecido sin duda a los preparadores

del Partido más conducente a retardar su organización que a acelerarla; y hoy mismo no cree la Delegación que deba partir de ella la propuesta de la unidad de Reglamentos, a menos que ésta no fuera la voluntad expresa de los Cuerpos de Consejo por donde las Asociaciones hablan. La distribución proporcional de los fondos presenta, por ejemplo, un caso recomendable a la atención. Cree el Delegado de primera necesidad el fijar una proporción igual para los gastos de guerra y los de acción, en el reparto de los fondos de los Clubs y así lo ha de proponer sin demora; pero conoce, por la experiencia, la variedad de condición, en cuanto a recursos y gastos, de las diversas emigraciones y teme que la suma para unos emigrados llevadera sea quien pueda con más eficacia determinar la suma con que los Clubs que en él se reúnen hayan de contribuir.[1] En esto, como en todo, convendría el mayor acercamiento entre las Asociaciones; y la unidad de su reglamentación respondería al juicio del Delegado, si con ella no se pusiese en peligro, sin más diferencia que la interna e inofensiva de detalles administrativos, la individualidad deseable en cada Asociación. El Delegado solicita opinión inmediata sobre la conveniencia de someter un Reglamento único a la aprobación de los Clubs, en vez de incluir en reglamentos varios los artículos esenciales en que inevitablemente han de estar unidos, –y sobre la suma que a su juicio puedan pagar mensualmente a los Clubs los emigrados de la localidad. Es el anhelo de la Delegación justificado

[1] En este fragmento parece haber un problema de transcripción del texto original. A Martí le preocupaba que una determinada contribución fuese posible para emigrados de un Club con más recursos y no para otros con emigrados pobres y, por eso, recomendaba que fuese el Cuerpo de Consejo de cada localidad que determinase la contribución de los clubes que lo integraban.

por el éxito de las labores preparatorias del Partido, que todo en él nazca del acuerdo satisfecho y libre de sus asociados.

ORGANIZACIÓN EN CUBA

A Cuba, inmediatamente, ha de llevar el Partido su acción; –ha de explicar en documento público y solemne, sus orígenes, su fuerza y sus tendencias; –ha de procurar el conocimiento de todos los que estén dispuestos a la obra revolucionaria y la conversión de todos los que se le opongan; –ha de congregar en el espíritu amplio y previsor del Partido, a los elementos dispersos y hostiles entre sí; –ha de levantar un núcleo de revolución dondequiera que haya fuerzas para él, y de fortalecer en el espíritu común los núcleos que ya haya; –ha de solicitar, sin encogimiento y sin soberbia, sin fatiga y sin ira, el concurso de todos los que sirvieron a la independencia en la lucha pasada, y pueden volverla a servir; –ha de llegarse, hombre por hombre, sin medir más que su utilidad al país, a todos los elementos servibles, en los campos y en las ciudades.

A todo ha de preceder la expresión ante el país de los móviles y tendencias del Partido; y para este fin el Delegado prepara un Manifiesto, de vasta y continua circulación, que englobe y explique los preceptos de las Bases, y no deje duda sobre el desinterés y grandeza de nuestros propósitos y nuestra capacidad para realizarlos. Y al pie de este documento sin esperar más que a los primeros efectos de su distribución, es el anhelo y propósito del Delegado, conciliando la economía del gasto con la viveza en la acción, repartir de tal modo su agencia, por comisiones especiales, que por todas partes se sienta a la vez en la Isla la actividad determinada y cordial del Partido, que en-

tren a servirlo la mayor suma de elementos locales allegables, y que se conozcan en la emigración las fuerzas verdaderas y precisas de los cubanos que quieren ayudarla en sus esfuerzos. La tarea es difícil y vasta, pero es la esencial: y ninguna obligación de orden menor, por seductora que la inmediación pudiera hacerla, distraerá al Delegado de este deber, que tiene por el primero y más delicado de su puesto.

COMUNICACIONES

La eficacia de estos trabajos en la Isla depende, en parte principal, de la periodicidad y seguridad de las comunicaciones numerosas y repetidas que con ella se han de establecer. Las emigraciones más cercanas a la Isla están llamadas por su situación a prestar, con más garantía y economía que las más distantes, estos servicios de comunicación. Las especiales serán debidamente, y a su hora oportuna, encomendadas. Al sistema de comunicación general y continua consagrará la Delegación particular cuidado. El llamamiento frecuente acaba por despertar la atención más reacia, y es el propósito de la Delegación que ningún acto de vigor y nobleza del Partido –y todo él ha de ser nobleza y vigor– quede ignorado de los habitantes de la Isla.

RELACIONES PARTICULARES

Si urge tender por la Isla la reacción revolucionaria, revelamos a los desdeñosos, allegarnos a los desconfiados, sacudir a los dormidos, urge más poner en buen acuerdo a cuantos elementos de fuerza verdadera pueden dentro y fuera del país, contribuir a su emancipación. Es verdadera deshonra para un servidor del país

anteponer sus simpatías o recelos a las conveniencias públicas. Sólo los tratos interesados y de acomodo personal, con los elementos dañados de un pueblo, serían más culpables que el descuido en tratar con todos sus elementos útiles. No habrá gloria mayor para el Delegado del Partido Revolucionario Cubano que procurar, y conseguir, con todo el respeto y acatamiento oportunos, la adhesión activa de todos los partidarios útiles de la independencia cubana. Verdadera premura tiene el Delegado en servir esta parte de su obligación, y ya convida, con toda la fuerza y ruego que pueda poner en él el patriotismo, a los revolucionarios que han sangrado por el país, sin reparar en ideas de detalle o contrariedades de antecedente, inferiores por completo a la necesidad primordial de constituir la patria libre.

GUERRA

Esta íntima relación con todos los elementos revolucionarios activos es tanto más obligatoria cuanto que el desasosiego del país, próximo en todo instante a revelarse por las armas, y un precepto expreso de los Estatutos del Partido, mandan tener las fuerzas revolucionarias en la disposición más favorable a la guerra que fuese posible. Una de las razones de más poder y gloria del Partido es que no viene, como los partidos revolucionarios usuales, a forzar al país a la acción violenta; sino que acatando al pueblo que va a conmover, reserva sus fuerzas para el momento en que él, por el desorden del estallido prematuro, o por la acción concertada, las necesite: –y faltaría el Partido a uno de sus deberes, y menguaría una de sus glorias, si no se pusiese en condición de prestar a una voz

el socorro que la patria, alocada por la desesperación o precipitada por el enemigo astuto, pudiera requerir de él.

El Partido Revolucionario Cubano no nace para forzar la guerra, ni para rehuirla. Fondos y hombres y pericia ha de tener dispuestos, y a punto de embarque. Puede ser que la práctica de enviar a la Isla expediciones de hombres, en su mayoría inexpertos, no sea tan beneficiosa como la de enviarle recursos con que armar a los hombres sobrantes en la Isla; pero sería vano e injusto sofocar el entusiasmo real de la juventud de la emigración, que con la intensidad del patriotismo en el destierro ha creado una fuerza atendible en la lucha próxima: ni fuera juicioso apartar de los emigrados el ejemplo brillante y saludable de las asociaciones de carácter militar. La misma ancianidad se rejuvenece y anima en las prácticas de esta milicia patriótica; y parece cuerdo aconsejar la extensión de estas organizaciones militares, que en la obra diaria y visible corresponderán, con su aparato útil y su entusiasmo verdadero, a la tarea que en otros círculos adelantará con tesón el Delegado, en cumplimiento del deber de allegar, y tener cerca y en orden, las fuerzas de guerra que son factor principal de una organización que tiene la guerra como medio inevitable para el logro de sus fines.

RELACIONES EXTERIORES

Del poder y regularidad que muestre, en un plazo suficiente para acreditarse, el Partido Revolucionario, depende en mucho la ayuda que él pueda pedir y obtener de los pueblos cuyo auxilio no se supo otra vez aprovechar, y cuyos gobiernos no han de dar su apoyo en público ni a la ligera. Grande y constante es el socorro que

el Delegado espera abrir en los pueblos americanos; pero antes de tentarlo, hemos de demostrar que lo merecemos. La connivencia delicada en asuntos que, a más de humanos, son internacionales, es cosa distinta, y de más escollos, que la simpatía pública. Y el Delegado aspira, en ciertos pueblos, a obtener una y otra. No interrumpirá ciertamente, en espera soñadora de una perfección tardía, el trabajo de íntimo acercamiento que la previsión ha venido acumulando desde nuestra innecesaria tregua; y aún ha de decir que pone a este deber cuidado diario y preferente. Pero no intentará éxito concreto hasta que la obra alta, unida y constante del Partido Revolucionario Cubano haga vergonzoso para un pueblo de América negarle su ayuda.

Pero estas razones, aplicables en especial a los países de nuestra habla, no lo son tanto al pueblo en que la mayoría de los emigrados vivimos, y cuya simpatía, extraviada acaso tanto por culpa nuestra como suya, cabe despertar con una obra organizada y fuerte que le inspire curiosidad y respeto. La independencia de Cuba, y la de Puerto Rico a que se propone Cuba ayudar, sólo estará garantizada definitivamente cuando el pueblo norteamericano conozca y respete los méritos y capacidades de las Islas. Y en esta labor presente de levantar la revolución, se correría gran riesgo si no se lograse mover a afecto y consideración al pueblo y gobierno de los Estados Unidos. La exhibición de nuestros móviles y carácter ante el país norteamericano es, pues, un deber político de extrema importancia, un deber de conservación nacional. Y el Delegado se propone comenzar a atenderlo por medio de un Manifiesto en lengua inglesa que a la vez explique el carácter real de nuestro país y la razón inevitable de nuestras luchas, a cuya publicación,

distribuida por todos los centros de influjo en el Norte, seguirán otras especiales que la mantengan presente, y una labor continua en la prensa inglesa de dignificación y propaganda.

La sinceridad de nuestros propósitos hace innecesario, señores presidentes, la ornamentación verbal con que en las épocas de poca realidad suele disimularse la falta de energía. Ni la acción se hace mayor por las protestas reiteradas de ella. Frase hay entre las anteriores que es, ella sola, mina de labor, y requiere para su cumplimiento toda una vida humana. Pero ni es la vida lo que niegan a Cuba sus hijos generosos, ni han de faltar fuerza y fe a quien lleva hoy consigo, por la merced de sus compatriotas el espíritu de un pueblo. Quiere hoy sólo decir el Delegado cuáles son los trabajos precisos a que se dedica, y pedir a ese Cuerpo de Consejo, mientras los adelanta en todas sus formas, y prepara las comunicaciones especiales, los juicios y pareceres que han de ayudarlo e inspirarlo, en una de las tareas más puras y gloriosas a que se hayan consagrado hasta hoy los hombres.

Saludo a Uds., Señores Presidentes, con mi más afectuosa consideración.

El Delegado
José Martí

Capítulo II

Política e ideología

Discurso en el Liceo Cubano, Tampa

26 de noviembre de 1891

Cubanos:

Para Cuba que sufre, la primera palabra. De altar se ha de tomar a Cuba, para ofrendarle nuestra vida, y no un pedestal, para levantarnos sobre ella. Y ahora, después de evocado su amadísimo nombre, derramaré la ternura de mi alma sobre estas manos generosas que ¡no a deshora por cierto! acuden a dármele fuerzas para la agonía de la edificación; ahora, puestos los ojos más arriba de nuestras cabezas y el corazón entero sacado de mí mismo, no daré gracias egoístas a los que creen ver en mí las virtudes que de mí y de cada cubano desean; ni al cordial Carbonell, ni al bravo Rivero, daré gracias por la hospitalidad magnífica de sus palabras, y el fuego de su cariño generoso; sino que todas las gracias de mi alma les

daré, y en ellos a cuantos tienen aquí las manos puestas a la faena de fundar, por este pueblo de amor que han levantado cara a cara del dueño codicioso que nos acecha y nos divide; por este pueblo de virtud, en donde se prueba la fuerza libre de nuestra patria trabajadora; por este pueblo culto, con la mesa de pensar al lado de la de ganar el pan, y truenos de Mirabeau junto a artes de Roland, que es respuesta de sobra a los desdeñosos de este mundo; por este templo orlado de héroes, y alzado sobre corazones. Yo abrazo a todos los que saben amar. Yo traigo la estrella, y traigo la paloma, en mi corazón.

No nos reúne aquí, de puro esfuerzo y como a regañadientes, el respeto periódico a una idea de que no se puede abjurar sin deshonor; ni la respuesta siempre pronta, y a veces demasiado pronta, de los corazones patrios a un solicitante de fama, o a un alocado de poder, o a un héroe que no corona el ansia inoportuna de morir con el heroísmo superior de reprimirla, o a un menesteroso que bajo la capa de la patria anda sacando la mano limosnera. Ni el que viene se afeará jamás con la lisonja, ni es este noble pueblo que lo reciba pueblo de gente servi1 y llevadiza. Se me hincha el pecho de orgullo, y amo aún más a mi patria desde ahora, y creo aún más desde ahora en su porvenir ordenado y sereno, en el porvenir, redimido del peligro grave de seguir a ciegas, en nombre de la libertad, a los que se valen del anhelo de ella para desviarla en beneficio propio; creo aún más en la república de ojos abiertos, ni insensata ni tímida, ni togada ni descuellada, ni sobreculta ni inculta, desde que veo, por los avisos sagrados del corazón, juntos en esta noche de fuerza y pensamiento, juntos para ahora y para después, juntos para mientras impere el patriotismo, a los cubanos

que ponen su opinión franca y libre por sobre todas las cosas, –y a un cubano que se las respeta.

Porque si en las cosas de mi patria me fuera dado preferir un bien a todos los demás, un bien fundamental que de todos los del país fuera base y principio, y sin el que los demás bienes serían falaces e inseguros, ese sería el bien que yo prefiriera: yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre. En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre: envilece a los pueblos desde la cuna el hábito de recurrir a camarillas personales, fomentadas por un interés notorio o encubierto, para la defensa de las libertades: sáquese a lucir, y a incendiar las almas, y a vibrar como el rayo, a la verdad, y síganla, libres, los hombres honrados. Levántese por sobre todas las cosas esta tierna consideración, este viril tributo de cada cubano a otro. Ni misterios, ni calumnias, ni tesón en desacreditar, ni largas y astutas preparaciones para el día funesto de la ambición. O la república tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio integro de sí y el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre, –o la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una sola gota de sangre de nuestros bravos. Para verdades trabajamos, y no para sueños. Para libertar a los cubanos trabajamos, y no para acorralarlos. ¡Para ajustar en la paz y en la equidad los intereses y derechos de los habitantes leales de Cuba trabajamos, y no, para erigir, a la boca del continente, de la república, la mayordomía espantada de Veintimilla, o la hacienda sangrienta de Rosas, o el Paraguay lúgubre de Francia! ¡Mejor caer

bajo los excesos del carácter imperfecto de nuestros compatriotas, que valerse del crédito adquirido con las armas de la guerra o las de la palabra que rebajarles el carácter! Este es mi único título a estos cariños, que han venido a tiempo a robustecer mis manos incansables en el servicio de la verdadera libertad. ¡Muérdanmelas los mismos a quienes anhelase yo en imantar levantar más, y ¡no miento! amaré la mordida, porque me viene de la furia de mi propia tierra, y porque por ella veré bravo y rebelde a un corazón cubano! ¡Unámonos, ante todo en esta fe; juntemos las manos, en prenda de esa decisión, donde todos las vean, y donde no se olvida sin castigo; cerrémosle el paso a la república que no venga preparada por medios dignos del decoro del hombre, para el bien y la prosperidad de todos los cubanos!

¡De todos los cubanos! ¡Yo no sé qué misterio de ternura tiene esta dulcísima palabra, ni qué sabor tan puro sobre el de la palabra misma de hombre, que es ya tan bella, que si se la pronuncia como como se debe, parece que es el aire como nimbo de oro, y es trono o cumbre de monte la naturaleza! ¡Se dice cubano, y una dulzura como de suave hermandad se esparce por nuestras entrañas, y se abre sola la caja de nuestros ahorros, y nos apretamos para hacer un puesto más en la mesa, y echa las alas el corazón enamorado para amparar al que nació en la misma tierra que nosotros, aunque el pecado lo trastorne, o la ignorancia lo extravié, o la ira lo enfurezca, o lo ensangriente el crimen! ¡Como que unos brazos divinos que no vemos nos aprietan a todos sobre un pecho en que todavía corre la sangre y se oye todavía sollozar el corazón! ¡Créese allá en nuestra patria, para darnos luego trabajo de piedad, créese, donde el dueño corrompido pudre cuanto mira, un alma cubana nueva,

erizada y hostil, un alma hosca, distinta de aquella alma casera y magnánima de nuestros padres e hija natural de la miseria que ve triunfar al vicio impune, y de la cultura inútil, que sólo halla empleo en la contemplación sorda de sí misma! ¡Acá, donde vigilamos por los ausentes, donde reponemos la casa que allá se nos cae encima, donde creamos lo que ha de reemplazar a lo que allí se nos destruye, acá no hay palabra que se asemeje más a la luz del amanecer, ni consuelo que se entre con más dicha por nuestro corazón, que esta palabra inefable y ardiente de cubano!

¡Porque eso es esta ciudad; eso es la emigración cubana entera; eso es lo que venimos haciendo en estos años de trabajo sin ahorro, de familia sin gusto, de vida sin sabor, ¡de muerte disimulada! ¡A la patria que allí se cae a pedazos y se ha quedado ciega de la podre, hay que llevar la patria piadosa y previsora que aquí se levanta! ¡A lo que queda de patria allí, mordido de todas partes por la gangrena que empieza a roer el corazón, hay que juntar la patria amiga donde hemos ido, acá en la soledad, acomodando el alma, con las manos firmes que pide el buen cariño, a las realidades todas, de afuera y de adentro, tan bien ve que con ser grandes certezas y grandes esperanzas y grandes peligros, son, aun para los expertos, poco menos que desconocidas! ¿Pues qué saben allá de esta noche gloriosa de resurrección, de la fe determinada y metódica de nuestros espíritus, del acercamiento continuo y creciente de los cubanos de afuera, que los errores de los diez años y las veleidades naturales de Cuba, y otras causas maléficas no han logrado por fin dividir, sino allegar tan íntima y cariñosamente, que no se ve sino un águila que sube, y un sol que va naciendo, y un ejército que avanza? ¿Qué saben allá de estos tratos sutiles, que nadie prepara ni puede detener, entre

el país desesperado y los emigrados que esperan? ¿Qué saben de este carácter nuestro fortalecido, de tierra en tierra, por la prueba cruenta y el ejercicio diario? ¿Qué saben del pueblo liberal, y fiero, y trabajador, que vamos a llevarles? ¿Qué sabe el que agoniza en la noche, del que le espera con los brazos abiertos en la aurora? Cargar barcos puede cualquier cargador; y poner mecha al cañón cualquier artillero puede; pero no ha sido esa tarea menor, y de mero resultado y oportunidad, la tarea única de nuestro deber, sino la de evitar las consecuencias dañinas, y acelerar las felices, de la guerra próxima, e inevitable, –e irla limpiando, como cabe en lo humano, del desamor y del descuido y de los celos que la pudiesen poner donde sin necesidad ni excusa nos pusieron la anterior, y disciplinar nuestras almas libres en el conocimiento y orden de los elementos reales de nuestro país, y en el trabajo que es el aire y el sol de la libertad, para que quepan en ella sin peligro, junto a las fuerzas creadoras de una situación nueva, aquellos residuos inevitables de las crisis revueltas que son necesarias para constituirlas. ¡Y las manos nos dolerán más de una vez en la faena sublime, pero los muertos están mandando, y aconsejando, y vigilando, y los vivos los oyen, y los obedecen, y se oye en el viento ruido de ayudantes que pasan llevando órdenes, ¡y de pabellones que se despliegan! ¡Unámonos, cubanos! en esta otra fe: con todos, y para todos: la guerra inevitable, de modo que la respete y la desee y la ayude la patria, y no nos la mate, en flor, por local o por personal o por incompleta, el enemigo: la revolución de justicia y de realidad, para el reconocimiento y la práctica franca de las libertades verdaderas.

¡Ni los bravos de la guerra que me oyen tienen paces con estos análisis menudos de las cosas públicas, porque al entusiasta le parece

crimen la tardanza misma de la sensatez en poner por obra el entusiasmo; ni nuestra mujer, que aquí oye atenta, sueña más que en volver a pisar la tierra propia, donde no ha de vivir su compañero, agrio como aquí vive y taciturno; ni el niño, hermano o hijo de mártires y de héroes, nutrido en sus leyendas, piensa en más que en lo hermoso de morir a caballo, peleando por el país, al pie de una palma!

¡Es el sueño mío, es el sueño de todos; las palmas son novias que esperan: y hemos de poner la justicia tan alta como las palmas! Eso es lo que queríamos decir. A la guerra del arranque, que cayó en el desorden, ha de suceder, por insistencia de los males públicos, la guerra de la necesidad, que vendría floja y sin probabilidad de vencer, si no le diese su pujanza aquel amor inteligente y fuerte del derecho por donde las almas más ansiosas de él recogen de la sepultura el pabellón que dejaron caer, cansados del primer esfuerzo, los menos necesitados de justicia. Su derecho de hombres es lo que buscan los cubanos en su independencia; y la independencia se ha de buscar con alma entera de hombre. ¡Que Cuba, desolada, vuelve a nosotros los ojos! ¡Que los niños ensayan en los troncos de los caminos la fuerza de sus brasas nuevos! ¡Que las guerras estallan, cuando hay causas para ella, de la impaciencia de un valiente o de un grano de maíz! ¡Que el alma cubana se está poniendo en fila, y se ven ya, como al alba, las masas confusas! ¡Que el enemigo, menos sorprendido hoy, menos interesado, no tiene en la tierra los caudales que hubo de defender la vez pasada, ni hemos de entretenernos tanto como entonces en dimes y diretes de localidad, ni en competencias de mando, ni en envidias de pueblo, ni en esperanzas locas! ¡Que afuera tenemos el amor en el corazón, los ojos en la costa, la mano en la América, y el arma al cinto! ¿Pues quién no

lee en el aire todo eso con letras de luz? Y con letras de luz se ha de leer que no buscamos, en este nuevo sacrificio, meras formas, ni la perpetuación del alma colonial en nuestra vida, con novedades de uniforme yanqui, sino la esencia y realidad de un país republicano nuestro, sin miedo canijo de unos a la expresión saludable de todas las ideas y el empleo honrado de todas las energías, –ni de parte de otros aquel robo al hombre que consiste en pretender imperar en nombre de la libertad por violencias en que se prescinde del derecho de los demás a las garantías y los métodos de ella. Por supuesto que se nos echarán atrás los petimetres de la política, que olvidan cómo es necesario contar con lo que no se puede suprimir, –y que se pondrá a refunfuñar el patriotismo de polvos de arroz, so pretexto de que los pueblos, en el sudor de la creación, no dan siempre olor de clavellina. ¿Y qué le hemos de hacer? ¡Sin los gusanos que fabrican la tierra no podrían hacerse palacios suntuosos! En la verdad hay que entrar con la camisa al codo, como entra en la res el carnicero. Todo lo verdadero es santo, aunque no huela a clavellina. ¡Todo tiene la entraña fea y sangrienta; es fango en las artesas el oro en que el artista talla luego sus joyas maravillosas; de lo fétido de la vida saca almíbar la fruta y colores la flor; nace el hombre del dolor y la tiniebla del seno maternal, y del alarido y el desgarramiento sublime; y las fuerzas magníficas y corrientes de fuego que en el horno del sol se precipitan y confunden, no parecen de lejos a los ojos humanos sino manchas! ¡Paso a los que no tienen miedo a la luz: caridad para los que tiemblan de sus rayos!

Ni vería yo esa bandera con cariño, hecho como estoy a saber que lo más santo se toma como instrumento del interés por los triunfadores audaces de este mundo, si no creyera que en sus

pliegues ha de venir la libertad entera, cuando el reconocimiento cordial del decoro de cada cubano, y de los modos equitativos de ajustar los conflictos de sus intereses, quite razón a aquellos consejeros de métodos confusos que sólo tienen de terribles lo que tiene de terca la pasión que se niega a reconocer cuanto hay en sus demandas de equitativo y justiciero ¡Clávese la lengua del adulador popular, y cuélguese al viento como banderola de ignominia, donde sea castigo de los que adelantan sus ambiciones azuzando en vano la pena de los que padecen, u ocultándoles verdades esenciales de su problema, o levantándoles la ira: –y al lado de la lengua de los aduladores, clávese la de los que se niegan a la justicia!

¡La lengua del adulador se clave donde todos la vean, –y la de los que toman por pretexto las exageraciones a que tiene derecho la ignorancia, y que no puede acusar quien no ponga todos los medios de hacer cesar la ignorancia, para negarse a acatar lo que hay de dolor de hombre y de agonía sagrada en las exageraciones que es más cómodo excomulgar, de toga y birrete, que estudiar, lloroso el corazón, con el dolor humano hasta los codos! En el presidio de la vida es necesario poner, para que aprendan justicia, a los jueces de la vida. El que juzgue de todo, que lo conozca todo. No juzgue de prisa el de arriba, ni por un lado: no juzgue el de abajo por un lado ni de prisa. No censure el celoso el bienestar que envidia en secreto. ¡No desconozca el pudiente el poema conmovedor, y el sacrificio cruento, del que se tiene que cavar el pan que come; de su sufrida compañera, coronada de corona que el injusto no ve; de los hijos que no tienen lo que tienen los hijos de los otros por el mundo! ¡Valiera más que no se desplegara esa bandera de su mástil, si no hubiera de amparar por igual a todas las cabezas!

Muy mal conoce nuestra patria, la conoce muy mal, quien no sepa que hay en ella, como alma de lo presente y garantía de lo futuro, una enérgica suma de aquella libertad original que cría el hombre en sí, del jugo de la tierra y de las penas que ve, y de su idea propia y de su naturaleza altiva. Con esta libertad real y pujante, que sólo puede pecar por la falta de la cultura que es fácil poner en ella, han de contar más los políticos de carne y hueso que con esa libertad de aficionados que aprenden en los catecismos de Francia o de Inglaterra, los políticos de papel. Hombres somos, y no vamos a querer gobiernos de tijeras y de figurines, sino trabajo de nuestras cabezas, sacado del molde de nuestro país. Muy mal conoce a nuestro pueblo quien no observe en él como a la par de este ímpetu nativo que lo levanta para la guerra y no lo dejará dormir en la paz, se ha criado con la experiencia y el estudio, y cierta ciencia clara que da nuestra tierra hermosa, un cúmulo de fuerzas de orden, humanas y cultas, –una falange de inteligencias plenas, fecundadas por el amor al hombre, sin el cual la inteligencia no es más que azote y crimen, –una concordia tan íntima, venida del dolor común, entre los cubanos de derecho natural, sin historia y sin libros, y los cubanos que han puesto en el estudio la pasión que no podían poner en la elaboración de la patria nueva, –una hermandad tan ferviente entre los esclavos ínfimos de la vida y los esclavos de una tiranía aniquiladora, –que por este amor unánime y abrasante de justicia de los de un oficio y los de otro: por este ardor de humanidad igualmente sincero en los que llevan el cuello alto, porque tienen alta la nuca natural, y los que lo llevan bajo, porque la moda manda lucir el cuello hermoso; por esta patria vehemente en que se reúnen con iguales sueños, y con igual honradez, aquéllos a quienes pudiese

divorciar el diverso estado de cultura –sujetará nuestra Cuba, libre en la armonía de la equidad, la mano de la colonia que no dejará a su hora de venírsenos encima, disfrazada con el guante de la república. ¡Y cuidado, cubanos, que hay guantes tan bien imitados que no se diferencian de la mano natural! A todo el que venga a pedir poder, cubanos, hay que decirle a la luz, donde se vea la mano bien: ¿mano o guante? –Pero no hay que temer en verdad, ni hay que regañar. Eso mismo que hemos de combatir, eso mismo nos es necesario. Tan necesario es a los pueblos lo que sujeta como lo que empuja: tan necesario es en la casa de familia el padre, siempre activo, como la madre, siempre temerosa. Hay política hombre y política mujer. ¿Locomotora con caldera que la haga andar, y sin freno que la detenga a tiempo? Es preciso, en cosas de pueblos, llevar el freno en una mano, y la caldera en la otra. Y por ahí padecen los pueblos: por el exceso de freno, y por el exceso de caldera.

¿A qué es, pues, a lo que habremos de temer? ¿Al decaimiento de nuestro entusiasmo, a lo ilusorio de nuestra fe, al poco número de los infatigables, al desorden de nuestras esperanzas? Pues miro yo a esta sala, y siento firme y estable la tierra bajo mis pies, y digo: "Mienten". Y miro a mi corazón, que no es más que un corazón cubano, y digo: –"Mienten".

¿Tendremos miedo a los hábitos de autoridad contraídos en la guerra, y en cierto modo ungidos por el desdén diario de la muerte? Pues no conozco yo lo que tiene de brava el alma cubana, y de sagaz y experimentado el juicio de Cuba, y lo que habrían de contar las autoridad viejas con las autoridades vírgenes, y aquel admirable concierto de pensamiento republicano y la acción heroica que honra, sin excepciones apenas, a los cubanos que cargaron armas;

o, como que conozco todo eso, al que diga que de nuestros veteranos hay que esperar ese amor criminal de sí, ese postergamiento de la patria a su interés, esa traición inicua a su país, le digo: –"¡Mienten!"

¿O nos ha de echar atrás el miedo a las tribulaciones de la guerra, azuzado por gente impura que está a paga del gobierno español, el miedo a andar descalzo, que es un modo de andar ya muy común en Cuba, porque entre los ladrones y los que los ayudan, ya no tienen en Cuba zapatos sino los cómplices y los ladrones? ¡Pues como yo sé que el mismo que escribe un libro para atizar el miedo a la guerra, dijo en versos, muy buenos por cierto, que la jutía basta a todas las necesidades del campo en Cuba, y sé que Cuba está otra vez llena de jutías, me vuelvo a los que nos quieren asustar con el sacrificio mismo que apetecemos, y les digo: –"¡Mienten!".

¿Al que más ha sufrido en Cuba por la privación de la libertad le tendremos miedo, en el país donde la sangre que derramó por ella se ha hecho amar demasiado para amenazarla? ¿Le tendremos miedo al negro, al negro generoso, al hermano negro, que en los cubanos que murieron por él ha perdonado para siempre a los cubanos que todavía lo maltratan? Pues yo sé de manos de negro que están más dentro de la virtud que las de blanco alguno que conozco: yo sé del amor negro a la libertad sensata, que sólo en la intensidad mayor y natural y útil se diferencia del amor a la libertad del cubano blanco: yo sé que el negro ha erguido el cuerpo noble, y está poniéndose de columna firme de las libertades patrias. Otros le teman: yo lo amo: a quien diga mal de él, me lo desconozca, le digo a boca llena: –"Mienten".

¿Al español en Cuba habremos de temer? ¿Al español armado, que no nos pudo vencer por su valor, sino por nuestras envidias,

nada más que por nuestras envidias? ¿Al español que tiene en el Sardinero o en la Rambla su caudal y se irá con su caudal, que es su única patria; o al que lo tiene en Cuba, por apego a la tierra o por la raíz de los hijos, y por miedo al castigo opondrá poca resistencia, y por sus hijos? ¿Al español llano, que ama la libertad como la amamos nosotros, y busca con nosotros una patria en la justicia, superior al apego a una patria incapaz e injusta, al español que padece, junto a su mujer cubana, del desamparo irremediable y el mísero porvenir de los hijos que le nacieron con el estigma de hambre y persecución, con el decreto de destierro en su propio país, con la sentencia de muerte en vida con que vienen al mundo los cubanos? ¿Temer al español liberal y bueno, a mi padre valenciano, a mi fiador montañés, al gaditano que me velaba el sueño febril, al catalán que juraba y votaba porque no quería el criollo huir con sus vestidos, al malagueño que saca en sus espaldas del hospital al cubano impotente, al gallego que muere en la nieve extranjera, al volver de dejar el pan del mes en la casa del general en jefe de la guerra cubana? ¡Por la libertad del hombre se pelea en Cuba, y hay muchos españoles que aman la libertad! ¡A estos españoles los atacarán otros: yo los ampararé toda mi vida! A los que no saben que esos españoles son otros tantos cubanos, les decimos: –"¡Mienten!"

¿Y temeremos a la nieve extranjera? Los que no saben bregar con sus manos en la vida, o miden el corazón de los demás por su corazón espantadizo, o creen que los pueblos son meros tableros de ajedrez, o están tan criados en la esclavitud que necesitan quien les sujete el estribo para salir de ella, esos buscarán en un pueblo de componentes extraños y hostiles la república que sólo asegura el bienestar cuando se le administra en acuerdo con el carácter

propio, y de modo que se acendre y realce. A quien crea que falta a los cubanos coraje y capacidad para vivir por sí en la tierra creada por su valor, le decimos: "Mienten".

Y a los lindoros que desdeñan hoy esta revolución santa cuyos guías y mártires primeros fueron hombres nacidos en el mármol y seda de la fortuna, esta santa revolución que en el espacio más breve hermanó, por la virtud redentora de las guerras justas, al primogénito heroico y al campesino sin heredad, al dueño de hombres y a sus esclavos; a los olimpos de pisapapel, que bajan de la trípode calumniosa para preguntar aterrados, y ya con ánimos de sumisión, si ha puesto el pie en tierra este peleador o el otro, a fin de poner en paz el alma con quien puede mañana distribuir el poder; a los alzacolas que fomentan, a sabiendas, el engaño de los que creen que este magnífico movimiento de almas, esta idea encendida de la redención decorosa, este deseo triste y firme de guerra inevitable, no es más que el tesón de un rezagado indómito, o la correría de un general sin empleo, o la algazara de los que no gozan de una riqueza que sólo se puede mantener por la complicidad con el deshonor o la amenaza de una turba obrera, con odio por corazón y papeluchos por sesos, que irá, como del cabestro, por donde la quiera llevar el primer ambicioso que la adule, o el primer déspota encubierto que le pase por los ojos la bandera, –a lindoros, o a olimpos, y a alzacolas, –les diremos: –"Mienten". ¡Esta es la turba obrera, el arca de nuestra alianza, el tahali, bordado de mano de mujer, donde se ha guardado la espada de Cuba, el arenal redentor donde se edifica, y se perdona, y se prevé y se ama!

¡Basta, basta de meras palabras! Para lisonjearnos no estamos aquí sino para palparnos los corazones y ver que viven sanos, y que

pueden; para irnos enseñando a los desesperanzados, a los desbandados, a los melancólicos, en nuestra fuerza de idea y de acción, en la virtud probada que asegura la dicha por venir, en nuestro tamaño, real, que no es de presuntuoso, ni de teorizante, ni de salmodista, ni de melómano, ni de cazanubes, ni de pordiosero. Ya somos uno, y podemos ir al fin: conocemos el mal, y veremos de no recaer; a puro amor y paciencia hemos congregado lo que quedó disperso, y convertido en orden entusiasta lo que era, después de la catástrofe, desconcierto receloso; hemos procurado la buena fe, y creemos haber logrado suprimir o reprimir los vicios que causaron nuestra derrota, y allegar con modos sinceros y para fin durable, los elementos conocidos o esbozados, con cuya unión se puede llevar la guerra inminente al triunfo. ¡Ahora, a formar filas! ¡Con esperar, allá en lo hondo del alma, no se fundan pueblos! Delante de mí vuelvo a ver los pabellones, dando órdenes; y me parece que el mar que de allá viene, cargado de esperanza y de dolor, rompe la valla de la tierra ajena en que vivimos, y revienta contra esas puertas sus olas alborotadas... ¡Allá está, sofocada en los brazos que nos la estrujan y corrompen! ¡Allá está, herida en la frente, herida en el corazón, presidiendo, atada a la silla de tortura, el banquete donde las bocamangas de galón de oro ponen el vino del veneno en los labios de los hijos que se han olvidado de sus padres! ¡Y el padre murió cara a cara al alférez, y el hijo va, de brazo con el alférez, a pudrirse a la orgía! ¡Basta de meras palabras! De las entrañas desgarradas levantemos un amor inextinguible por la patria sin la que ningún hombre vive feliz, ni el bueno ni el malo. Allí está, de allí nos llama, se la oye gemir, nos la violan y nos la befan y nos la gangrenan a nuestros ojos, nos corrompen y nos despedazan a

la madre de nuestro corazón! ¡Pues alcémonos de una vez, de una arremetida última de los corazones, alcémonos de manera que no corra peligro la libertad en el triunfo, por el desorden o por la torpeza o por la impaciencia en prepararla; alcémonos para la república verdadera, los que por nuestra pasión por el derecho y por nuestro hábito del trabajo sabremos mantenerla; alcémonos para darles tumba a los héroes cuyo espíritu vaga por el mundo avergonzado y solitario; alcémonos para que algún día tengan tumba nuestros hijos! Y pongamos alrededor de la estrella, en la bandera nueva, esta fórmula de amor triunfante: "Con todos, y para el bien de todos".

Nuestras ideas

Patria, Nueva York, 14 de marzo de 1892

Nace este periódico, por la voluntad y con los recursos de los cubanos y puertorriqueños independientes de New York, para contribuir, sin premura y sin descanso, a la organización de los hombres libres de Cuba y Puerto Rico, en acuerdo con las condiciones y necesidades actuales de las Islas, y su constitución republicana venidera; para mantener la amistad entrañable que une, y debe unir, a las agrupaciones independientes entre sí, y a los hombres buenos y útiles de todas las procedencias, que persistan en el sacrificio de la emancipación, o se inicien sinceramente en él; para explicar y fijar las fuerzas vivas y reales del país, y sus gérmenes de composición y descomposición, a fin de que el conocimiento de nuestras deficiencias y errores, y de nuestros peligros, asegure la obra a que no bastaría la fe romántica y desordenada de nuestro

patriotismo; y para fomentar y proclamar la virtud donde quiera que se la encuentre. Para juntar y amar, y para vivir en la pasión de la verdad, nace este periódico. Deja a la puerta –porque afean el propósito más puro– la preocupación personal por donde el juicio oscurecido rebaja al deseo propio, las cosas santas de la humanidad y la justicia, y el fanatismo que aconseja a los hombres un sacrificio cuya utilidad y posibilidad no demuestra la razón.

Es criminal quien promueve en un país la guerra que se le puede evitar; y quien deja de promover la guerra inevitable. Es criminal quien ve ir al país a un conflicto que la provocación fomenta y la desesperación favorece, y no prepara, o ayuda a preparar, el país para el conflicto. Y el crimen es mayor cuando se conoce, por la experiencia previa, que el desorden de la preparación puede acarrear la derrota del patriotismo más glorioso, o poner en la patria triunfante los gérmenes de su disolución definitiva. El que no ayuda hoy a preparar la guerra, ayuda ya a disolver el país. La simple creencia en la probabilidad de la guerra es ya una obligación, en quien se tenga por honrado y juicioso, de coadyuvar a que se purifique, o impedir que se malee, la guerra probable. Los fuertes, prevén; los hombres de segunda mano esperan la tormenta con los brazos en cruz.

La guerra, en un país que se mantuvo diez años en ella, y ve vivos y fieles a sus héroes, es la consecuencia inevitable de la negación continua, disimulada o descarada, de las condiciones necesarias para la felicidad a un pueblo que se resiste a corromperse y desordenarse en la miseria. Y no es del caso preguntarse si la guerra es apetecible o no, puesto que ninguna alma piadosa la puede apetecer, sino ordenarla de modo que con ella venga la paz republicana, y después de ella no sean justificables ni necesarios los trastornos a

que han tenido que acudir, para adelantar, los pueblos de América que vinieron al mundo en años en que no estaban en manos de todos, como hoy están, la pericia política y el empleo de la fuerza nacional en el trabajo. Ni la guerra asusta sino a las almas mediocres, incapaces de preferir la dignidad peligrosa a la vida inútil.

En lo presente y relativo es la guerra desdicha espantosa, en cuyos dolores no se ha de detener un estadista previsor; como es el oro preciado metal, y no se lamenta la moneda de oro si se la da en cambio de lo que vale más que ella. Cuando los componentes de un país viven en un estado de batalla sorda, que amarga las relaciones más naturales, y perturba y tiene como sin raíces la existencia, la precipitación de ese estado de guerra indeciso en la guerra decisiva es un ahorro recomendable de la fuerza pública. Cuando las dos entidades hostiles de un país viven en él con la aspiración, confesa o callada, al predominio, la convivencia de las dos sólo puede resultar en el abatimiento irremediable de una. Cuando un pueblo compuesto por la mano infausta de sus propietarios con elementos de odio y de disociación, salió de la primera prueba de guerra, por sobre las disensiones que la acabaron, más unido que cuando entró en ella, la guerra vendría a ser, en vez de un retardo de su civilización, un período nuevo de la amalgama indispensable para juntar sus factores diversos en una república segura y útil. Cuando la guerra no se ha de hacer, en un país de españoles y criollos, contra los españoles que viven en el país, sino contra la dependencia de una nación incapaz de gobernar un pueblo que sólo puede ser feliz sin ella, la guerra tiene de aliados naturales a todos los españoles que quieran ser felices.

La guerra es un procedimiento político, y este procedimiento de la guerra es conveniente en Cuba, porque con ella se resolverá

definitivamente una situación que mantiene y continuará manteniendo perturbada el temor de ella; porque por la guerra, en el conflicto de los propietarios del país, ya pobres y desacreditados entre los suyos, con los hijos del país, amigos naturales de la libertad, triunfará la libertad indispensable al logro y disfrute del bienestar legítimo; porque la guerra rematará la amistad y fusión de las comarcas y entidades sociales sin cuyo trato cercano y cordial hubiera sido la misma independencia un semillero de graves discordias; porque la guerra dará ocasión a los españoles laboriosos de hacer olvidar, con su neutralidad o con su ayuda, la crueldad y ceguera con que en la lucha pasada sofocaron la virtud de sus hijos; porque por la guerra se obtendrá un estado de felicidad superior a los esfuerzos que se han de hacer por ella.

La guerra es, allá en el fondo de los corazones, allá en las horas en que la vida pesa menos que la ignominia en que se arrastra, la forma más bella y respetable del sacrificio humano. Unos hombres piensan en sí más que en sus semejantes, y aborrecen los procedimientos de justicia de que les pueden venir incomodidades o riesgos. Otros hombres aman a sus semejantes más que a sí propios, a sus hijos más que la misma vida, al bien seguro de la libertad más que al bien siempre dudoso de una tiranía incorregible, y se exponen a la muerte por dar vida a la patria. Así, cuando los elementos contendientes en las Islas demuestran la imposibilidad de avenirse en la justicia y el honor, y el avenimiento siempre parcial que pudiesen pretender no sería sancionado por la nación de que ambos dependen, ni sería más que una loable e insuficiente moratoria, –proclaman la guerra los que son capaces del sacrificio, y sólo la rehúyen los que son incapaces de él.

Pero si la guerra hubiese de ser el principio de una era de revueltas y de celos, que después de una victoria inmerecida e improbable, convirtiese el país, sazonado con nuestra sangre pura, en arena de disputas locales o escenario de ambiciosas correrías; si la guerra hubiese de ser el consorcio apresurado y desleal de los hombres cultos de más necesidades que empuje, y la autoridad impaciente y desdeñosa que por causas naturales, y en parte nobles, suele crear la milicia, si hubiese la guerra de ser el predominio de una entidad cualquiera de nuestra población, con merma y desasosiego de las demás, y no el modo de ajustar en el respeto común las preocupaciones de la susceptibilidad y las de la arrogancia, –como parricidas se habría de acusar a los que fomentaran y aconsejasen la guerra. Y en la lucha misma que no viniera por aconsejada, sino por inevitable, el honor sólo sería para los que hubiesen extirpado o procurado extirpar, sus gérmenes temibles; y el oprobio sería de cuantos, por la intriga o el miedo, hubiesen contribuido a impedir que las fuerzas todas de la lucha se combinasen, sin exclusiones injustas e imprudentes, en tal relación que desde los arranques pusiera a la gloria fuera del peligro del deslumbramiento, y a la libertad donde no la pudiera alcanzar la tiranía. Pero este periódico viene a mantener la guerra que anhelan juntos los héroes de mañana, que aconsejan del juicio su fervor, y los héroes de ayer, que sacaron ilesa de la lección de los diez años su fe en el triunfo; la guerra única que el cubano, libre y reflexivo por naturaleza, pide y apoya, y es la que, en acuerdo con la voluntad y necesidades del país, y con las enseñanzas de los esfuerzos anteriores, junte en sí, en la proporción natural, los factores todos, deseables o irremediables, de la lucha inminente; y los conduzca, con esfuerzo grandioso

y ordenado, a una victoria que no hayan de deslucir un día después los conatos del vencedor o la aspiración de las parcialidades descontentas, ni estorbe con la política verbosa y femenil el empleo de la fuerza nacional en las labores urgentes del trabajo.

Ama y admira el cubano sensato, que conoce las causas y excusas de los yerros, a aquellos hombres valerosos que rindieron las armas a la ocasión funesta, no al enemigo; y brilla en ellos aún el alma desinteresada que los héroes nuevos, en la impaciencia de la juventud, les envidian con celos filiales. Crían las guerras, por el exceso de las mismas condiciones que dan para ellos especial capacidad, o por el poder legítimo que conserva sobre el corazón el que estuvo cerca de él a la hora de morir, hábitos de autoridad y de compañerismo cuyos errores, graves a veces: no han de entibiar, en los que distinguen en ellos lo esencial de la virtud, el agradecimiento de hijo. Pero la pureza patriótica de aquellos hombres que salieron del lujo a la pelea, el roce continuo de caracteres y méritos a que la guerra dilatada dio ocasión, y el decoro natural de quien lleva en el pecho un corazón probado en lo sublime, dio a Cuba una milicia que no pone, como otras, la gloria militar por encima de la patria. Arando en los campos, contando en los bancos, enseñando en los colegios, comerciando en las tiendas, trabajando con sus manos de héroe en los talleres, están hoy los que ayer, ebrios de gloria, peleaban por la independencia del país. Y aguardan impacientes a la generación que ha de emularlos.

Late apresurado el corazón al saludar, desde el seguro extranjero, a los que bajo el poder da un dueño implacable se disponen en silencio a sacudirlo. Ha de saberse, allá donde no queremos nutrir con las artes inútiles de la conspiración el cadalso amenazante que los cubanos que sólo quieren de la libertad ajena el modo de asegurar la

propia, aman a su tierra demasiado para trastornarla sin su consentimiento; y antes perecerían en el destierro ansiosos, que fomentar una guerra en que cubano alguno, o habitante neutral de Cuba, tuviera que padecer como vencido. La lucha que se empeña para acabar una disensión, no ha de levantar otra. Por las puertas que abramos los desterrados, por más libres mucho menos meritorios, entrarán con el alma radical de la patria nueva los cubanos que con la prolongada servidumbre sentirán más vivamente la necesidad de sustituir a un gobierno de preocupación y señorío, otro por donde corran, franca y generosas, todas las fuerzas del país. El cambio de mera forma no merecería el sacrificio a que nos aprestamos; ni bastaría una sola guerra para completar una revolución cuyo primer triunfo sólo diese por resultado la mudanza de sitio de una autoridad injusta. Se habrá de defender, en la patria redimida, la política popular en que se acomoden por el mutuo reconocimiento, las entidades que el puntillo o el interés pudiera traer a choque; y ha de levantarse, en la tierra revuelta que nos lega un gobierno incapaz, un pueblo real y de métodos nuevos, donde la vida emancipada, sin amenazar derecho alguno, goce en paz de todos. Habrá de defenderse con prudencia y amor esta novedad victoriosa de los que en la revolución no vieran más que el poder de continuar rigiendo el país con el ánimo que censuraban en sus enemigos. Pero esta misma tendencia excesiva hacia lo pasado, tiene en las repúblicas igual derecho al respeto y a la representación que la tendencia excesiva al porvenir. Y la determinación de mantener la patria libre en condiciones en que el hombre pueda aspirar por su pleno ejercicio a la ventura, jamás se convertirá, mientras no nazcan cubanos hasta hoy desconocidos, o no ande la idea de guerra en manos diversas, en pelea de exclusión y desdén de aquellos con

quienes en lo íntimo del alma tenemos ajustada, sin palabras, una gloriosa cita. La guerra se dispone fuera de Cuba, de manera que, por la misma amplitud que pudiera alarmar a los asustadizos, asegure la paz que les trastornaría una guerra incompleta. La guerra se prepara en el extranjero para la redención y beneficio de todos los cubanos. Crece la yerba espesa en los campos inútiles: cunden las ideas postizas entre los industriales impacientes; entra el pánico de la necesidad en los oficios desiertos del entendimiento, puesto hasta hoy principalmente en el estudio literario e improductivo de las civilizaciones extranjeras, y en la disputa de derechos casi siempre inmorales. La revolución cortará la yerba; reducirá a lo natural las ideas industriales postizas; abrirá a los entendimientos pordioseros empleos reales que aseguren, por la independencia de los hombres, la independencia de la patria. Revienta allí ya la gloria madura, y es la hora de dar la cuchillada.

Para todos será el beneficio de la revolución a que hayan contribuido todos, y por una ley que no está en mano de hombre evitar, los que se excluyan de la revolución, por arrogancia de señorío o por reparos sociales, serán, en lo que no choque con el derecho humano, excluidos del honor e influjo de ella. El honor veda al hombre pedir su parte con el triunfo a que se niega a contribuir; y pervierte ya mucho noble corazón la creencia, justa a cierta luz, en la inutilidad del patriotismo. El patriotismo es censurable cuando se le invoca para impedir la amistad entre todos los hombres de buena fe del universo, que ven crecer el mal innecesario, y le procuran honradamente alivio. El patriotismo es un deber santo, cuando se lucha por poner la patria en condición de que vivan en ella más felices los hombres. Apena ver insistir en sus propios derechos a quien se niega a luchar

por el derecho ajeno. Apena ver a hermanos de nuestro corazón negándose, por defender aspiraciones pecuniarias, a defender la aspiración primera de la dignidad. Apena ver a los hombres reducirse, por el mote exclusivo de obreros, a una estrechez más dañosa que benigna; porque este aislamiento de los hombres de una ocupación, o de determinado círculo social, fuera de los acuerdos propios y juiciosos entre personas del mismo interés, provocan la agrupación y resistencia de los hombres de otras ocupaciones y otros círculos; y los turnos violentos en el mando, y la inquietud continua que en la misma república vendría de estas parcialidades, serían menos beneficiosos a sus hijos que un estado de pleno decoro en que, una vez guardados los útiles de la labor de cada día, sólo se distinguiera un hombre de otro por el calor del corazón o por el fuego de la frente.

Para todos los cubanos, bien procedan del continente donde se calcina la piel, bien vengan de pueblos de una luz más mansa, será igualmente justa la revolución en que han caído, sin mirarse los colores, todos los cubanos. Si por igualdad social hubiera de entenderse, en el sistema democrático de igualdades, la desigualdad, injusta a todas luces, de forzar a una parte de la población, por ser de un color diferente de la otra, a prescindir en el trato de la población de otro color de los derechos de simpatía y conveniencia que ella misma ejercita, con aspereza a veces, entre sus propios miembros, la "igualdad social" sería injusta para quien la hubiese de sufrir, e indecorosa para los que quisiesen imponerla. Y mal conoce el alma del cubano de color, quien crea que un hombre culto y bueno, por ser negro, ha de entrometerse en la amistad de quienes, por negársela, demostrarían serle inferiores. Pero si igualdad social quiere decir el trato respetuoso y equitativo, sin limitaciones de

estimación no justificada por limitaciones correspondientes de capacidad o de virtud, de los hombres, de un color o de otro, que pueden honrar y honran el linaje humano, la igualdad social no es más que el reconocimiento de la equidad visible de la naturaleza.

Y como es ley que los hijos perdonen los errores de los padres, y que los amigos de la libertad abran su casa a cuantos la amen y respeten, no sólo a los cubanos será beneficiosa la revolución en Cuba, y a los puertorriqueños la de Puerto Rico, sino a cuantos acaten sus designios y ahorren su sangre. No es el nacimiento en la tierra de España lo que abomina en el español el antillano oprimido; sino la ocupación agresiva e insolente del país donde amarga y atrofia la vida de sus propios hijos. Contra el mal padre es la guerra, no contra el buen padre; contra el esposo aventurero, no contra el esposo leal; contra el transeúnte arrogante e ingrato: no contra el trabajador liberal y agradecido. La guerra no es contra el español, sino contra la codicia e incapacidad de España. El hijo ha recibido en Cuba de su padre español el primer consejo de altivez e independencia: el padre se ha despojado de las insignias de su empleo en las armas para que sus hijos no se tuviesen que ver un día frente a él: un español ilustre murió por Cuba en el patíbulo; los españoles han muerto en la guerra al lado de los cubanos. Los españoles que aborrecen el país de sus hijos serán extirpados por la guerra que han hecho necesaria. Los españoles que aman a sus hijos, y prefieren las víctimas de la libertad a sus verdugos, vivirán seguros en la república que ayuden a fundar. La guerra no ha de ser para el exterminio de los hombres buenos, sino para el triunfo necesario sobre los que se oponen a su dicha.

Es el hijo de las Antillas, por favor patente de su naturaleza, hombre en quien la moderación del juicio iguala a la pasión por

la libertad; y hoy que sale el país, con el mismo desorden con que salió hace veinticuatro años, de una política de paz inútil que sólo ha sido popular cuando se ha acercado a la guerra, y no ha llevado la unión de los elementos alegables más lejos al menos de donde estuvieron hace veinticuatro años, álzanse a la vez a remediar el desorden, con prudencia de estadistas y fuego apostólico, los hijos vigilantes que han empleado la tregua en desentrañar y remediar las causas accidentales de la tristísima derrota, y en juntar a sus elementos aún útiles las fuerzas nacientes, a fin de que no caiga la mano enemiga, perita en la persecución, sobre los que sin esta levadura de realidad pudieran volver al desconcierto e inexperiencia por donde vino a desangrarse y morir la robusta gloria de la guerra pasada. Se encienden los fuegos, y vuelve a cundir la voz; en el mismo hogar tímido, cansado de la miseria, restalla la amenaza; va en silencio la juventud a venerar la sepultura de los héroes: el clarín resuena a la vez en las asambleas de los emigrados y en las de los colonos. Nace este periódico, a la hora del peligro, para velar por la libertad, para contribuir a que sus fuerzas sean invencibles por la unión, y para evitar que el enemigo nos vuelva a vencer por nuestro desorden.

“Patria”

Patria, 14 de marzo de 1892

Quienes vivimos para ella, no necesitamos frasear sobre ella. De ella es mandar, y de nosotros obedecer. Es nuestra adoración, no nuestro pedestal ni nuestro instrumento. Ni los tiempos nos

han cansado, ni las equivocaciones; y en cuanto en estas columnas aparezca se habrá de ver el sosiego de quienes no tienen más consejero que la devoción al país, ni más apremio que el que ordena, en horas difíciles, la indispensable vigilancia. Todo lo vemos, y a todo estamos. Reunidos en un mismo espíritu los batalladores de siempre, los de la guerra y los de la emigración, los recién llegados y los infatigables, los de una y otra comarca, los de una y otra edad, los de una ocupación y otra, buscamos lema para este periódico de todos –y le llamamos *Patria*.

Sus ideas van expuestas en las Bases del Partido Revolucionario Cubano que acata y mantiene, porque ve en ellas el acuerdo sincero entre los elementos cuya acción aislada no podría allegar, con la fuerza y el espíritu indispensables, los recursos de pensamiento y obra que cautiven, como ya cautivan, el respeto y la simpatía de la Isla. Sin la razón satisfecha del país, no es dable obrar; ni es dable ordenar la guerra inminente sin el concierto franco del pensamiento público y responsable con las energías de la época nueva y los prestigios de la guerra pasada. La prisa del enemigo en levantar la discordia indica sobradamente que no se ha de ser cómplice del enemigo. La pasión republicana, la ansiedad de la acción, la unión de las energías, el orgullo de la virtud cubana, la fe en los humildes, y el olvido de las ofensas, moverán, y nada más, nuestras plumas.

En *Patria* escribirán el magistrado glorioso de ayer y los jóvenes pujantes de hoy, el taller y el bufete, el comerciante y el historiador, el que prevé los peligros de la república y el que enseña a fabricar las armas con que hemos de ganarla.

En *Patria* publicaremos “La Situación Política” que refleje, de adentro y de afuera, cuanto cubanos y puertorriqueños necesitan saber del

país; los "Héroes" que nos pintarán los que no se han cansado aún de serlo; los "Caracteres" de nuestro pueblo, de lo más pobre como de lo más dichoso de la vida, para que no caiga la fe de loa olvidadizos; la "Guerra", o crónica de ella, en relación unas veces, en anécdotas otras, por donde a chispazos se vea nuestro poder en la dificultad y nuestra firmeza en la desdicha; la "Cartilla Revolucionaria" donde se enseñará, desde el zapato hasta el caer muerto, el arte de pelear por la independencia del país: a vestirse, a calzarse, a curarse, a fabricar cápsulas y pólvora, a remendar las armas. Contará *Patria* los trabajos y méritos de los puertorriqueños y cubanos, y la vida social de los ricos y de los pobres. Se verá la fuerza entera del país en sus páginas.

Y cuanto en *Patria* se escriba ha de nacer del deseo de aprovechar, con el don inevitable de la palabra, la acción rápida en que será posible y necesario el silencio, no del prurito femenil que en la ocasión gloriosa no ve más que la tribuna floreada o las palmas envanecedoras. En la fundición habla el obrero sobre el mejor modo de fundir la espada.

La Proclamación del Partido Revolucionario Cubano el 10 de abril de 1892

Patria, Nueva York, 16 de abril de 1892

A una misma hora, el día 10 de Abril, se pusieron en pie todas las asociaciones cubanas y puertorriqueñas que mantienen fuera de Cuba y Puerto Rico la independencia de las Antillas, y todas proclamaron constituido por la voluntad popular, y completo por la elección de los funcionarios que establece, el Partido Revolucionario

Cubano, creado por las emigraciones unánimes con el fin de ordenar, con respecto a los intereses legítimos y a la voluntad del país, las fuerzas existentes y necesarias para establecer en él una república justa.

Libres y de sí mismas, sin sugestión ni convite de hombre alguno que haya probado con gloria las armas, ni de quien viva devorado del ansia de probarlas; libres y de sí mismas, sin causa alguna de entusiasmo pasajero que inflame en fuego de horas los corazones tornadizos; libres y de sí mismas, sin el influjo personal y privado que suele mover, con fuerza que se convierte luego en debilidad, las obras más puras de los hombres; libres y de sí mismas, desde Tampa a los extremos de la América del Sur, las emigraciones cubanas, y con ellas la emigración puertorriqueña, congregan, al más humilde impulso, sus fuerzas trabajadoras; examinan con juicio libérrimo las Bases en que se han de unir y los Estatutos con que se han de mover, de modo que la autoridad indispensable para la obra ejecutiva de la revolución se concilie con el alma republicana de donde toma su representación y vigor; proclaman, sin una sola asociación descarriada, sin una sola localidad tibia o silenciosa, que los cubanos y puertorriqueños de la emigración deciden acelerar, por métodos republicanos de alma democrática, y por el acuerdo afectuoso y continuo con las islas, la independencia inminente y deseable de Cuba y Puerto Rico; y afirman de antemano y robustecen por el respeto y equilibrio de los elementos reales de aquella sociedad, el que de otro modo pudiese ser alzamiento incompleto, peligroso y desordenado.

Para salvar a las islas de peligros se funda el Partido Revolucionario Cubano, y no para aumentarlos. Para impedir la horda, se funda, y la invasión personal y estéril, no para favorecer la invasión personal, y fomentar la horda; para poner la república sincera en la guerra,

de modo que ya en la guerra vaya, e impere naturalmente, por poder incontrastable, después de la guerra; para librar a las islas de los yerros y obstáculos, en ellas innecesarios, donde cayeron, y por algún tiempo pareció que perecerían, las repúblicas novas americanas; para concertar con las islas la acción que se dispone con el ánimo de su libertad y beneficio, y no con el de levantar el señorío temible de un hombre o la fama pueril de otro; para hacer, en bien de las islas, la labor de ordenación que las islas no pueden hacer. Para el servicio desinteresado y heroico de la independencia de Cuba y Puerto Rico se funda, de arranque unánime y propio el Partido Revolucionario Cubano, y no para la obra fea y secreta de allegarse simpatías por pagos y repartos de autoridad o de dineros. Para la obra común se funda el partido, de las almas magnánimas y limpias. De pie, la emigración entera, proclamó el 10 de Abril su voluntad de ordenar en bien de Cuba, con todos los factores honrados, las fuerzas necesarias para acelerar la independencia de Cuba y Puerto Rico, en acuerdo con los principios de las Bases, y los métodos de los Estatutos del Partido Revolucionario Cubano.

¡Bello es ver alzarse en una sola idea, de entusiasmo y prudencia a la vez, a un pueblo de orígenes diversos y composición difícil, en la hora suprema en que se requieren juntamente la prudencia y el entusiasmo!

¡Bello es ver alzarse a una emigración defraudada, con la misma fe que la movió veinte años hace, antes de la esperanza vana y la credulidad ciega, a toda especie de abandono y sacrificio!

¡Bello es, y nuevo acaso en la historia de las revoluciones, ver levantarse un pueblo entero, que en la indignación pudo encen-

derse contra los que con su dejadez o espera anulan en la patria su virtud, sin que el ímpetu necesario para la redención de todos sus hijos sea afeado con el enojo o la amargura contra parcialidad alguna de ellos!

¡Bello es ver deponer a todo un pueblo, en la primera ocasión de confianza, los reparos justos de localidad o de persona con que la ambición cegada o el carácter flojo suelen oponerse, con máscaras y protestas, a las obras más puras!

¡Bello es ver a un partido de revolución, que quiere seguir la obra radical de los padres y criar raíces novas, no entrar en la vía oscura, preñada de derrotas y de sangre, de los celos entre guías y caudillos, ni rebajar la gloria de componer una república durable a la tarea relativamente mezquina de continuar en una república nominal las injusticias y desdenes feudales de una factoría que no se puede echar abajo sin el sacrificio y la ayuda de aquellos con quienes se es desdeñoso e injusto!

¡Bello es, cuando se supone a los revolucionarios incapaces o impotentes para poner en obra política, alta y sostenida, su entusiasmo romántico disperso, ver surgir a los revolucionarios, juntos en un plan inexpugnable, para la obra alta y sostenida, juntos, en una organización sencilla y sana, para recoger y fundir la revolución ambiente!

¡Bello es, en un pueblo compuesto ayer de castigados y de castigadores, de universitarios despaciosos y gente real y activa, de clases señoras y clases susceptibles, de inteligencia ofuscada por los libros e inteligencia aún burda y más turbada por ayudada por el libro incompleto, ver surgir en fuerte abrazo los elementos todos que pudieran chocar o desconocerse en la vida común del país parcial y dividido!

¡Bello es, cuando el peligro mayor del país está en el trato áspero y apartado de sus habitantes, ver nacer un partido de revolución el día mismo en que se proclamó la constitución democrática de la república!

Así la isla de Cuba, y la de Puerto Rico con ella, que pudieron creerse hasta hoy abandonadas a la guía infecunda del partido de la equivocación permanente, del partido autonomista; o al esfuerzo propio y tímido del país, por su naturaleza sofocable y aislado; o a la invasión caprichosa, y sin propósito seguro, de un grupo conquistador y marcial, de una mera pujanza de guerra, –sabe hoy, y no puede menos de saber, porque la emigración, toda de pie, así se lo anuncia, que los emigrados cubanos y puertorriqueños temen tanto como las islas mismas los alardes sueltos e imprudentes de que sólo el fusil enemigo saca fruto, y sólo quedan huérfanos y viudas; condenan todo esfuerzo insuficiente que vaya encaminado a satisfacer la impaciencia heroica o la gloria personal, más que a atender a las necesidades y beneficios del país; y en vez de unirse para amenazarlo sin tino, se unen, en el Partido Revolucionario Cubano, para acordar con él el medio de salvarlo, de modo que en la conquista de la independencia de hoy vayan los gérmenes de la independencia definitiva de mañana.

Así las islas de Cuba y Puerto Rico saben desde hoy, porque la emigración unánime y a una misma hora se lo dice, que los que pudo ver como sus perturbadores fanáticos son sus políticos metódicos; que los que acaso temía como entusiastas ocasionales, son sus políticos esenciales; que los que los partidarios de la paz inútil o los escarmientos del fracaso de la guerra les presentaban como

voz de ultratumba, o respetables visionarios, son los centinelas que, a la hora en que se desvanecen las esperanzas insensatas, abren, tan ancha como es menester, la vía por donde han de entrar sin choque las cóleras que estallarán en cuanto no las sujete la esperanza falsa.

Así las islas de Cuba y Puerto Rico saben desde hoy, por la declaración simultánea y solemne de las emigraciones más numerosas de antillanos, y más interesadas en las islas; por la proclamación unánime del Partido Revolucionario Cubano en la emigración cuidadosa de Cayo Hueso, en la probada de New York y en la entusiasta de Tampa; por la notificación indudable de su voluntad y propósitos que levantan a una ante las islas todas las emigraciones; –que Cuba y Puerto Rico tienen ya en los países extranjeros una fuerza revolucionaria organizada que vela por sus destinos; que la suerte de las islas, por la virtud y espíritu republicano del Partido Revolucionario Cubano, no está a merced de una tentativa soberbia o parcial que enajene por sus métodos la simpatía de los mismos que más anhelan la independencia de la patria, ni al garete de las revueltas locales y deshechas, que pararían necesariamente en la derrota a manos del enemigo, o en la renovación funesta de los choques de ayer, y en la derrota a nuestras propias manos; que al renacer en el país, por la sobra del descontento y por la impotencia de la represa, la rebelión del decoro y de la necesidad, no tiene por qué desmigajarse la revolución nova en atentados locales y estériles, que halagan la vanidad y asesinan la patria; no tiene por qué caer la guerra en manos de los hombres que jamás la llevaron en su flojo corazón, ni comprenden su alcance, sus peligros ni su espíritu; no tiene por qué surgir la guerra como empresa personal que mueva a celos a los rivales descontentos, o alarme más que

atraiga a los republicanos recelosos; –porque por la proclamación unánime y solemne el día 10 de Abril de todas las asociaciones cubanas y puertorriqueñas de fuera de las islas, sin excepción de una sola, saben ya Cuba y Puerto Rico que el Partido Revolucionario existe, con una organización en que se combinan la república democrática y la acción enérgica, para concertar con las islas el modo oportuno de fomentar y ayudar sin violencia ni premura la guerra incontrastable; para impedir, por cuantos medios aconseje la prudencia, que el enemigo logre su deseo de sofocar el levantamiento general por el descrédito de los levantamientos locales e imperfectos que le es fácil vencer y que provoca; para que el país, por falta de ordenación oportuna, no atraiga y justifique el arrebato de un caudillo impaciente, con igual daño grave del caudillo y de la república; para componer la guerra, y preparar la victoria, de modo que las aseguren, por el equilibrio de la justicia de los hechos, los factores mismos que por su diversidad y recelos pudieran perturbarla; y para procurar que la fundación de la república no caiga en manos incapaces ni parciales.

El tercer año del Partido Revolucionario Cubano.

El alma de la Revolución y el deber de Cuba en América

Por el voto individual y directo de todos sus miembros entra, con sus funcionarios electos, en su tercer año de labor la empresa, americana por su alcance y espíritu, de fomentar con orden y auxiliar con todos sus elementos reales –por formas que con el desembarazo de la energía ejecutiva combinan la plenitud de

la libertad individual– la revolución de Cuba y Puerto Rico para su independencia absoluta. Bello es, en el desorden consiguiente a una larga e infortunada emigración, ver unirse con una obra voluntaria y disciplinada de pensamiento activo a los hombres, de todas condiciones y grados de fortuna, de la guerra y del destierro, de los países lejanos y del Norte triunfante sobre la desidia y desaliento que le vienen del continuo trato con la infelicidad de Cuba: y todos, de Jamaica a Chicago, reiterar a su patria, con su confirmación libre del partido de la independencia, la promesa de preparar por ella en el destierro la redención que ella no puede preparar en el miedo, el desmayo y la pasión de su esclavitud. Bello es ver confundirse en el ejercicio de un santo derecho a los elementos diversos de un pueblo del que sus propios hijos, por ignorancia o soberbia, a veces injustamente desconfían; y levantar, ante los corazones caídos, esta prueba de la eficacia del trabajo constante y del trato justiciero en las almas que deja inseguras y torvas la parricida tiranía. Pero sería complacencia vana la de ese espectáculo indudablemente hermoso, y funesta fatiga la de ordenar un entusiasmo ciego y temible, si no fuesen raíz y poder del organismo revolucionario el conocimiento sereno de la realidad de la patria, en cuanto tiene de vicio y de virtud, y la disposición sensata a acomodar las formas del pueblo naciente a los estados graduales, y la verdad actual y local, de la libertad que trabaja y triunfa. Bella es la actuación unida del Partido Revolucionario Cubano, por la dignidad, jamás lastimada con intrigas ni lisonjas ni súplicas, de los miembros que lo componen y las autoridades que se han dado, –por la equidad de sus propósitos confesos, que no ven la dicha del país en el predominio de una clase sobre otra en

un país nuevo, sin el veneno y rebajamiento voluntario que va en la idea de clases, sino en el pleno goce individual de los derechos legítimos del hombre, que sólo pueden mermarse con la desidia o exceso de los que los ejerciten,– y por la oportunidad, ya a punto de perderse, con que las Antillas esclavas acuden a ocupar su puesto de nación en el mundo americano, antes de que el desarrollo desproporcionado de la sección más poderosa de América convierta en teatro de la codicia universal las tierras que pueden ser aún el jardín de sus moradores, y como el fiel del mundo.

A su pueblo se ha de ajustar todo partido público, y no es la política más, o no ha de ser, que el arte de guiar, con sacrificio propio, los factores diversos u opuestos de un país de modo que, sin indebido favor a la impaciencia de los unos ni negación culpable de la necesidad del orden en las sociedades, –sólo seguro con la abundancia del derecho– vivan sin choque, y en libertad de aspirar o de resistir, en la paz continua del derecho reconocido, los elementos varios que en la patria tienen título igual a la representación y la felicidad. Un pueblo no es la voluntad de un hombre solo, por pura que ella sea, ni el empeño pueril de realizar en una agrupación humana el ideal candoroso de un espíritu celeste, ciego graduado de la universidad bamboleante de las nubes. De odio y de amor, y de más odio que amor, están hechos los pueblos; sólo que el amor, como sol que es, todo lo abrasa y funde; y lo que por siglos enteros van la codicia y el privilegio acumulando, de una sacudida lo echa abajo, con su séquito natural de almas oprimidas, la indignación de un alma piadosa. Con esas dos fuerzas: el amor expansivo y el odio represor –cuyas formas públicas son el interés y el privilegio– se van

edificando las nacionalidades. La piedad hacia los infortunados, hacia los ignorantes y desposeídos, no puede ir tan lejos que encabece o fomente sus errores. El reconocimiento de las fuerzas sordas y malignas de la sociedad, que con el nombre de orden encubren la rabia de ver erguirse a los que ayer tuvieron a sus pies, no puede ir hasta juntar manos con la soberbia impotente, para provocar la ira segura de la libertad poderosa. Un pueblo es composición de muchas voluntades, viles o puras, francas o torvas, impedidas por la timidez o precipitadas por la ignorancia. Hay que deponer mucho, que atar mucho, que sacrificar mucho, que apearse de la fantasía, que echar pie a tierra con la patria revuelta, alzando por el cuello a los pecadores, vista el pecado paño o rusia: hay que sacar de lo profundo las virtudes, sin caer en el error de desconocerlas porque vengan en ropaje humilde, ni de negarlas porque se acompañen de la riqueza y la cultura. El peligro de nuestra sociedad estaría en conceder demasiado al empedernido espíritu colonial, que quedará hoceando en las raíces mismas de la república, como si el gobierno de la patria fuese propiedad natural de los que menos sacrifican por servirla, y más cerca están de ofrecerla al extranjero, de comprometer con la entrega de Cuba a un interés hostil y desdeñoso, la independencia de las naciones americanas: –y otro peligro social pudiera haber en Cuba: adular, cobarde, los rencores y confusiones que en las almas heridas o menesterosas deja la colonia arrogante tras sí, y levantar un poder infame sobre el odio o desprecio de la sociedad democrática naciente a los que: en uso de su sagrada libertad, la desamen o se le opongan. A quien merme un derecho, córtesele la mano, bien sea el soberbio quien se lo merme al inculto, bien sea el inculto quien se lo merme al soberbio.

Pero con labor será en Cuba menos peligrosa, por la fusión de los factores adversos del país en la guerra sanadora; por la dignidad que en las amistades, de la muerte adquirió el liberto ante su señor de ayer; por la peculiar levadura social que, aparte de la obra natural del país, llevarán a la república las masas de campesinos y esclavos emigrados, que, a mano con doctores y ricos de otros días y próceres de la revolución, han vivido, tras veinticinco años de trabajar y de leer, y de hablar y oír hablar, como en ejercicio continuo y consciente de la capacidad del hombre en la república. Y mientras una porción reacia e ineficaz, la porción menos eficaz, del señorío cubano antiguo, se acorrala injusta y repulsiva, contra este pueblo nuevo de cultura y virtud, de mentes libres y manos creadoras, otra porción del señorío cubano, mucho más poderosa que aquella, ha vivido dentro de la masa revuelta, ha conocido y guiado su capacidad, ha trabajado mano a mano con ella, se ha hecho amar de la masa, y es amado: ¡y hoy rodaría por tierra, mente a mente, mucho menguado leguleyo que le negase la palabra superior a mucho hijo de esta alma-madre del trabajo y la naturaleza! En Cuba no hay duelo entre un señorío desdentado y napolitano y el país, de suyo tan moderado como desigual, en que, con la pura esperanza de la libertad suficiente, se reúnen por el respeto del esfuerzo común, los hombres del campo y de la esclavitud y del oficio pobre, conscientes ya de sus derechos y del riesgo de exagerarlos, con todo lo que hay de útil y viril, de fundador y de piadoso, en el antiguo señorío cubano. Del alma cubana arranca, decisivo, el deseo puro de entrar en una vida justa, y de trabajo útil, sobre la tierra saneada con sus muertos, amparada por las sombras de sus héroes, regada con los caudales de su llanto. La esperanza de

una vida cordial y decorosa anima hoy por igual a los prudentes del señorío de ayer, que ven peligro en el privilegio inmerecido de los hombres nulos, –y a los cubanos de humilde estirpe, que en la creación de sí propios se han descubierto una invencible nobleza. Nada espera el pueblo cubano de la revolución que la revolución no pueda darle. Si desde la sombra entrase en ligas, con los humildes o con los soberbios, sería criminal la revolución, e indigna de que muriésemos por ella. Franca y posible, la revolución tiene hoy la fuerza de todos los hombres previsores, del señorío útil y de la masa cultivada, de generales y abogados, de tabaqueros y guajiros, de médicos y comerciantes, de amos y de libertos. Triunfará con esa alma, y perecerá sin ella. Esa esperanza, justa y serena, es el alma de la revolución. Con equidad para todos los derechos, con piedad para todas las ofensas, con vigilancia contra todas las zapas, con fidelidad al alma rebelde y esperanzada que la inspira, la revolución no tiene enemigos, porque España no tiene más poder que el que le dan, con la duda que quieren llevar a los espíritus, con la adulación ofensiva e insolente a las preocupaciones que suponen o halagan en nuestros hombres de desinterés y grandeza, los que, so capa de amar la independencia de su país, aborrecen a cuantos la intentan, y procuran, para cuando no la puedan evitar, ponerse de cabeza, dañina y estéril, de los sacrificios que ni respetan ni comparten. Para andar por un terreno, lo primero es conocerlo. Conocemos el terreno en que andamos. Nos sacarán a salvo por él la lealtad a la patria que en nosotros ha puesto su esperanza de libertad y de orden, –y la indulgencia vigilante, para los que han demostrado ser incapaces de dar a la rebelión de su patria energía y orden. Sea nuestro lema: libertad sin ira.

Nulo seria, además, el espectáculo de nuestra unión, la junta de voluntades libres del Partido Revolucionario Cubano, si, aunque entendiese los problemas internos del país, y lo llagado de él y el modo con que se le cura, no se diera cuenta de la misión, aún mayor, a que lo obliga la época en que nace y su posición en el crucero universal. Cuba y Puerto Rico entrarán a la libertad con composición muy diferente y en época muy distinta, y con responsabilidades mucho mayores que los demás pueblos hispanoamericanos. Es necesario tener el valor de la grandeza: y estar a sus deberes. De frailes que le niegan a Colón la posibilidad de descubrir el paso nuevo está lleno el mundo, repleto de frailes. Lo que importa no es sentarse con los frailes, sino embarcarse en las carabelas con Colón. Y ya se sabe del que salió con la banderuca a avisar que le tuviesen miedo a la locomotora –que la locomotora llegó, y el de la banderuca se quedó resoplando por el camino: o hecho pulpa, si se le puso en frente. Hay que prever, y marchar con el mundo. La gloria no es de los que ven para atrás, sino para adelante. –No son meramente dos islas floridas, de elementos aún disociados, lo que vamos a sacar a luz, sino a salvarlas y servirlas de manera que la composición hábil y viril de sus factores presentes, menos apartados que los de las sociedades rencorosas y hambrientas europeas, asegure, frente a la codicia posible de un vecino fuerte y desigual, la independencia del archipiélago feliz que la naturaleza puso en el nudo del mundo, y que la historia abre a la libertad en el instante en que los continentes se preparan, por la tierra abierta, a la entrevista y al abrazo. En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder, –mero fortín de la Roma americana; –y si libres– y dignas

de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora –serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio –por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles– hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo. –No a mano ligera, sino como con conciencia de siglos, se ha de componer la vida nueva de las Antillas redimidas. Con augusto temor se ha de entrar en esa grande responsabilidad humana. Se llegará a muy alto, por la nobleza del fin; o se caerá muy bajo, por no haber sabido comprenderlo. Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a libertar. ¡Cuán pequeño todo, cuán pequeños los comadrazgos de aldea, y los alfilerazos de la vanidad femenil, y la nula intriga de acusar de demagogia, y de lisonja a la muchedumbre, esta obra de previsión continental, ante la verdadera grandeza de asegurar, con la dicha de los hombres laboriosos en la independencia de su pueblo, la amistad entre las secciones adversas de un continente, y evitar, en la vida libre de las Antillas prósperas, el conflicto innecesario entre un pueblo tiranizador de América y el mundo coaligado contra su ambición! Sabremos hacer escalera hasta la altura con la inmundicia de la vida. Con la mirada en lo alto, amasaremos, a sangre sana, a nuestra propia sangre, esta vida de los pueblos, hecha de la gloria de la virtud, de la rabia de los privilegios caídos, del exceso de las aspiraciones justas. La responsabilidad del fin dará asiento al pueblo cubano para recabar la libertad sin odio, y dirigir sus ímpetus con la moderación. Un error en Cuba es un error en América, es un

error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos. Ella, la santa patria, impone singular reflexión; y su servicio, en hora tan gloriosa y difícil, llena de dignidad y majestad. Este deber insigne, con fuerza de corazón nos fortalece: como perenne astro nos guía, y como luz de permanente aviso saldrá de nuestras tumbas. Con reverencia singular se ha de poner mano en problema de tanto alcance, y honor tanto. Con esa reverencia entra en su tercer año de vida, compasiva y segura, el Partido Revolucionario Cubano, convencido de que la independencia de Cuba y Puerto Rico no es sólo el medio único de asegurar el bienestar decoroso del hombre libre en el trabajo justo a los habitantes de ambas islas, sino el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la república norteamericana. ¡Los flojos, respeten: los grandes, ¡adelante! Esto es tarea de grandes.

Discurso en Hardman Hall

Nueva York, 17 de abril de 1892

En el suplemento de Patria *del 23 de abril de 1892, en el que se publicaron los discursos pronunciados en Hardman Hall, el 17 de abril, con motivo de la proclamación del Partido Revolucionario Cubano, aparece la siguiente reseña sobre el discurso de Martí:*

> El estado visible de su mala salud impedía a José Martí, presente en el estrado, consumir su turno, y así lo anunciaba ya la presidencia, cuando

el deseo público movió al delegado electo a saludar a sus compatriotas con breves palabras. De su discurso, rápido y ferviente, es imposible dar aquí reseña. En sus palabras contrastaba la vehemencia de la dicción con el ajuste estrecho de su doctrina a las Bases del Partido Revolucionario Cubano.

Este quebranto que se me ve, no me llega al alma. Mi discurso mejor es la impaciencia con que me preparo a poner la voluntad de mis conciudadanos en acción; el júbilo silencioso con que veo, en la creación del Partido Revolucionario Cubano, alejado para siempre el peligro de que el entusiasta desorden, o el capricho ambicioso, llevasen a la patria una guerra que ella no apeteciese, o deseara en otra forma; el júbilo republicano con que veo convertirse definitivamente el sentimiento ambulante de heroísmo que de los cubanos rebosa, en una obra continua y común, en que sabrá el heroísmo contenerse hasta que la patria le tienda los brazos. La fuerza del Partido Revolucionario Cubano es que el espíritu que lo mueve, que lo mantiene, que en todas partes brota, no es la obra de un hombre; ni su acción será la de un cabecilla marcial o civil que busque tumba en la inmortalidad, o cortejo para sus vanidades complacientes, o primacía futura entre sus conciudadanos, sino el empuje de todos los cubanos libres, para concertar con el país descompuesto el modo mejor y menos cruento de libertarlo.

Quien ha visto venirse elaborando año por año en el juicio creciente de sus compatriotas, el Partido Revolucionario Cubano, quien le conoce en todos nuestros corazones nobles y en todas nuestras mentes sagaces sus orígenes, quien ha seguido de cerca la lucha

continua entre los factores disolventes de la revolución y sus factores constituyentes, ese sabe que en el Partido Revolucionario Cubano se coronan los esfuerzos, premiados ya por la experiencia, de los que creen que la salvación de un pueblo escarmentado y critico como el nuestro, de un pueblo indómito y sagaz, no depende del frenesí heroico, ni del flamígero apostolado de uno solo de sus hijos, ni de una aventura de gloria que pararía en lo que paran casi siempre las aventuras, sino que depende, precisamente, del desistimiento de esta idea de la salvación personal, ofensiva para los que buscan en la independencia del país la garantía y seguridad de su decoro, y peligrosa en la creación de un pueblo nuevo. El Partido Revolucionario se funda para asegurar a la patria esclava, de parte de sus hijos ausentes, la voz y el voto que le niegan sus dueños presentes; para componer la guerra imprescindible de modo que no falle por el temor o desconocimiento del país, sino que triunfe por el concierto de espíritu y de forma con la voluntad explorada de él; para que entren en la guerra de la república, en justo equilibrio, todos los elementos necesarios a su constitución; para que no caiga el sacrificio de la guerra bajo el poder de los anémicos o de los autoritarios, o la complicidad de los autoritarios y los anémicos; para salvar a la revolución, ahora que vuelve a estallar, de los peligros, igualmente graves, de la invasión desconcertada de afuera, o la explosión desordenada de adentro; para vivir en habla amorosa con los cubanos verdaderos de la patria.

Luego aludía a la bandera cubana, una bandera de la guerra, que un patriota, el abogado bayamés Joaquín Castellanos, puso, al morir en Centro América, en manos del ex presidente de Cuba, de Tomás Estrada Palma. Y decía, señalando a los pabellones que adornaban el salón:

No levantamos aquí bandera nueva, sino que ondeamos otra vez la bandera de los padres. No es nuestro verdadero pabellón este de seda y flecos de oro, labrado, con la visión del cielo azul, por la fidelidad de nuestras mujeres, ni hemos de caer sobre la tierra amada con estos colores de afuera, colores sólo de la esperanza y el deseo: nuestra bandera es aquella misma, ondeada en la patria libre, que el patriota de los diez años, al caer bajo ella en el destierro, ¡legó a un cubano que no se ha dejado vencer!

¿A qué entretenemos, en esta sala henchida, en contar los que somos? Somos los cubanos todos de las emigraciones, las asociaciones todas de las emigraciones, las emigraciones todas, más poderosas hoy, naturalmente, cuando trabajan unidas, que cuando iban, ciegas de fe, sin método y propósito comunes. Somos los cubanos invictos, los que viven en Cuba sin rendir el valor ni la esperanza, y con los ojos a la selva dicen aun, con la fiereza misma de antes: "¡nosotros somos republicanos democráticos!" Pero si fuéramos menos, y se ve bien que somos todos, un diario de hoy, que leía yo más por calmar el pensamiento que por ocuparlo, me daría la respuesta. Viene a cuento el recuerdo, aunque no guste yo de hablar en la casa de la patria de héroes ajenos, de héroes falsos, de héroes dañinos, de héroes asesinos. De Napoleón es el recuerdo del diario de hoy, en la campaña que remató con la victoria de Castiglione. Hasta Massena, el indomable, cedía. Napoleón, reducido, convocó a su consejo. Alzar el campo aconsejaban todos. Y Angereau se puso en pie, descansó las dos manos en el puño del sable, y dijo: "¡Yo me quedo!" Napoleón se quedó con él: ¡y ganaron la batalla de Castiglione! La república en la guerra, y después de la guerra: el respeto manifiesto al país en todo lo que concierne al país: la sa-

tisfacción oportuna de la justicia para que la tardanza o negativa de ella no perturbe las conquistas del heroísmo, inútiles sin el amor y la previsión: la creación ordenada y cordial de la patria confusa: eso es el Partido Revolucionario Cubano.

Capítulo III

La política y la ética en la política

La Revolución (fragmento)

Ni con la lisonja, ni con la mentira, ni con el alboroto se ayuda verdaderamente a una obra justa. La virtud es callada, en los pueblos como en los hombres. Partido cacareador, partido flojo. Hasta de ser justo con quienes lo merecen debe tener miedo un partido político, no sea que la justicia parezca adulación; la verdad no anda buscando saludos, ni saludando: sólo los pícaros necesitan tinieblas y cómplices: los partidos políticos suelen halagar, melosos, a la muchedumbre de que se sustentan, a reserva de abandonarla, cobardes, cuando con su ayuda hayan subido a donde puedan emanciparse de ella. Tantos logreros le salen a la libertad, tanta alma mercenaria medra con su defensa, tanto aristo astuto enmascara con la arenga piadosa el orgullo de su corazón, que da miedo –por no parecérseles– hablar de libertad. Lo bueno es fundarla calladamente. Lo bueno es

servirla, sin pensar en la propia persona. De los hombres y de sus pasiones, de los hombres y de sus virtudes, de los hombres y de sus intereses se hacen los pueblos. Los enemigos de la libertad de un pueblo no son tanto los forasteros que lo oprimen, como la timidez y la vanidad de sus propios hijos. El oficio de los libertadores no es devorarse entre sí, y codearse unos a otros ante la muchedumbre, y mirar hosco al que les cierra el paso, y derretirlo con el fuego de los ojos, y echarlo atrás a uñadas y mordeduras, y ponerse delante, a donde todo el mundo lo vea, como la odalisca que llegó por fin a atraer las miradas del sultán: el oficio de los libertadores no es alquilar elocuencias, pagar plumas, adular a satélites, acaudillar bandos, asalariar hipócritas, encubrir espías, costear vicios, pensionar desvergüenzas: ni ir de oído en oído cosquilleando el patriotismo, mendigando el cumplimiento del deber, ofendiendo a los hombres con la suposición de que es preciso hurgarles o mentirles para que tengan fe en sí propios o en la patria, denunciando puerilmente la labor revolucionaria, que en la idea ha de ser pública y en la acción toda secreta, –es oficio de los libertadores. Los que trabajan para sí o para su popularidad o para mantenerse siempre donde se aplauda o se vea, sin ver el daño que a su patria causen, publicarán su actividad, por no parecer inactivos; hablarán hinchadamente, porque no se les tache de moderados; vocearan a todos los vientos lo que hacen, para que se les premie y se les vitoree, aunque cada palmada que salude su imprudencia sea la señal para la prisión de un hombre bueno o la muerte de un héroe futuro en el patíbulo. Los que no trabajan para sí, sino para la patria; los que no aman la popularidad, sino al pueblo; los que no aman la misma vida, sino por el bien que pueden hacer en ella, ésos, mano a mano con todos

los hombres honrados, con los que no necesitan lisonja ni carteo, con los que no sacan de la vanidad su patriotismo sino de la virtud, llevan adelante, aunque de las gotas de su corazón vayan regando el amargo camino, la obra de ligar los elementos dispersos y hostiles que son indispensables a la explosión de la libertad y a su triunfo, –de exaltar las virtudes de manera que puedan más que las tentaciones y máculas de los virtuosos,– de pasar por entre las vanidades erguidas de modo que la hermandad y mansedumbre, y voluntaria humillación, triunfen sobre el susto de los ambiciosos o el rencor de los altivos, –de atraer los factores todos de la patria a la campaña de su redención final, a fin de entrar en ésta con todos, y no con unos contra otros, de juntar en invencible cohorte a los que defienden sin miedo la justicia entera y a los que padecen de una u otra forma de la tiranía: –lo cual requiere más silencio que lengua; lo cual se hace mejor mientras más se lo calla; lo cual es más útil que una política personal y aparatosa, aunque adule menos y corrompa, aunque brille menos.

Mientras se está elaborando una revolución, mientras se le apartan los obstáculos que el enemigo pone en su camino y se acomodan y funden los factores varios y resbaladizos con que se le ha de acometer, mientras cunde por un país minado de espionaje sutil el conocimiento de la fuerza y desinterés de la obra redentora, mientras se aprieta y remata la obra interrumpida a cada paso por las astucias del enemigo y nuestros miedos y vanidades que lo iluminan y asesoran, la tarea de la revolución adelanta en forzoso silencio. Sólo al gobierno de España interesa quebrantar este gobierno: al gobierno, y a aquellas almas pálidas y venenosas a quienes paga para excitar

a la revolución, a la denuncia y la imprudencia. Pero si la firmeza de la labor revolucionaria obliga a esta continua discreción, –si el aseo moral impide descender por callejas y corrillos a la triste faena de clavar contra la pared a los policías de ojo maligno y verdoso que fungen, de buenas a primeras, de patriotas íntimos o exaltados, –si la certidumbre de tener mañana por fin de compañeros a los cubanos lentos, tímidos o arrogantes de hoy, impone el deber de callar sus faltas, o censurarlas impersonalmente por ser el rencor y la acritud dotes pueriles de los caracteres secundarios y triste cemento para la fundación de un país, –si pierde el escritor o el orador las oportunidades lucientes de hoy, para no perturbar con la amargura y cólera de ellas la plenitud y concordia de mañana, –si manda el verdadero honor servir a nuestro pueblo con el oscurecimiento y silencio voluntarios, en vez de sacar provecho y pompa de los errores de sus hijos, –la guerra cercana, la revolución cercana, no pierde por eso claridad ni energía. Cuanto sucede la confirma. Los sucesos son suficiente comentario. La proclama más elocuente es una ojeada por la situación de Cuba. Proclama viva y profecía de fe son las noticias que en este instante se aglomeran sobre la mesa de redacción de *Patria*. De un ministro de España, y de un plan de reformas encaminado en la realidad a descuajar la unidad cubana en la Isla, dependía la esperanza fútil de los cubanos ciegos, y en verdad muy escasos, que prestaban la mano con lamentable complacencia, o a sabiendas tal vez, al proyecto de deshacer, so capa de reformas, la individualidad criolla que la guerra amasó, que existió siempre antes de la guerra, y que nunca, –y éste es baldón grande– se ha visto tan amenazada como después de la guerra por los criollos, por cierta especie dañina de criollos arrogantes: de un ministro transitorio y de su plan

insuficiente y fraudulento se levantaban razones para estorbar la ordenación final del país y sujetar nuestra Cuba sazonada y delantera al pueblo europeo más teocrático y perezoso: y de un cambio de asientos queda el sillón vacío, y Becerra está hoy donde estaba ayer Maura. No es de nuestra piedad natural el saciarnos en la flaqueza congénita de los que, con cara para todos los bofetones, encontrarán acaso en esta mudanza de sillón causa para nuevos deliquios y resplandecientes promesas. Cuba no puede satisfacerse ni vivir en paz hasta que su gobierno sea en realidad de los cubanos: que es lo que, con su población sobrancera, su política advenediza y su natural despótico no podrá jamás España permitir. Puede un ministro algo, cuando está en el espíritu de su nación y el pensamiento y costumbres políticas de su época: y nada, cuando está contra ellos. Más que Becerra fue siempre Martos; y de él, el español de fibra gubernamental que ha estado mal cerca de la justicia en las colonias, es la frase decisiva y terrible, la frase que dijo, acostado a las once del día, al que esto escribe en *Patria*: –"O ustedes, o nosotros". Becerra y Ballesteros, todo es lo mismo. Era una vez un Ballesteros, ministro de Ultramar. Como le hablase un magistrado distinguido, que contó el cuento a Patria, de algo que tenía que hacer con Manzanillo, se inclinó el señor ministro sobre el mapa de Cuba, extendido sobre la mesa del despacho, y comenzó a tantear por la costa Norte. –"Me parece recordar que está en la costa Sur", decía el magistrado: "creo seguro que está en la costa Sur". Y vagaba, por el mapa el dedo ministerial, siempre por la costa Norte. –Como limosna nos daría tal vez, y a cuartos, como sus limosnas, la libertad el gobierno español, aunque nunca tanta que desalojase del territorio de España a los españoles, por beneficiar a los que la quieren echar, con su último harapo

histórico, del continente: pero no es ésa la libertad que urgentemente necesita un pueblo cuyas ciudades se caen de polvo o vicio, cuyos campos sacrificados se ciegan o emigran, sin confianza sin sustento, sin puertos, sin caminos, sin seguridad, sin honra.

[...]

La Política

Patria, 19 de marzo de 1892

Hablaba un cubano en público, hace poco tiempo, con sus compatriotas recelosos. El auditorio no era de esos de lujo, que se junta a oír lo que cree de labios conocidos, o a dejar pasar con amable cortesía la verdad abrasante; sino público de pelear, que oye con los ojos y los oídos, y tiene al pie de la frase la réplica contundente. Todos atendían en silencio profundo, unos cruzados de brazos, como quien no quiere que se le escape el corazón detrás del primer recién venido; otros a medio darse, con los codos en las rodillas. El discurso acabó en un coro de almas; y un hombre desconocido, un joven mulato de vibrante voz, habló a su pueblo, asido a la barandilla como a las riendas de pelea, con acentos que le salían de lo más tierno de las entrarías. Daba gracias: certificaba lo que el orador decía: "la política es el deber de hijo que el hombre cumple con el seno de la madre; la política es el arte de hacer felices a los hombres".

Esa frase se ha de recordar, ahora que un espionaje sutil, comprendiendo que el peligro mayor de la dominación española está en la buena política revolucionaria, fomenta en nuestros reformadores generosos y en nuestras casas de trabajo el odio a la política.

Política es el estudio de los diversos métodos de vida común que ha discernido o pueda discernir el hombre. La aristocracia es una política, y la democracia, otra. El zarismo es política, y es política la anarquía, –la anarquía, que en mucho corazón ferviente es el título de moda de la aspiración santa y confusa a la justicia, y en manos del gobierno español, que echa anarquistas por todas partes, es un habilísimo instrumento. Pero en los juicios libres no puede prender ese recurso burdo; los hombres que desean sinceramente una condición superior para el linaje humano no pueden ser cómplices de la política de policía que anda predicando el desdén de la política; el deber de procurar el bien mayor de un grupo de hijos del país, no puede ser superior al deber de procurar el bien de todos los hijos del país; y si la guerra triste viene a ser el modo único de conquistarlo, ningún hombre bueno negará su apoyo a una guerra inspirada en el deseo vehemente de obtener, por los métodos amplios de un gobierno propio, justicia para todos, una guerra que no se hace, como pudiera hacerse, por obra y bien de los políticos de oficio respaldados por los intereses y las castas, sino por la política del amor a la humanidad, que no puede desertarse sin delito.

Porque la política se puede desertar, como profesión enojosa que es –aunque el hombre honrado la ha de ejercer siempre como vigilancia,– cuando no sea más que el arte de la administración, en cuya minimez no todas las paciencias caben, o el de obtener, por el halago de las pasiones, y la complicidad con los intereses, aquel poder, mantenido por el repartimiento provechoso de la autoridad, que es grato y lleva a tales culpas, a los hombres de vanidad y de apetitos. Pero cuando la política tiene por objeto salvar para la virtud y para la felicidad un pueblo de seres humanos que la opresión

pudre en el vicio y el hambre lanza al crimen, cuando la política tiene por objeto salvar aquel pueblo, raíz principal de la vida, donde los seres humanos que se envilecen sutilmente, de la vileza que les rodea, son nuestro hijo y nuestra hija, sólo pueden desertar de la política los que deserten de sus propios hijos.

Cuando la política tiene por objeto cambiar de mera forma un país, sin cambiar las condiciones de injusticia en que padecen sus habitantes: cuando la política tiene por objeto, bajo nombres de libertad, el reemplazo en el poder de los autoritarios arrellanados por los autoritarios hambrientos, el deber del hombre honrado no será nunca, ni aun con esa excusa, el de echarse a un lado de la política, para dejar que sus parásitos la gangrenen. Es la casa en que vive lo que le gangrenan, y ha de entrar en ella para purificarla. Cuando la política tiene por objeto poner en condicione de vida a un número de hombres a quienes un estado inicuo de gobierno priva de los medios de aspirar por el trabajo y el decoro a la felicidad, falta al deber de hombre quien se niegue a pelear por la política que tiene por objeto poner a un número de hombres en condición de ser felices por el trabajo y el decoro.

¿Qué hace el hombre bueno, con manos para izar y para arriar, cuando ve que va a mal, por los malos marineros, el barco donde navega con una muchedumbre desvalida? Los hombres que lo son, se juntan para salvar el barco de quienes lo desvían, y los hombres que no lo son, los hombres recortados, los egoístas, se echarán, solos, a los pocos botes de naufragio, dejando atrás a sus compañeros de desgracia: y vagarán, abandonados, por las olas.

No; cien veces no: los que lo creen, yerran de buena fe. La cobardía y la indiferencia no pueden ser nunca las leyes de la humanidad.

Es necesario, para ser servido de todos, servir a todos. ¡Qué hay otras batallas que librar, santas y vitales! Pues primero es ensanchar las condiciones del combate, para poderlo librar más fácilmente. Primero es tener bajo los pies la arrogancia del suelo nativo, que da al hombre un derecho, y a la justicia una mesura, y a la mirada un rayo que no se tiene jamás en el suelo extranjero, donde la justicia, por los diversos métodos y costumbres, no acaba nunca de parecernos nuestra, donde vive el hombre como el que anda en la mar, y todo echa y rechaza todo, como los potros libres cocean por desdén al caballo ensillado. Ansía la bestia misma la libertad del aire y de la luz, y muere de dolor o vive triste, sin fuerza ni belleza, cuando la sacan del suelo en que nació, y saca vida nueva y rayos de los ojos cuando vuelve a su tierra natural. Vuela la bestia al socorro de sus semejantes, y muere peleando bajo el lobo que ataca a los de su misma forma y naturaleza. ¿Cómo se ha de llamar al hombre que se cruza de brazos cuando sus semejantes padecen, ni con qué derecho ha de pedir simpatía para sí quien la niega a sus semejantes?

Capítulo IV

Financiamiento y recaudación de fondos

El día de la Patria.

La lista de honor

Patria, 10 de abril de 1893

Sin agradecimiento no se pueden abrir los periódicos de nuestro Cayo. Palpita en ellos, briosa y continua, nuestra idea creciente. La tierra, con ser todo lo que es, necesita del sol diario. Grano a grano, al lomo de los insectos, se ha hecho la tierra, tan grande como es. Día a día se hace la historia. Y a la hora del mantel ¿qué se hace si no hay viandas que servir a la mesa? Seria, una vergüenza dejar en hombros de unos pocos la obra de que todos nos hemos después de aprovechar. Y si algún hombro cazurro se niega a su parte de obra; si algún cubano, rico o pobre, deja sin cumplir su parte de deber, ¡pues hay que doblar la nuestra, para que esa parle no quede sin cumplir!

De *Patria* puede a algún malévolo parecer interesado, en esta o aquella medida, el aplauso más justo; y no dijo el periódico toda su alma, como quiso decir, cuando salieron al público las ejemplares resoluciones del taller de escogida de la fábrica de Gato, donde, para honra de nuestra milicia libre y bochorno de la gente de poca virtud, gana su pan de obrero, tabaco a tabaco, el héroe de casa rica que ganó su fama de general en once años de combate; donde trabaja, venerado de todos, Serafín Sánchez. Pero ahora se pueden celebrar las resoluciones. Han caído en lo hondo y limpio de las almas. Sin violar derecho alguno, han mostrado que ningún hombre tiene derecho al deshonor. Se es libre, pero no para ser vil; no para ser indiferente a los dolores humanos; no para aprovecharse de las ventajas de un pueblo político, del trabajo creado y mantenido por las condiciones políticas de un pueblo, y negarse a contribuir a las condiciones políticas que se aprovechan. Dígase que no otra vez. El hombre no tiene la libertad de ver impasible la esclavitud y deshonra de hombre, ni los esfuerzos que los hombres hacen por su libertad y honor.

¿Y qué trae *El Yara* ahora? Un acta hermosa de "los ciudadanos que componen el cuerpo de rezagadores del taller de E. H. Gato & Co., adhiriéndose a las resoluciones de los escogedores del taller", de dar íntegro, como grato y apremiante deber, un día de trabajo al mes para el tesoro de la Revolución, el Día de la Patria. Y la adhesión de los escogedores de Trujillo e Hijos, con Rogelio Castillo a la cabeza, el valiente y modesto Rogelio, que se entra y se queda en las almas. Y luego una magnífica lista del taller de torcedores, una columna de nombres compacta. Mañana será el libro, se publicará el libro, se leerá el libro por la patria, tendrán asiento delantero los que lo

tuvieron a la hora del deber: y los que a la hora del deber no quisieron lugar ¿cómo lo irán a pedir a la hora del derecho? En una lista de honor se publicarán todos estos nombres: ¡será como un libro de orgullo, como un libro de hermanos!

A la Comisión de Colectas del Comercio de Key West

Nueva York, abril 7 de 1894

Delegación del Partido Revolucionario Cubano
A la Comisión de Colectas del Comercio de Key West

Distinguidos compatriotas:

Toda la discreción de la Delegación es sin duda impotente para ocultar a Vds., el carácter final y feliz de los trabajos en que está empeñada, y me cumple sólo para poner mi responsabilidad a cubierto y la de esa comisión, advertirles que por terminantes que hubiesen sido las razones de la decisión de acción total e inmediata que ya comunicó el Delegado a los comisionados, la presión creciente, justa y seria de la Isla continúa a tal grado desde entonces, día por día, que la Delegación reconoce y anuncia que el plan de sus labores decisivas es verdaderamente angustioso. Es imposible que esa Comisión no le ayude a llevar su parte de la obra, que la Comisión no recuerde en todo instante que funge en virtud del esfuerzo de todas las emigraciones, con todas las bases de la patria a la cabeza. En días no lejanos, cuando se trataba sólo de la posibilidad de alzar una partida aislada en Cuba, un cubano generoso

prorrumpió en estas palabras ante el Delegado mismo: "¡Pues yo solo doy los quinientos rifles!" Hoy, cuando se trata del movimiento de las emigraciones todas, de los jefes todos y de sus ayudas ya visibles en Cuba, y que solemnemente declaro ser gloriosos, ciertos y bastantes, el Cayo todo hará por lo menos lo que aquel cubano generoso quería él solo hacer.

Sé que sólo es preciso exponer la situación para tener éxito en el cobro inmediato y en verdad a cada hora más urgente. Sé que el cobro se hará con la equidad y alteza a que por nuestra obra patente y probada tenemos derecho, sé también que es grande y apremiante el cúmulo todo a la vez, de mis obligaciones.

Señalar el deber a hombres del temple de vosotros, es verlo cumplido. El Delegado sentado aquí de una vez ya, a sus últimas atenciones, fía alto su nombre en estos instantes, que dentro de poco habrán empezado ya a ser históricos. Los que ayudaron a fundar, a empezar, a acabar, serán tan felices y cubiertos de honor, como desdichados los que hubiesen rehuido la obligación.

Espera tranquilo y orgulloso de antemano el resultado de los trabajos de la Comisión.

El Delegado

José Martí

A Rodolfo Menéndez

[New York, 3 de mayo de 1894]

Señor Rodolfo Menéndez

Amigo mío:

Por marcada injusticia, o el puntillo de la respuesta, o el desconocimiento culpable en un alma tan recta y tan bella como la de Ud. De la fatiga y piedad de mi vida, me he visto privado, en estos últimos años de labor, de su deseada simpatía.

En estas cosas de ideas, manda el respeto dejar libres a los amigos más queridos, y el gusto está en recibir su aplauso, sin espuela ni solicitud. Ud. me ha querido castigar, y yo tengo mi modo de vengarme, que es el de confiar en Ud. abiertamente, y pedirle su ayuda inmediata y entusiasta, en la hora de necesidad de nuestro país. Seguro de no engañarme, y de ser entendido, hablaré con Ud. como con un amigo de toda la vida. Y Ud. no me lo tendrá a mal; porque hay encargos muy gratos, por enojosos que sean, que sólo pueden darse a hombres de entendimiento y de virtud.

Al cabo de año y medio de labor asidua, sin descanso en ella, entre intrigas y viajes súbitos y enfermedades de mano violenta, para desenvolver planes más vastos y visitar –como creí que podría– países útiles y queridos, se produce hoy en nuestra patria una situación revolucionaria ya madura, no por capricho de nuestro deseo ni pujo intenso de la emigración, sino por la confianza, aunque justa, por mí mismo inesperada, de la gente activa y virtuosa

del país en la obra desinteresada y ordenadora de la emigración, y por las persecuciones ya apenas encubiertas del gobierno que amenazan, si no se lo estorba a tiempo, mermar o desmigajar en el país las fuerzas de la revolución, antes de que las emigraciones que han merecido su fe puedan socorrerlas.

Ante ese peligro acelerado y patente, es el deber del Partido Revolucionario, ya que tiene juntas todas sus fuerzas morales e históricas posibles, y muchas de las fuerzas materiales que al movimiento de éstas corresponden; acelerar su preparación, correspondiendo al peligro, y estar en aptitud inmediata de obrar como el país y la situación le aconsejen.

Cuanta ayuda pueden prestar sin alardes más dañinos que beneficiosos, las masas desterradas, la han prestado ya, y más prestarían, si el esfuerzo público que hubiese de hacerse para obtenerla no fuera como guía segura por donde conociera nuestro propósito el enemigo. En guerra abierta es fácil todo; y surgirán entonces, con el entusiasmo de los ojos, los recursos que hoy ha habido que levantar penosamente, en las emigraciones defraudadas o nunca acostumbradas a la disciplina, a fuerza de razón.

Hoy, por la misma vecindad de la guerra, y mientras más cerca de ella se esté, no puede aludirse mucho a la guerra, ni pintarla tan al estribo como para recabar más ayuda sería menester, porque con esa demanda pública se compromete, y lo que avisa y denuncia, es más de lo que con ella se serviría.

Y en el instante en que, con la más escrupulosa conciencia, aun cuando la razón de ella no se ponga por cautela en el papel, puede un hombre enemigo de las ideas vagas y de los sacrificios inútiles o por objeto indigno, decir que es la hora oportuna, y no

prorrogable, para cuanto esfuerzo puedan hacer sin escándalo los sensatos, sólo cabe, en quien tiene la obligación y representación que hoy pesan sobre mí, pedir la ayuda de aquel número siempre escaso, y sin embargo suficiente, de cubanos de juicio y de desinterés, para que por sí, y con cuanto auxilio puedan levantar a su alrededor, contribuyan sin demora, y sin la delación inevitable de la súplica pública a la masa, a tener completo en tiempo el tesoro indispensable para cumplir, sin demoras fatales y sin mezquindad ni confusión, las obligaciones que en plena razón se ha creído ya preciso y posible contraer, con toda la autoridad que puedan dar a hombres honrados y serenos la convicción verificada del deseo vehemente del país por una tentativa ordenada de independencia, la posesión de todos los prestigios, energías y pericias que la revolución pudiese fuera y dentro allegar, y tal núcleo de recursos materiales que el esfuerzo privado y sigiloso que hoy se solicita bastaría a completarlo.

Sin esa certidumbre dichosa, ninguna pasión por noble que pareciese, podía servirme de excusa a solicitar, con la necesaria urgencia con que lo hago, el concurso más activo que puedan prestar a la revolución los hombres de idea fundamental y previsora. Es de pocos el prever y el auxiliar sin ostentación y sin premio la obra de que no han de sacar provecho alguno.

Y Ud. no tendrá a intrusión mía, sino a justo descanso en su sensatez y en su virtud, el que yo, que jamás pido por mí, –que ni por mi patria siquiera pediría sin que me lo autorizase fuera de toda duda la conciencia,– que ni por mi patria siquiera me dejo turbar la razón, venga hoy ante Ud., como ante uno de los pocos hombres ante quienes se puede hablar este lenguaje, a pedirle que

como ayudaría, aun con más fuerzas que las naturales, a salvar el honor de un hermano o de un amigo, ayude sin demora, –porque así es de necesidad y de prudencia– a completar en tiempo, el tesoro necesario para tener pronto, contra toda provocación o estallido, a cada hora temible, el auxilio meditado y unánime que puede ir de las emigraciones. Aquí sólo puedo insinuar, y Ud. no me lo tendrá a mal. Con cuanto peso puede hablar un cubano juicioso a otro, –un cubano que no busca en la guerra glorias bárbaras y vanas, sino el acomodo, en una fusión sanadora, de los elementos útiles o inevitables del país para su mejor dirección en beneficio público,– con ése, y aun con angustia, hablo yo a usted. Se hace lo que se debe hacer, y se sabe en plena razón, cuándo y cómo se ha de hacer. Por eso, en lo privado de unos cuantos hombres superiores, se habla oportunamente así. Yo le ruego que de su pobreza saque cuanto hombre de su temple pueda en situación tal sacar, cuando le habla desde las entrañas, y con la posesión de la realidad apremiante y feliz, un hombre que, sin causa total, y hasta no tenerla plena, no ha hablado nunca con esta súplica ni precisión. Le pido más con esta carta como autorización, le pido que congregue a cuantos colaboradores –cubanos y mexicanos– pueda hallar ahí donde Ud. reside, y donde Cuba es siempre amada, para esta obra de redondear sin aparato la suma necesaria a la tarea de dar impulso bastante a la guerra de independencia de Cuba que confirmará, –porque sin la de Cuba no se confirma,– la independencia de México, sorda y continuamente amenazada. La posesión de Cuba, Menéndez, cambiaría el mundo. Démosla a los nuestros. Seamos libres y hábiles en las formas, pero con toda el alma para los nuestros. Vea a todos los hombres sensatos; vea a todos los cubanos fieles; vea a todos

los que tengan los oídos en el corazón; y ojalá, que, al volver yo de aquí a un mes, de viajes por donde no me puede llegar carta de Ud., a esa tierra nula e inhumana de New York, halle yo en manos del Tesorero General, Benjamín J. Guerra –en esta revolución que da recibo y cuenta de sus fondos– el resultado brillante de sus esfuerzos. Usted puede. Pueda ahora. Me ofreció una vez su casa. Ahora se la pido. Si no tiene más que ella, déla. A menos que el mundo entero no sea traición, salimos a camino. Con esta fe le habla, y con esta confianza en su hombría, en su reserva, en su actividad inmediata, en su energía, en la amistad que usted sabrá entender, este amigo suyo, resentido por la falta de su saludo en los dos años de obra agonizante; pero muy afectuoso, estimador de su sana inteligencia, su alma abierta y su enérgico carácter. –No se ha engañado en usted

Su

José Martí

A Marcos Morales y Emilio Brunet

Delegación del Partido Revolucionario Cubano

New York, 10 de mayo de 1894

Señores Marcos Morales, Emilio Brunet

Mis distinguidos compatriotas:

Dos años hace, cuando comenzó el Partido Revolucionario la tarea de unir los elementos hábiles de la revolución dentro y fuera de Cuba, e intentar con ellos un esfuerzo racional, y en acuerdo con el país, para su independencia, por una guerra republicana y generosa, digna de nuestra patria y de su posición futura en el mundo, ofrecieron Vds. contribuir con cuanto les fuese dable a la realización de este propósito; y han renovado su oferta, con patriotismo de que dejo aquí constancia cada vez que han creído necesario su inmediato concurso.

Ni en este caso, ni en los demás de su especie, ha hecho el Partido Revolucionario efectivos los ofrecimientos de esta ciase de ayuda, aguardando a que sus deberes fueran tan apremiantes y patentes que no le quedara ante sí propio, razón alguna para demorar el cobro de las sumas ofrecidas.

Las obligaciones del Partido Revolucionario han llegado ya a tal extremo, y la situación de la Isla, visible a todos, exige tal rapidez y unidad de acción en caso dado, que la dilación en el recaudo de todas las sumas disponibles, si ha sido hasta hoy respeto, sería desde hoy delito.

Por eso ruego a Vds. que, en el plazo de seis semanas, o antes si les fuera posible, depositen en la Tesorería General las cantidades con que contribuyan al actual movimiento' de independencia.

Y como en esa ciudad existen cubanos fieles, que por causa de sus negocios o por desamor de la publicidad, esquivarían en público el servicio patriótico que están dispuestos a prestar en privado, pido a Vds. que se constituyan en comisión de recaudo ante los cubanos de Filadelfia que puedan y deseen contribuir a la necesidad urgente de tener al Partido Revolucionario en disposición de acudir, sin demoras y trastornos fatales, a la situación revolucionaria, de probabilidad evidente, que a toda hora puede producirse en la Isla.

La Delegación, que ha ahorrado a los cubanos, y le ahorrará siempre: todo sacrificio innecesario, tiene hoy causa angustiosa para pedir a Vds. el mayor esfuerzo y diligencia en el cumplimiento de su encargo.

El Partido Revolucionario, conforme a sus Estatutos, da cuenta, por la Delegación y la Tesorería, de todas las sumas recibidas para el fomento y gastos de guerra de la Revolución.

Con gratitud profunda, y con la grave responsabilidad de la situación que atravesamos, saluda a Vds.

El Delegado
José Martí

Capítulo V

Contra el autonomismo y el anexionismo

La agitación autonomista

Patria, Nueva York, 19 de marzo de 1892

Los sucesos recientes en la política de Cuba son ya conocidos de todos. Un político de mera intriga y atrevimiento, tipo esmerado de cuanto tiene la política de censurable, ha aprovechado el poder que debe a su habilidad para revelar desde él, como ministro de las colonias, el odio con que los españoles autoritarios castigan en sus últimos súbditos de América la rebelión que expulsó su poder del nuevo mundo. Y el partido autonomista, única expresión licita en el país del alma cubana, compelido por la provocación o movido por el decoro, decidió protestar del ministro con un manifiesto de tono desusado donde el partido reconoce su ineficacia, y la reunión pública en que confirmó la amenaza de dejar al país sin la expresión política que le es ya familiar, frente al gobierno débil que lo esquilma y provoca.

En los pueblos, como en las familias, mucho se olvida, porque mucho se debe olvidar, cuando, por algún suceso de gravedad inesperada o prevista, llega para toda la hora suprema de la obligación común: aunque el olvido seria inmoral si por su exceso, o por falta de proporción a la realidad, pusiese en peligro los ideales que a tanta costa y en confusión tanta se defienden.

El patriotismo purifica y sublima a los hombres, y por una ley de reacción natural, suele en las horas críticas lucir con fuego intenso en aquellos a quienes estimula el arrepentimiento de los años culpables de patriotismo cómodo; o en los que, enojados de su crédula e inútil fe, ponen en la doctrina nueva el justo deseo de castigar a quienes los defraudaron; o en los que en el bautizo del patriotismo puro anhelan lavar sus culpas grandes. El pecado continuaría, en unos por soberbia, o por política literaria y señorial en otros, si los que saliesen vencidos, sin una sola conquista real, de una época estéril, en que el mero permiso de vivir no ha de confundirse con la vida, trajeran a la época nueva, preparada contra su voluntad y sin su ayuda, una arrogancia que se avendría mal con la demostración plena y anterior de la inutilidad de sus consejas. La continuación de la revolución no puede ser la continuación de los métodos y el espíritu de la autonomía; porque la autonomía no nació en Cuba como hija de la revolución, sino contra ella. Pero los factores del autonomismo, conscientes o inconscientes, entrarán con raras excepciones, los unos por conversión, los otros por simple continuación, en la época revolucionaria definitiva, donde, en asunto que toca a todo el país, ni es licito negar a una entidad real la parte proporcionada a su significación verdadera, ni es licito concederle, sin trastornos presentes y futuros, sin conflictos de hoy

y sin sangre de mañana, sin entorpecimiento de ahora en la preparación y sin inseguridad después en el triunfo, una parte superior al poder de ayudar e impedir que cada entidad tenga. De todas las entidades políticas es esto verdad, no de una sola. La política es una resolución de ecuaciones. Y la solución falla cuando la ecuación ha sido mal propuesta.

Si la revolución tuviese por objeto mudar de manos el poder habitual en Cuba, o cambiar las formas más que las esencias, caería naturalmente la obra revolucionaria en los que, por profesión o simpatía o liga de intereses, están, entre los habitantes de la Isla, abocados al ejercicio del poder. Pero esta revolución sólo sería posible por sorpresa y acarrearía después del triunfo un estado escandaloso e inquieto de desconfianza, o una guerra civil. La guerra se ha de hacer para evitar las guerras. Rudo como es el refrán de los esclavos de Luisiana, es toda una lección de Estado, y pudiera ser el lema de una revolución: "Con recortarle las orejas a un mulo, no se le hace caballo". Si la revolución es la creación de un pueblo libre y justo con los elementos descompuestos y aun entre sí mal conocidos de una colonia señorial, la obra revolucionaria consiste en fundir y guiar todos estos elementos sin que ninguno de ellos adquiera un predominio desproporcionado, que afloje por los recelos la simpatía de los demás, o por falta de equidad de los ignorantes o de los cultos, ponga la obra revolucionaria en peligro.

No es hora de ver con ojos maliciosos en lo profundo de las intenciones; ni de escatimar el mérito dondequiera que esté; ni de preguntarse si los actos recientes del partido autonomista son debidos al deseo unánime de volver, con noble contrición, a la verdad del país, o si no son más que un desahogo permitido a los más vivaces

del partido, para asegurar por él precisamente, con una concesión metropolitana tan inútil a la larga como las demás, la continuación de la política segura y letárgica que en el partido autonomista parece ser la política dominante. Ni ha de ponerse esperanza mayor en la significación revolucionaria del partido autonomista, como contingente espontáneo del partido a la revolución; porque por su continua fidelidad al programa de paz bajo el gobierno, por sus métodos antirrevolucionarios e imprevisores, y por el choque de espíritus patente en el manifiesto mismo, y con más viveza en la junta de Tacón, se ve que aun llegando a su extremo la situación de protesta en que su derrota penosa lo coloca, y el desdén del enemigo, sólo por la eficacia involuntaria e inevitable del reconocimiento final de su incapacidad vendría a contribuir a la revolución el partido que vive, cualesquiera que sean sus escarceos, para hacerla imposible. Ni por su espíritu, ni por su constitución, ni por sus prácticas y relaciones, ni por la fe en la paz española de algunos de sus miembros, ni por la lealtad de unos y el miedo de otros, se ha puesto el partido autonomista en condición de convertir de una mano a la otra sus fuerzas a la guerra. Evitarla fue su objeto continuo, y está en actitud más ventajosa para evitarla que para servirla. Ni dentro de la ley, ni dentro de su esperanza agonizante, ni dentro de su composición real, podría más el partido autonomista, ni insinúa más, que reconocer la ineficacia de impetrar de España, con la sumisión que convida al desdén, una suma de libertades incompatibles con el carácter, los hábitos y las necesidades de la política española.

Los elementos del partido recobrarían la libertad perdida durante la tentativa inútil, y el sentimiento público, fiel a la revolución, volverá a ella con el desorden de que serían responsables

cuantos no acudiesen a recuperar los años perdidos por su imprevisión o tibieza, o con el orden de que han de beneficiar todos los que en componerlo pongan a tiempo la mano.

De represa ha venido sirviendo el partido autonomista a la revolución, y la revolución se saldrá de madre en cuanto la fuerza de las aguas rompa la represa. Cada cual sabrá si sigue con el torrente, o le da la cara, o se le pone de lado.

Es grato esperar, por el ardimiento propio del corazón del hombre y por los consejos de un justo interés, que estén juntos en la hora definitiva de crear la república, los confesos de la política pacífica y los preparadores de la guerra inevitable.

Pero esperarían probablemente en vano los que, por los calores del momento, pudiesen ver más cercana la guerra indispensable, en virtud de la agitación actual, ya porque de sobra se ve su espíritu y alcance verdaderos en la misma apacible composición de la asamblea del teatro, que era el contraste patente del ánimo que en ella se apresuró ver un pueblo ansioso, ya porque los elementos hostiles de que el partido está compuesto impiden la concurrencia eficaz de su grupo director, decidido por mayoría de opiniones a prolongar la paz inútil con esperas pomposas y entremeses revolucionarios, y el sentimiento del país, que ha sido la fuerza única viva del partido autonómico, y sólo se le allega sinceramente cuando lo ve en camino de romper la paz. El país no cede a los que lo quieren detener, y saltará por sobre ellos. Es preciso que los que lo quieren contener cedan al país.

De esos dos elementos opuestos se compuso siempre el partido autonomista, cuya caquexia viene del empeño fantástico de aprovechar para la continuación del dominio español, las fuerzas

que sólo se ponen al fado de sus mantenedores por la fe secreta en que ellos las conducirán a volcarlo. Con fuerzas revolucionarias, criadas en la guerra y mantenidas en la fe de ella por la inutilidad y el oprobio de la paz, sólo puede hacerse la política de la revolución. Y no hay, en honra, el derecho de emplear las fuerzas de la revolución para oponerse a ella.

Ni enojo ni suspicacia se ha de poner en el estudio de los problemas políticos de un país, ni es lícito llevar a ellos la misma fuerza angélica del apostolado, si no se la administra y disciplina con la serenidad de la razón. La suspicacia excesiva malea el juicio, y se ha de suponer en los demás tanta virtud como aquella de que nosotros mismos seamos capaces. Pudiera el partido autonomista, con viril reconocimiento de sus yerros, y su precipitado empleo en una organización de cuyo desorden es responsable, iniciar la tarea de reunir en un espíritu común de resistencia definitiva, las fuerzas que después de la guerra ha permitido desordenarse en la resistencia mansa. Pero es lícito dudar de que fomente el espíritu innegable de rebelión en que se agita el número del partido, el grupo director que con prisa poco astuta se prevale de su primer tardío acto de viveza para ofrecerse como la garantía más preciosa de paz

La agitación autonomista no es, probablemente, el deseo de poner fin a una paz falsa y corruptora que no asegura la riqueza ni promueve el trabajo ni respeta el cuerpo o el alma del hombre; sino el aprovechamiento de un deber de dignidad ya ineludible, para continuar demorando los peligros de encararse con la dominación española. Pero de esta agitación involuntaria del partido autonomista resultan dos lecciones que el partido no podrá desoír, y saludará con júbilo la patria. Una es la prueba evidente de que el

país conserva entera el alma heroica que prefiere los peligros del valor a las vergüenzas de la paz; y otra es la certidumbre de que en la hora grandiosa de la protesta se juntarán, sin reparos ni iras, todos los que hayan lavado su corazón en el bautismo del sacrificio.

A Pedro Gómez y García

Patria, 27 de agosto de 1892

Él es el firme anciano que, ya en canas, torció el camino del caballo, y lo metió en el monte libre; él es el que, como premio o remordimiento, o como retaguardia fraternal, está junto a los que le visitan, con recados de patria, su pueblo tampeño, en Tampa; él fue quien echó al ciclo primero, en el pino más alto que halló, su bandera cubana: él escribe con el abandono y la fuerza de los apóstoles. Y él quiere decir, acá mismo en *Patria*, que no tiene "por digna la anexión de Cuba a los Estados Unidos, venga de donde viniere, ni después de la independencia, ni antes de ella". –"Y si tal fatalidad pudiera ser, aunque sea después que yo deje de existir, le pediré al Todopoderoso que se levante un torbellino que consuma la mar y la tierra del seno mexicano".

¿Y ha de dejarse en pena a aquel anciano generoso? No verá él en *Patria* jamás, ni el consejo de ligar a Cuba, peculiar y débil, con un pueblo diverso, formidable y agresivo que no nos tiene por igual suyo, y nos niega las condiciones de igualdad, –ni el enojo innecesario contra los cubanos y españoles que, por credulidad supina, o fantasmagoría de progreso, o deslumbramiento de la mera apariencia, o poco lastre de ciencia política, opinaran en su libre

buena fe, que un pueblo desdeñado, de composición enojosa para el país con que se habría de unir, vivirá más seguro en la dependencia de un pueblo que se tiene por su superior, y lo quiere para fuente de azúcares y pontón estratégico, que en el orden posible de sus elementos productores propios, garantizados por su propio buen uso, que pondría de valla el respeto universal a la codicia de los vecinos. A las estatuas de polvo, Pedro Gómez, no hay que ponerles el dedo, sino dejarlas caer. Ni hay que empeñarse en demostrar que a un pueblo de problemas menores, y cuya solución es de facilidad relativa, no le conviene, a la hora en que mudan de teatro las cóleras del mundo, y se vienen al teatro más libre de América, entrar en liga con un pueblo de problemas mayores, cuyo seno empiezan ya a desgarrar, por culpa de su arrogancia e imprevisión, las iras todas acumuladas por los siglos en las naciones europeas. ¿Quién por huir de un espantapájaros, se echará en un horno encendido? Pero en *Patria*, y en buena república, es justo acatar sinceramente el derecho de los hombres a expresar y mantener su opinión y amar como a padres a los ancianos que tiemblan de pensar que pueda caer la tierra porque sangraron en manos burdas y desdeñosas, que hagan botones con los huesos de nuestros muertos.

A la raíz

Patria, New York, 26 de agosto de 1893

Los pueblos, como los hombres, no se curan del mal que les roe el hueso con menjurjes de última hora, ni con parches que les muden el color de la piel. A la sangre hay que ir, para que se cure

la llaga. No hay que estar al remedio de un instante, que pasa con él, y deja viva y más sedienta la enfermedad. O se mete la mano en lo verdadero, y se le quema al hueso el mal, o es la cura impotente, que apenas remienda el dolor de un día, y luego deja suelta la desesperación No ha de irse mirando como vengan a las consecuencias del problema, y fiar la vida, como un eunuco, al vaivén del azar: hombre es el que le sale al frente al problema, y no deja que otros le ganen el suelo en que ha de vivir y la libertad de que ha de aprovechar. Hombre es quien estudia las raíces de las cosas. Lo otro es rebaño, que se pasa la vida pastando ricamente y balándoles a las novias, y a la hora del viento sale perdido por la polvareda, con el sombrero de alas pulidas al cogote y los puños galanes a los tobillos, y mueren revueltos en la tempestad. Lo otro es como el hospicio de la vida, que van perennemente por el mundo con chichonera y andadores. Se busca el origen del mal: y se va derecho a él, con la fuerza del hombre capaz de morir por el hombre. Los egoístas no saben de esa luz, ni reconocen en los demás el fuego que falta en ellos, ni en la virtud ajena sienten más que ira, porque descubre su timidez y avergüenza su comodidad. Los egoístas, frente a su vaso de vino y panal, se burlan, como de gente loca o de poco más o menos, como de atrevidos que les vienen a revolver el vaso, de los que, en aquel instante tal vez, se juran a la redención de su alma ruin, al pie de un héroe que muere, a pocos pasos del panal y el vino, de las heridas que recibió por defender la patria. Esto es así: unos mueren, mueren en suprema agonía, por dar vergüenza al olvidadizo y casa propia a esos mendigos más o menos dorados, y otros, mirándose el oro, se ríen de los que mueren por ellos. ¡Es cosa, si no fuera por la piedad, de ensartarlos en un asador,

y llevarlos, abanicándose el rostro indiferente, a ver morir, de rodillas, al héroe de oro puro e imperecedero, que expira, resplandeciente de honra, por dar casa segura y mejilla limpia a los que se mofan de él, a los que compadrean y parten el licor y la mesa, con bus matadores, a los que se esconden la mano en el bolsillo, cuando pasa el hambre de su patria, y riegan de ella, entre zetas y jotas, el oro del placer! Hay que ir adelante, para bien de los egoístas, a la luz del muerto. Hay que conquistar suelo propio y seguro.

De nuestras esperanzas, de nuestros métodos, de nuestros compromisos, de nuestros propósitos, de eso, como del plan de las batallas, se habla después de haberlas dado. De la penuria de las casas, del trastorno en que pone a mucho hogar nuestro la crisis del Norte, de eso no se habla, en decoro fraternal, de mano a mano. De lo que ha de hablarse es de la necesidad de reemplazar con la vida propia en la patria libre esta existencia que dentro y fuera de Cuba llevamos los cubanos, y que, afuera a lo menos, sólo a pujo de virtud extrema y poco fácil puede irse salvando de la dureza y avaricia que, de una generación a otra, en la soledad del país extraño: mudan un pueblo de mártires sublimes en una perdigonada de ganapanes indiferentes. De lo que se ha de hablar es de la ineficacia e instabilidad del esfuerzo por la vida en la tierra extranjera, y de la urgencia de tener país nuestro antes de que el hábito de la existencia meramente material en pueblos ajenos, prive al carácter criollo de las dotes de desinterés y hermandad con el hombre que hacen firme y amable la vida.

Si a la isla se mira, el dejarla ir bajo el gobierno que la acaba, entre quiebras y suicidios, entre robos y cohechos, entre gabelas y solicitudes, entre saludos y temblores, podrá parecer empleo propio

de la vida, y cómodo espectáculo, a quien no sienta afligido su corazón por cuanto afee o envilezca a los que nacieron en el suelo donde abrió los ojos a los deberes y luz de la humanidad. Cuanto reduce al hombre, reduce a quien sea hombre. Y llega a los calcañales la amargura, y es náusea el universo: cuando vemos podrido en vida a un compatriota nuestro, cuando vemos, hombre por hombre, en peligro de podredumbre a nuestra patria. ¡Aunque no ha de haber temor, que las entrañas de nuestra tierra saben de esto más de lo que se puede decir, y no es privilegio de los cubanos expatriados, sino poder de los cubanos todos, e ímpetu más vehemente que el de sus enemigos, este rubor de la sangre sana del país por todos los que en él se olvidan y se humillan! Es la tierra en quiebra la que se levanta; la tierra en que las ciudades se van cayendo una tras otra, como las hileras de barajas. Es la ofensa reprimida, y el bochorno ambiente, de que ya la tierra se ahoga. Faltaba el cauce al decoro impaciente del país; faltaba el empuje; faltaba la bandera; faltaba la fe necesaria en la previsión y fin conocido de la revolución: eso faltaba, y nosotros lo dimos. Ahora, vamos a paso de gloria a la república. ¡Y a lo que estorbe, se le ase del cuello, como a un gato culpable, ¡y se le pone a un lado!

Y si vemos afuera, y en lo de afuera a este Norte a donde por fantasmagoría e imprudencia vinimos a vivir, y por el engaño de tomar a los pueblos por sus palabras, y a las realidades de una nación por lo que cuentan de ella sus sermones de domingo y sus libros de lectura; si vemos nuestra vida en este país erizado y ansioso, que al choque primero de sus intereses, como que no tiene más liga que ellos, enseña sin vergüenza sus grietas profundas, triste país donde no se calman u olvidan, en el tesoro de los dolores

comunes y en el abrazo de las largas raíces, las luchas descarnadas de los apetitos satisfechos con los que se quieren satisfacer, o de los intereses que ponen el privilegio de su localidad por sobre el equilibrio de la nación a cuya sombra nacieron, y el bien de una suma mayor de hombres; sí nos vemos, después de un cuarto de siglo de fatiga, estéril o inadecuada al fruto escaso de ella, no veremos de una parte más que los hogares donde la virtud doméstica lucha penosa, entre los hijos sin patria, contra la sordidez y animalidad ambientes, contra el mayor de todos los peligros para el hombre, que es el empleo total de la vida en el culto ciego y exclusivo de sí mismo; y de otra parte se ve cuán insegura, como nación fundada sobre lo que el humano tiene de más débil, es la tierra, para los miopes sólo deslumbrante, donde tras de tres siglos de democracia se puede, de un vaivén de la ley, caer en pedir que el gobierno tome ya a hombros la vida de las muchedumbres pobres; donde la suma de egoísmos alocados por el gozo del triunfo o el pavor de la miseria, crea, en vez de pueblo de trenza firme, un amasijo de entes sin sostén, que dividen, y huyen, en cuanto no los aprieta la comunidad del beneficio; donde se han trasladado, sin la entrañable comunión del suelo que los suaviza, todos los problemas de odio del viejo continente humano. ¿Y a esta agitada jauría, de ricos contra pobres, de cristianos contra judíos, de blancos contra negros, de campesinos contra comerciantes, de occidentales y sudistas contra los del Este, de hombres voraces y destituidos contra todo lo que se niegue a su hambre, y a su sed, a este horno de iras, a estas fauces afiladas, a este cráter que ya humea, vendremos ya a traer, virgen y llena de frutos, la tierra de nuestro corazón? Ni nuestro carácter ni nuestra vida están seguros en la tierra extranjera. El hogar se afea

o deshace: y la tierra debajo de los pies se vuelve fuego, o humo. ¡Allá, en el bullicio y tropiezos del acomodo, nacerá por un fin un pueblo de mucha tierra nueva, donde la cultura previa y vigilante no permita el imperio de la injusticia; donde el clima amigo tiene deleite y remedio para el hombre, siempre allí generoso, en los instantes mismos en que más padece de la ambición y plétora de la ciudad; donde nos aguarda, en vez de la tibieza que afuera nos paralice y desfigure, la santa ansiedad y útil empleo del hombre interesado en el bien humano!

Cada cubano que cae, cae sobre nuestro corazón. La tierra propia es lo que nos hace falta. Con ella ¿qué hambre y qué sed? Con el gusto de hacerla buena y mejor, ¿qué pena que no se atenúe y cure? Porque no la tenemos, padecemos. Lo que nos espanta es que no la tenemos. Si la tuviésemos, ¿nos espantaríamos así? ¿Quién, en la tierra propia, despertará con esta tristeza, con este miedo, con la zozobra de limosnero con que despertamos aquí? A la raíz va el hombre verdadero. Radical no es más que eso: el que va a las raíces. No se llame radical quien no vea las cosas en su fondo. Ni hombre, quien no ayude a la seguridad y dicha de los demás hombres.

La verdad sobre los Estados Unidos

Patria, Nueva York, 23 de marzo de 1894

Es preciso que se sepa en nuestra América la verdad de los Estados Unidos. Ni se debe exagerar sus faltas de propósito, por el prurito de negarles toda virtud, ni se ha de esconder sus faltas, o pregonarlas como virtudes. No hay razas: no hay más que modificaciones

diversas del hombre, en los detalles de hábito y forma que no les cambian lo idéntico y esencial, según las condiciones de clima e historia en que viva. Es de hombres de prólogo y superficie –que no hayan hundido los brazos en las entrañas humanas, que no vean desde la altura imparcial hervir en igual horno las naciones, que en el huevo y tejido de todas ellas no hallen el mismo permanente duelo del desinterés constructor y el odio inicuo,– el entretenimiento de hallar variedad sustancial entre el egoísta sajón y el egoísta latino, el sajón generoso o el latino generoso, el latino burómano o el burómano sajón: de virtudes y defectos son capaces por igual latinos y sajones. Lo que varía es la consecuencia peculiar de la distinta agrupación histórica: en un pueblo de ingleses y holandeses y alemanes afines, cualesquiera que sean los disturbios, mortales tal vez, que le acarree el divorcio original del señorío, y la llaneza que a un tiempo lo fundaron, y la hostilidad inevitable, y en la especie humana indígena, de la codicia y vanidad que crean las aristocracias contra el derecho y la abnegación que se les revelan, no puede producirse la confusión de hábitos políticos, y la revuelta hornalla, de los pueblos en que la necesidad del conquistador dejó viva la población natural, espantada y diversa, a quien aún cierra el paso con parricida ceguedad la casta privilegiada que engendró en ella el europeo. Una nación de mocetones del Norte, hechos de siglos atrás al mar y a la nieve, y a la hombría favorecida por la perenne defensa de las libertades locales, no puede ser como una isla del trópico, fácil y sonriente, donde trabajan por su ajuste, bajo un gobierno que es como piratería política, la excrecencia famélica de un pueblo europeo, soldadesco y retrasado, los descendientes de esta tribu áspera e inculta, divididos por el odio de la docilidad

acomodaticia a la virtud rebelde, y los africanos pujantes y sencillos, o envilecidos y rencorosos, que de una espantable esclavitud y una sublime guerra han entrado a la con ciudadanía con los que los compraron y los vendieron, y, gracias a los muertos de la guerra sublime, saludan hoy como a igual al que hacían ayer bailar a latigazos. En lo que se ha de ver si sajones y latinos son distintos, y en lo que únicamente se les puede comparar, es en aquello en que se les hayan rodeado condiciones comunes; y es un hecho que en los Estados del Sur de la Unión Americana, donde hubo esclavos negros, el carácter dominante es tan soberbio, tan perezoso, tan inclemente, tan desvalido, como pudiera ser, en consecuencia, de la esclavitud, el de los hijos de Cuba. Es de supina ignorancia, y de ligereza infantil y punible, hablar de los Estados Unidos, y de las conquistas reales o aparentes de una comarca suya o grupo de ellas, como de una nación total e igual, de libertad unánime y de conquistas definitivas: semejantes Estados Unidos son una ilusión, o una superchería. De las covachas de Dakota, y la nación que por allá va alzándose, bárbara y viril, hay todo un mundo a las ciudades del Este, arrellanadas, privilegiadas, encastadas, sensuales, injustas. Hay un mundo, con sus casas de cantería y libertad señorial, del Norte de Schenectady a la estación zancuda y lúgubre del Sur de Petersburg, del pueblo limpio e interesado del Norte, a la tienda de holgazanes, sentados en el coro de barriles, de los pueblos coléricos, paupérrimos, descascarados, agrios, grises, del Sur. Lo que ha de observar el hombre honrado es precisamente que no sólo no han podido fundirse, en tres siglos de vida común, o uno de ocupación política, los elementos de origen y tendencia diversos con que se crearon los Estados Unidos, sino que la comunidad

forzosa exacerba y acentúa sus diferencias primarias, y convierte la federación innatural en un estado, áspero, de violenta conquista. Es de gente menor, y de la envidia incapaz y roedora, el picar puntos a la grandeza patente, y negarla en redondo, por uno u otro lunar, o empinársele de agorero, como quien quita una mota al sol. Pero no augura, sino certifica, el que observa cómo en los Estados Unidos, en vez de apretarse las causas de unión, se aflojan; en vez de resolverse los problemas de la humanidad, se reproducen; en vez de amalgamarse en la política nacional las localidades, la dividen y la enconan; en vez de robustecerse la democracia, y salvarse del odio y miseria de las monarquías, se corrompe y aminora la democracia, y renacen, amenazantes, el odio y la miseria. Y no cumple con su deber quien lo calla, sino quien lo dice. Ni con el deber de hombre cumple, de conocer la verdad y esparcirla; ni con el deber de buen americano, que sólo ve seguras la gloria y la paz del continente en el desarrollo franco y libre de sus distintas entidades naturales; ni con su deber de hijo de nuestra América, para que por ignorancia, o deslumbramiento, o impaciencia, no caigan los pueblos de casta española, al consejo de la toga remilgada y el interés asustadizo, en la servidumbre inmoral y enervante de una civilización dañada y ajena. Es preciso que se sepa en nuestra América la verdad de los Estados Unidos.

Lo malo se ha de aborrecer, aunque sea nuestro; y aun cuando no lo sea. Lo bueno no se ha de desamar, sólo porque no sea nuestro. Pero es aspiración irracional y nula, cobarde aspiración de gente segundona e ineficaz, la de llegar a la firmeza de un pueblo extraño por vías distintas de las que llevaron a la seguridad y al orden al pueblo envidiado: por el esfuerzo propio, y por la adaptación de la

libertad humana a las formas requeridas por la constitución peculiar del país. En unos es el excesivo amor al Norte la expresión, explicable e imprudente, de un deseo de progreso tan vivaz y fogoso que no ve que las ideas, como los árboles, han de venir de larga raíz, y ser de suelo afín, para que prendan y prosperen, y que al recién nacido no se le da la sazón de la madurez porque se le cuelguen al rostro blando los bigotes y patillas de la edad mayor: monstruos se crean así, y no pueblos: hay que vivir de sí, y sudar la calentura. En otros, la yanquimanía es inocente fruto de uno u otro saltito de placer, como quien juzga de las entrañas de una casa, y de las almas que en ella ruegan o fallecen, por la sonrisa y lujo del salón de recibir, o por la champaña y el clavel de la mesa del convite: padézcase; carézcase; trabájese; ámese, y, en vano; estúdiese, con el valor y libertad de sí; vélese, con los pobres; llórese, con los miserables; ódiese, la brutalidad de la riqueza; vívase, en el palacio y en la ciudadela, en el salón de la escuela y en los zaguanes, en el palco del teatro, de jaspes y oro, y en los bastidores, fríos y desnudos: y así se podrá opinar, con asomos de razón, sobre la república autoritaria y codiciosa, y la sensualidad creciente, de los Estados Unidos. En otros póstumos enclenques del dandismo literario del Segundo Imperio, o escépticos postizos bajo cuya máscara de indiferencia suele latir un corazón de oro, la moda es el desdén, –y más, de lo nativo; y no les parece que haya elegancia mayor que la de beberle al extranjero los pantalones y las ideas, e ir por el mundo erguidos, como el faldero acariciado el pompón de la cola. En otros es como sutil aristocracia, con la que, amando en público lo rubio como propio y natural, intentan encubrir el origen que tienen por mestizo y humilde, sin ver que fue siempre entre hombres señal de

bastardía el andar tildando de ella a los demás, y no hay denuncia más segura del pecado de una mujer que el alardear de desprecio a las pecadoras. Sea la causa cualquiera –impaciencia de la libertad o miedo de ella, pereza moral o aristocracia risible, idealismo político o ingenuidad recién llegada– es cierto que conviene, y aun urge, poner delante de nuestra América la verdad toda americana, de lo sajón como de lo latino, a fin de que la fe excesiva de la virtud ajena no nos debilite, en nuestra época de fundación, con la desconfianza inmotivada y funesta de lo propio. En una sola guerra, en la de Secesión, que fue más para disputarse entre Norte y Sur el predominio en la república que para abolir la esclavitud, perdieron los Estados Unidos, hijos de la práctica republicana de tres siglos en un país de elementos menos hostiles que otro alguno, más hombres que los que en tiempo igual, y con igual número de habitantes, han perdido juntas todas las repúblicas españolas de América, en la obra naturalmente lenta, y de México a Chile vencedora, de poner a flor del mundo nuevo, sin más empuje que el apostolado retórico de una gloriosa minoría y el instinto popular, los pueblos remotos, de núcleos distantes y de razas adversas, donde dejó el mando de España toda la rabia e hipocresía de la teocracia, y la desidia y el recelo de una prolongada servidumbre. Y es de justicia, y de legítima ciencia social, reconocer que, en relación con las facilidades del uno y los obstáculos del otro, el carácter norteamericano ha descendido desde la independencia, y es hoy menos humano y viril, mientras que el hispanoamericano, a todas luces, es superior hoy, a pesar de sus confusiones y fatigas, a lo que era cuando empezó a surgir de la masa revuelta de clérigos logreros, imperitos ideólogos, e ignorantes o silvestres indios. –Y para ayudar al conocimiento

de la realidad política de América, y acompañar o corregir, con la fuerza serena del hecho, el encomio inconsulto –y, en lo excesivo, pernicioso –de la vida política y el carácter norteamericanos, *Patria* inaugura, en el número de hoy, una sección permanente de "Apuntes sobre los Estados Unidos", donde, estrictamente traducidos de los primeros diarios del país, y sin comentario ni mudanza de la redacción, se publiquen aquellos sucesos por donde se revelen, no el crimen o la falta accidental –y en todos los pueblos posibles– en que sólo el espíritu mezquino halla cebo y contento, sino aquellas calidades de constitución que, por su constancia y autoridad, demuestran las dos verdades útiles a nuestra América: –el carácter crudo, desigual y decadente de los Estados Unidos –y la existencia, en ellos continua, de todas las violencias, discordias, inmoralidades y desórdenes de que se culpa a los pueblos hispanoamericanos.

Capítulo VI

La unidad de diferentes clases y sectores sociales

Los pobres de la tierra

Patria, Nueva York, 24 de octubre de 1894

Callados, amorosos, generosos, los obreros cubanos en el Norte, los héroes de la miseria que fueron en la guerra de antes el sostén constante y fecundo, los mozos recién venidos del oprobio y de la aniquilación del país, trabajaron, todo el día Diez de Octubre, para la patria que acaso los más viejos de ellos no lleguen a ver libre; para la revolución cuyas glorias pudieran recaer, por la soberbia e injusticia del mundo, en hombres que olvidasen el derecho y el amor de los que les pusieron en las manos el arma del poder y de la gloria. –¡Ah, no!, hermanos queridos. Esta vez no es así. Ni se ha adulado, suponiendo que la virtud es sólo de los pobres, y de los ricos nunca; ni se ha ofrecido sin derecho, en nombre de una república a quien nadie puede llevar moldes o frenos, el beneficio

del país para una casta de cubanos, ricos soberbios o pobres codiciosos, sino la defensa ardiente, hasta la hora de morir, del derecho igual de todos los cubanos, ricos o pobres, a la opinión franca y al respeto pleno en los asuntos de su tierra: ni con otra moneda que la del cariño sincero, y el amor armado en el decoro del hombre, y la viril fiereza de quien no se tiene por varón mientras haya en la tierra una criatura mermada o humillada, se compró esta vez esa fe tierna de los hombres del trabajo en la revolución que no los lisonjea, ni los olvida.

No se ha bajado a la tiniebla; ni se ha adulado, cobarde, en la hora de la necesidad, a los que, en la verdad del seco corazón, se desdeña y aleja, o se mira como poco mientras no se necesita su ayuda; ni han apretado manos en la sombra la demagogia y la venganza. Para salvar a la patria de crímenes se ha madurado el alma pura de esta revolución: no para cometerlos. Pero el cubano obrero, dispuesto ya para la libertad por su fatiga de hombre acorralado, y por la idea creadora que en la vida real ha desenvuelto, en vez de desatarse en invectivas, al amparo del cadalso español, contra los que, de una vez por todas, quieren, con la unión de las fuerzas posibles, sacar del cadalso en que está al honor de Cuba, y del destierro en que en su propio pueblo viven, a los cubanos, –en vez de morder las manos de los libertadores, y besar las manos de los déspotas a quienes aborrecen, –en vez de ayudar, en lengua escarmentada, al gobierno que en sus mayores desarrollos jamás consentiría, por su naturaleza e incapacidad política, y por las necesidades de sus hijos sobrantes o viciosos, la plena vida americana indispensable a Cuba para que no se le antepongan y la reemplacen sus competidores libres, –en vez de negarse a dar de sus manos el socorro que,

en las vueltas de la preocupación, desconozca acaso mañana, en la hora del triunfo de la república: a los que para ponerle al hombro un arma más privaron a su casa en un mes triste, del pan, o del vino pobre, o del abrigo de la criatura, o de la medicina, –en vez de esto, decimos, el cubano obrero bajó la cabeza sobre el trabajo el día de los héroes, y en el tesoro de la justicia y del honor humano, echó con las manos fuertes su óbolo sin nombre.

¡Ah, hermanos! A otros podrá parecer que no hay sublime grandeza en este sacrificio, que cae sobre tantos otros. Que el rico dé de lo que le sobra, es justo, y bien poco es, y no hay que celebrarlo, o la celebración debe ser menor, por ser menor el esfuerzo. Pero que el que, a puro afán, tiene apenas blancas las paredes del destierro y cubiertos los pies de sus hijos, quite de su jornal inseguro, que sin anuncio suele fallarle por meses, el pan y la carne que lleva medidos a su casa infeliz, y dé de su extrema necesidad a una república invisible y tal vez ingrata, sin esperanza de pago o de gloria, es mérito muy puro, en que no puede pensarse sin que llene de amor el corazón, y la patria de orgullo.

Sépanlo al menos. No trabajan para traidores. Un pueblo está hecho de hombres que resisten, y hombres que empujan: del acomodo, que acapara, y de la justicia, que se rebela: de la soberbia, que sujeta y deprime, y del decoro, que no priva al soberbio de su puesto, ni cede el suyo: de los derechos y opiniones de sus hijos todos está hecho un pueblo, y no de los derechos y opiniones de una clase sola de sus hijos: y el gobierno de un pueblo es el arte de ir encaminando sus realidades, bien sean rebeldías o preocupaciones, por la vía más breve posible, a la condición única de paz, que es aquella en que no haya un solo derecho mermado. En un

día no se hacen repúblicas; ni ha de lograr Cuba, con las simples batallas de la independencia, la victoria a que, en sus continuas renovaciones, y lucha perpetua entre el desinterés y la codicia y entre la libertad y la soberbia, no ha llegado aún, en la faz toda del mundo, el género humano. Pero no será ésta, no, la revolución que se avergüence –como tanto hijo insolente se avergüenza de su padre humilde– de los que en la hora de la soledad fueron sus abnegados mantenedores. Bello es, aunque terrible, después de bárbara batalla, ver huir por el humo, a los ruidos deshechos de la derrota, el pabellón que simboliza el exterminio de una raza de hijos a manos de sus padres, y el robo al mundo de un pueblo que puede ser bello y feliz. No menos bello, ni de menos poder, el día Diez de Octubre, era ver trabajando sin paga a los cubanos obreros, todos a la misma hora, todos recién salidos de sus tristes hogares, por la patria, ingrata acaso, que abandonan al sacrificio de los humildes los que mañana querrán, astutos, sentarse sobre ellos. Bello era ver, a una misma hora, tantos corazones altos, y tantas cabezas bajas.

¡Ah, los pobres de la tierra, esos a quienes el elegante Ruskin llamaba "los más sagrados de entre nosotros"; esos de quienes el rico colombiano Restrepo dijo que "en su seno sólo se encontraba la absoluta virtud"; esos que jamás niegan su bolsa a la caridad, ni su sangre a la libertad! ¡Qué placer será –después de conquistada la patria al fuego de los pechos poderosos, y por sobre la barrera de los pechos enclenques– cuando todas las vanidades y ambiciones, servidas por la venganza y el interés, se junten y triunfen, pasajeramente al menos, sobre los corazones equitativos y francos, entrarse, mano a mano, como único premio digno de la gran fatiga, por la casa pobre y por la escuela, regar el arte y la esperanza por

los rincones coléricos y desamparados, amar sin miedo la virtud aunque no tenga mantel para su mesa, levantar en los pechos hundidos toda el alma del hombre! ¡Qué placer será la muerte, libre de complicidades con las injusticias del mundo, en un pueblo de almas levantadas! –Callados, amorosos, generosos, los cubanos obreros, trabajaron, todos a la vez, el Diez de Octubre, por una patria que no les será ingrata.

El General Gómez (fragmento)

Patria, 26 de agosto de 1893

[...]

Y allá en Santo Domingo, donde está Gómez está lo sano del país, y lo que recuerda, y lo que espera. En vano, al venir de su campo, busca él la entrada escondida; porque en el orgullo de sus dos hermanas, que por Cuba padecieron penuria y prisión, y en la viveza, y como mayor estatura, de los hijos, conoce la juventud enamorada que anda cerca el tenaz libertador. A paso vivo no le gana ningún joven, ni a cortés; y en lo sentencioso, se le igualan pocos. Si va por las calles, le dan paso todos: si hay baile en casa del gobernador, los honores son para él, y la silla de la derecha, y el coro ansioso de oírle el cuento breve y pintoresco: y si hay danza de gracia en la reunión, para los personajes de respeto que no trajeron los cedazos apuntados con amigas y novias, para él escoge el dueño la dama de más gala, y él es quien entre todos luce por la cortesía rendida aneja, y por el baile ágil y caballeresco. Palabra vana no hay en lo que él dice, ni esa lengua de miriñaque, toda inflada y

de pega, que sale a libra de viento por adarme de armadura, sino un modo de hablar ceñido al caso, como el tahalí al cinto: u otras veces, cuando no es una terneza como de niño, la palabra centellea como el acero arrebatado de un golpe a la vaina. En colores, ama lo azul. De la vida, cree en lo maravilloso. Nada se muere, por lo que "hay que andar derecho en este mundo". En el trabajo "ha encontrado su único consuelo". "No subirá nadie: he puesto de guardia a mi hijo". Y como en la sala de baile, colgado el techo de rosas y la sala henchida de señoriles parejas, se acogiese con su amigo caminante a la ventana a que se apiñaba el gentío descalzo, volvió el General los ojos, a una voz de cariño de su amigo, y dijo, con voz que no olvidarán los pobres de este mundo: "Para éstos trabajo yo".

Sí: para ellos: para los que llevan en su corazón desamparado el agua del desierto y la sal de la vida: para los que le sacan con sus manos a la tierra el sustento del país, y le estancan el paso con su sangre al invasor que se lo viola: para los desvalidos que cargan, en su espalda de americanos, el señorío y pernada de las sociedades europeas: para los creadores fuertes y sencillos que levantarán en el continente nuevo los pueblos de la abundancia común y de la libertad real: para desatar a América, y desuncir el hombre. Para que el pobre, en la plenitud de su derecho, no llame, con el machete enojado, a las puertas de los desdeñosos que se lo nieguen: para que la tierra, renovada desde la raíz, dé al mundo el cuadro de una patria sana, alegre en la equidad verdadera, regida conforme a su naturaleza y composición, y en la justicia y el trabajo fáciles desahogada y dichosa: para llamar a todos los cráneos, y hacer brotar de ellos la corona de luz. Se peca; se confunde; se toma un pueblo desconocido, y de más, por el pueblo de menos hilos que

se conoce; se padece, con la autoridad de quien sabe morir, por la inercia y duda de los que pretenden guiar las guerras que no tienen el valor de hacer: corre por las bridas la tentación de saltar, como por sobre la cerca que cierra el camino, sobre la verba y pedantería, o el miedo forense, que disputan el paso a la batalla: a la ley no se le niega el corazón, sino a la forma inoportuna de la ley: se quiere el principio seguro, y la mano libre. Guerra es pujar, sorprender, arremeter, revolver un caballo que no duerme sobre el enemigo en fuga, y echar pie a tierra con la última victoria. Con causa justa, y guerra así, de un salto se va de Lamensura a palacio. Y luego, descansará el sable glorioso junto al libro de la libertad.

El lenguaje reciente de ciertos autonomistas

Patria, 22 de septiembre de 1894

Parece que en Cuba ha causado indignación entre los cubanos constantes, y aun entre los inconstantes como cierta vergüenza –la vergüenza del hombre que ve apedrear a los que están prontos a morir por él– el lenguaje descompuesto e injusto con que los criollos que se quedaron en sus casas, suplicando y mintiendo, durante los diez años del sacrificio conmovedor de su país, o cargaban al cinto fratricida al sable cebado en la sangre pura de sus compatriotas, o se ponían sobre la toga temblona y melindrosa el uniforme salpicado de los asesinos incultos, o aplaudían las glorias del ejército que ahogaba en sangre la lucha de su patria por la libertad, –han hablado o escrito recientemente en la isla sobre los cubanos que tienen a la ves bastante abnegación para exponer de

nuevo la vida por su país, –y bastante benevolencia para compadecer a los enfermos de la voluntad.

La indignación seria justa sin duda, y enteramente racional, si los cubanos que defienden ideas en las que no hay riesgo de muerte, osasen empinarse hasta los que mantienen un ideal que lleva la muerte al pie: si los que en la súplica desdeñada no han logrado para su país tanto como logró la guerra interrumpida, osasen compararse con los hombres que sólo por la guerra les lograron al menos las libertades con que suplican. Eso no necesita argumento, y cansa hablar inútilmente. En este asunto, no puede decirse palabra que no sea castigo merecido, y es mejor no hablar. Los hombres sensatos, y de práctica verdadera, no pierden el tiempo en derribar lo que está caído, –ni el honor en mancillar a los que lo tienen. Los que no tienen el valor de sacrificarse han de tener, a lo menos, el pudor de callar ante los que se sacrifican, –o de elevarse, en la inercia inevitable o en la flojedad, por la admiración sincera de la virtud a que no alcanzan. Debe ser penoso inspirar desprecio a los hombres desinteresados y viriles.

Tal vez en Cuba llegue a tanto el desconocimiento que pueda parecer necesario el correctivo en que acá afuera no nos debemos entretener, para no quitar mano de la obra. Pero los pecados de hermandad, y de humanidad, con la censura que atraen sobre el culpable quedan al cabo corregidos. Ni la política inerte e incapaz de Cuba, muerta de muy atrás en la opinión real de los que nominalmente la defienden, merece el análisis, que no soporta; ni, de puro deshecha, debe mover a ira. A la realidad estamos aquí, y hemos de estar allá todos, y no a la combinación ya extinta, con nombre de autonomismo, de las diversas fuerzas públicas que,

a faltar vigilancia y acción, hubieran podido convertirse en Cuba en el funesto imperio de una oligarquía criolla, sin el poder siquiera de la inmoral riqueza con que en otro tiempo se empezó a fundar, y cuya existencia sólo se hubiera podido mantener por la liga encubierta con el poder español, o por la entrega del país a una civilización extraña, que niega a Cuba la capacidad probada para el gobierno libre, y declara necesitar de ella para fines sociales y estratégicos hostiles a la paz y albedrio del país. Ese era el peligro del autonomismo, y para salvar a los cubanos de él, autonomistas o no, hemos acá afuera, trabajado y vivido. A la significación y curso estamos aquí de las fuerzas sociales, que, por el enconado apetito del privilegio, y el hábito y consejo de la arrogancia, y la docilidad de las preocupaciones naturales en Cuba, pudieran impedir, aun después de la independencia, el equilibrio justiciero de los elementos diversos de la isla, y el reconocimiento, ni demagógico ni medroso, de todas sus capacidades y potencias políticas, sin el cual vendría la patria, desmigajada en la continua guerra, a parar en el yanqui aniquilador y rapaz, retardando acaso –por culpa que de otro modo puede ser gloria útil– la distribución natural y conveniente de los pueblos del mundo. Ese sí –y no más– era el problema, y el elemento social, incongruo y anacrónico, que venían acentuándose en el autonomismo: y a eso sí hay que estar, porque es insensato y dañino. Pero el autonomismo, como organización política, y como entidad actual de Cuba, ha cesado ya de existir, y sólo entraría a la vida real si, obedeciendo a la voluntad clara del país, lo encabezase, en vez de echarlo en brazos de sus opresores. Desertado en Oriente; vencido ya en la conciencia camagüeyana, que un día lo ayudó de buena fe; reducido en las Villas al aplauso

curioso de los teatros incrédulos; postergado en Occidente, que es donde más pudiera fungir, al partido español que, con el ciego apoyo de cubanos de alguna realidad, intenta, por la oferta de las libertades imposibles en la naturaleza política de España, desalojar del poder a los españoles que ahora lo monopolizan, queda sólo del autonomismo, como agencias ficticias de vida, el miedo de sus prosélitos notorios, que, en la fama de la lealtad española del partido, creen hallar a la hora de las persecuciones la protección que no hallaron los reformistas sinceros –el movimiento regular que siempre sigue a un impulso prolongado– y los intereses de puesto o representación crecidos al favor directo o indirecto de España, y del prestigio de su supuesta fidelidad a la decisión final del país. Al desatarse este haz artificial, jamás, jamás, acompañarán los hombres de honor, ni ricos ni pobres, al partido que se quisiera valer de ellos para sofocar, en provecho de un amo incorregible y de un grupo impotente, la conciencia del país. La masa sana, que siguió siempre al autonomismo porque creyó que con él se iba a la independencia, se irá, entera, a la revolución. El autonomismo sólo ha sido útil, por la prueba de su ineficacia, a la revolución. Mientras más viva, más revolucionarios habrá. No es que se deba caer, ni de paso siquiera, en el error de creer que el autonomismo unificase al país más de lo que lo unificó la guerra, que organizó el alma cubana de manera que la mayor alevosía y cautela no la han podido aflojar aún; sino que la catástrofe, anunciada desde su híbrido nacimiento, ha dado pábulo nuevo, y generación nueva, y más firme base, a la revolución. Y en cuanto al escaso grupo de cabeceras, a quienes se acusa hoy de haber fomentado un partido antirrevolucionario y sin soluciones, con la promesa sorda de la revolución, que era su

evidente deseo evitar, puesto que en nada han contribuido a prepararla, unos caerán –esperémoslo así– del lado del combate, a donde sus compatriotas los recibirán con regocijo, –otros, si no buscan a tiempo refugio en los países amigos de América, en que se habla su lengua y se trabaja, caerán en el destierro o en la muerte, –y otros irán acaso a Madrid, a ser condes de la libertad y cabos y caireles de aquella delicada monarquía. Eso está escrito en el cielo y en la tierra. ¿A qué montar la ira, porque, ante el calor de la acción, que muda las horas de acostarse, y puede quitarnos el calesero, hablan de los hombres activos con destemplanza y con poco reposo? El fin ya se ve y no ha de haber impaciencia. Para los fieles, vengan tarde o temprano, guarda Cuba todo su amor. Para los incapaces de amarla y servirla, basta con el olvido.

¿A qué, de veras, montar la ira? Sólo los débiles se enojan. El hombre fuerte, aun al caer, sonríe. El deber cumplido da una luz que no brota jamás de la vida, ni de la tumba, de los que lo esquivan. Guardemos el enojo para nosotros mismos, por si no nos llega la virtud a la obligación: aunque llegará. La revolución en Cuba es un gigante que sólo de si propio, como ya una vez, puede recibir heridas. La revolución en Cuba es el aire que se respira, el pañuelo que la novia regala, el saludo continuo de los amigos, el recuerdo que venga y que promete, el suceso que aguardan todos. En todo está, y en los mismos que no la desean. Nada puede vencerla. La dificultad estaba en ordenarla y darle confianza en sí. Esta es nuestra labor. Vimos ese deber, abandonado de los demás, y lo estamos cumpliendo. Más gloria no queremos que cumplirlo. Sólo en el cumplimiento triste y áspero del deber está la verdadera gloria. Y aun ha de ser el deber cumplido en beneficio ajeno, porque si va con él

alguna esperanza de bien propio, por legítimo que parezca, o sea, ya se empaña y pierde fuerza moral. La fuerza está en el sacrificio. Si la labor de hoy viniese abajo, y no parece que haya de venir, otra la sustituiría, mejorada por nuestros tropiezos y nuestros yerros. El mero éxito es premio propio de gente inferior. El esfuerzo pleno y sano es premio bastante al patriotismo limpio. ¿Qué valen, pues, contra coraza como ésta, migajones de papel? Y nosotros, abramos los brazos, a fin de llevar eso adelantado, para que nos claven en la cruz, y defendamos con ellos a cuantos compatriotas nuestros se cansen al cabo de esperar en vano. El templo está abierto, y la alfombra está al entrar, para que dejen en ella las sandalias los que anduvieron por el fango, o se equivocaron de camino.

Los cubanos de Jamaica y los revolucionarios de Haití

Patria, Nueva York, 31 de marzo de 1884

Entre los objetos infames de las agencias españolas en el extranjero está, naturalmente, el de avivar el miedo que los cubanos pudieran tener a la revolución, por suponer que con ella viene lo que uno u otro timorato o espía osa llamar "guerra de razas", olvidando la suprema lección de los diez años creadores, cuando morimos tantas veces juntos, unos en brazos de otros, y con los disparos gemelos de nuestros fusiles oreamos el aire tenebroso para que sea palacio pacífico de la libertad. Juntos, rodilla a rodilla, echamos un mundo entero abajo. Lo que queda son las ruinas, y andamos desembarazándonos de ellas: se tarda un poco, de tanta púa y sierpe que nace entre los muros caídos; pero ya vamos llegar al

claro. Habrá duelos de ojos, y lenguas atrevidas, y demagogos que se pongan de cabeza de la preocupación negra o la blanca, y grados de aseo y de cultura, que son los mismos que ya hoy tienen los blancos entre sí, y los negros como ellos; pero si una mano criminal, blanca o negra, se alzase, so pretexto de colores, contra el corazón del país, mil manos a la vez, negras y blancas, se la sujetarían a la cintura, y se la clavarían en el costado. Lo que queda son las ruinas. A los disparos gemelos de los fusiles, anunciamos, con el fuego creador, el alumbramiento de la libertad. El sargento Oliva, cargó al teniente Crespo a sus espaldas. El Marqués de Santa Lucía enterró al negro Quesada junto a su hija. Lo demás son chacales, que rodean, con el hocico por el suelo, el cadáver de la esclavitud.

Lo demás son las agencias del gobierno español, dentro y fuera de Cuba, para que los cubanos blancos crean que la revolución acarrearía el predominio violento de la raza negra; para que los cubanos negros, azuzados en la preocupación de raza, se divorcien de la revolución, que les quitó la cadena de los pies, que abrió su vida despreciada al mérito de los combates y a la autoridad de la gloria, que es en Cuba la única que ama al negro, porque en la prueba común del valor, y en la larga hermandad de la guerra y el destierro, ha aprendido naturalmente un respeto y cariño superiores a la arrogancia y desvíos de la preocupación.

Cree el gobierno de España, por la opinión de cierta especie efímera de cubanos, que hay en Cuba –contra toda verdad– un miedo sincero al predominio de la raza negra en la revolución; sin ver que los que así denuncian la inclemencia de su corazón o la escasez de su ciencia social no son más, relativamente a nuestra población, que lo que, respecto al número de abusos del Norte, son los miembros de

la sociedad secreta de blasones en los Estados Unidos. Ya en Cuba está planteado el problema inevitable de todos los pueblos, y ese es en realidad el único problema de Cuba, que explica las confusiones aparentes del país, como explica lo catástrofe de la guerra: la minoría soberbia, que entiende por libertad su predominio libre sobre los conciudadanos, quienes juzga de estirpe menor, prefiere humillarse al amo extranjero, y servir como instrumento de un amo u otro, a reconocer en la vida política, y confirmar con la justa consideración del trato, la igualdad del derecho de todos los hombres. No lo entenderán los cubanos, tal vez, ni pensarán en esto tanto como debieran; pero la campaña por la independencia significa en Cuba la campaña por la libertad, y las resistencias a la revolución, son, todas, de ese partido de amos encubiertos –nacidos muchos de las mismas clases que aborrecen– que queda fatalmente tras toda oligarquía, y se produce, por la altanería, y codicias naturales al hombre, en todas las repúblicas. Quien ama a la libertad, previsora y enérgica, ama a la revolución. Quien la combate, ayuda a levantar en Cuba, llena de hombres humildes y viriles, la tempestad que, en las corrientes del mundo moderno, ha de desencadenar la división de un pueblo –dado a la rebeldía por su misma larga carencia de derechos– en casta aristocrática, –en Cuba muy risible,– y mayoría tratada con injusticia o desdén. No es lomo tranquilo el pueblo cubano. Quien se le siente encima, aunque sea con albarda adobada y sedosa, no tendrá tiempo de entrar el pie al estribo. No nos ofusquemos con nombres de independencia, u otros nombres meramente políticos. Nada son los partidos políticos si no representan condiciones sociales. De un lado están en Cuba, vestidos de señorío, el hábito del logro injusto, y el desprecio, a veces brutal, del hombre humilde: y eso trabaja, inicuo y

sordo, dentro y fuera, por cerrar el paso a la revolución. De otro lado está la aspiración ardiente e invencible a la libertad, buena y sincera, que es la única base firme de la paz y del trabajo. Los soberbios son los enemigos de la república: los únicos conservadores verdaderos, los que juntan y apaciguan, son los liberales. Lo que no conservan es el odio y la altanería. La soberbia: eso está contra la guerra en Cuba. La justicia, la igualdad del mérito, el trato respetuoso del hombre, la igualdad plena del derecho: eso es la revolución.

Sobre esos miedos se apoya, sagacísimamente, el gobierno, y creyó atizar el de las razas, insinuando, con el alarde de un cablegrama, a propósito de la encubierta salida del vapor "Natalic", con rumbo a aguas haitianas, que los revolucionarios cubanos estaban en tratos secretos con Haití. Es tierra Haití tan peculiar como notable, y en sus raíces y constitución tan diversa de Cuba, que sólo la ignorancia crasa puede hallar entre ellas motivo de comparación, o argüir con la una respecto de la otra. Hay diferencia esencial entre el alzamiento terrible y magnífico de los esclavos haitianos, recién salidos de la selva de África, contra los colonos cuya arrogancia perpetuaron en la república desigual, parisiense a la vez que primitiva, sus hijos mestizos, y la isla en que, tras un largo periodo preparatorio en que se ha nivelado, o puesto en vías de nivelarme, la cultura de blancos y negros, entran ambos, en sumas casi iguales, a la fundación de un país por cuya libertad han peleado largamente juntos contra un tirano común. Haití es tierra extraña y poco conocida, con sus campos risueños como en la soledad de flores de oro del África materna, y tal gentío ilustrado, que sin que quemen los labios puede afirmarse que ese volcánico rincón ha producido tanta poesía pura, y libros de hacienda pública, jurisprudencia y

sociología, como cualquier país de igual número de habitantes en tierras europeas, o cualquier república blanca hispanoamericana. Callarlo sería mentira, –o miedo. Pero la revolución cubana, que ha de entrar a su labor sin confusiones ni sustos, no tenía con Haití los tratos que publicaban las agencias españolas. Ni los tenían en modo alguno, tácitos o expresos, los cubanos de Jamaica, contra lo que dijo el cablegrama de Nueva York: más no había para qué perder tiempo, y respeto propio, en negarlo. Cuando las obras defienden, no hay por qué defenderse. Los honrados se juntan, y los bribones los lapidan. De un lado están los que tienden las manos incansables a la humanidad: de otro, aquellos demonios de Santa Teresa, "los que no saben amar". La gente pura se adivina y acompaña: de las cárceles, de los presidios, de la holgazanería inmoral, de los vicios misteriosos y sedientos, del odio, en ciertas almas esenciales y espontáneo, recluta el gobierno de Cuba las agencias españolas. Los redime, los disciplina, y nos los clava, en Cuba y afuera a envenenarnos el corazón, no los toma en cuenta la revolución, harto ocupada. –"Ningún tirador bueno" –dijo Walter Scott– "pierde en cuervos la pólvora".

El *Herald* de New York desmiente al fin el rumor vil, de boca de los cubanos, justamente indignados, de Jamaica.

Mi raza

Esa de racista está siendo una palabra confusa, y hay que ponerla en claro. El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza u otra: dígase hombre, y ya se dicen todos los derechos. El negro, por negro, no es inferior ni superior a ningún

otro hombre: peca por redundante el blanco que dice: "mi raza"; peca por redundante el negro que dice: "mi raza". Todo lo que divide a los hombres, todo lo que los especifica, aparta o acorrala, es un pecado contra la humanidad. ¿A qué blanco sensato le ocurre envanecerse de ser blanco, y qué piensan los negros del blanco, que se envanece de serlo, y cree que tiene derechos especiales por serlo? ¿Qué han de pensar los blancos del negro que se envanece de su color? Insistir en las divisiones de raza, en las diferencias de raza, de un pueblo naturalmente dividido, es dificultar la ventura pública, y la individual, que están en el mayor acercamiento de los factores que han de vivir en común. Si se dice que en el negro no hay culpa aborigen, ni virus que lo inhabilite para desenvolver toda su alma de hombre, se dice la verdad, y ha de decirse y demostrarse, porque la injusticia de este mundo es mucha, y la ignorancia de los mismos que pasa por sabiduría, y aún hay quien crea de buena fe al negro incapaz de la inteligencia y corazón del blanco; y si a esa defensa de la naturaleza se la llama racismo, no importa que se le llame así, porque no es más que decoro natural, y voz que clama del pecho del hombre por la paz y la vida del país. Si se alega que la condición de esclavitud no acusa inferioridad en la raza esclava, puesto que los galos blancos, de ojos azules y cabellos de oro, se vendieron como siervos, con la argolla al cuello, en los mercados de Roma; eso es racismo bueno, porque es pura justicia y ayuda a quitar prejuicios al blanco ignorante. Pero ahí acaba el racismo justo, que es el derecho del negro a mantener y probar que su color no lo priva de ninguna de las capacidades y derechos de la especie humana.

El racista blanco, que le cree a su raza derechos superiores, ¿qué derecho tiene para quejarse del racista negro, que le vea también

especialidad a su raza? El racista negro, que ve en la raza un carácter especial, ¿qué derecho tiene para quejarse del racista blanco? El hombre blanco que, por razón de su raza, se cree superior al hombre negro, admite la idea de la raza, y autoriza y provoca al racista negro. El hombre negro que proclama su raza, cuando lo que acaso proclama únicamente en esta forma errónea es la identidad espiritual de todas las razas, autoriza y provoca al racista blanco. La paz pide los derechos comunes de la naturaleza: los derechos diferenciales, contrarios a la naturaleza, son enemigos de la paz. El blanco que se aísla, aísla al negro. El negro que se aísla provoca a aislarse al blanco.

En Cuba no hay temor alguno a la guerra de razas. Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro. En los campos de batalla, muriendo por Cuba, han subido juntas por los aires las almas de los blancos y de los negros. En la vida diaria de defensa, de lealtad, de hermandad, de astucia, al lado de cada blanco, hubo siempre un negro. Los negros, como los blancos, se dividen por sus caracteres, tímidos o valerosos, abnegados o egoístas, en los partidos diversos en que se agrupan los hombres. Los partidos políticos son agregados de preocupaciones, de aspiraciones, de intereses y de caracteres. Lo semejante esencial se busca y halla, por sobre las diferencias de detalle; y lo fundamental de los caracteres análogos se funde en los partidos, aunque en lo incidental, o en lo postergable al móvil común, difieran. Pero, en suma, la semejanza de los caracteres, superior como factor de unión a las relaciones internas de un color de hombres graduado, y en sus grados a veces opuesto, decide e impera en la formación de los partidos. La afinidad de los caracteres es más poderosa entre los hombres que la afinidad

del color. Los negros, distribuidos en las especialidades diversas u hostiles del espíritu humano, jamás se podrán ligar, ni desearán ligarse, contra el blanco, distribuido en las mismas especialidades. Los negros están demasiado cansados de la esclavitud para entrar voluntariamente en la esclavitud del color. Los hombres de pompa e interés se irán de un lado, blancos o negros; y los hombres generosos y desinteresados, se irán de otro. Los hombres verdaderos, negros o blancos, se tratarán con lealtad y ternura, por el gusto del mérito, y el orgullo de todo lo que honre la tierra en que nacimos, negro o blanco. La palabra racista caerá de los labios de los negros que la usan hoy de buena fe, cuando entiendan que ella es el único argumento de apariencia válida, y de validez en hombres sinceros y asustadizos, para negar al negro la plenitud de sus derechos de hombre. De racistas serían igualmente culpables: el racista blanco y el racista negro. Muchos blancos se han olvidado ya de su color; y muchos negros. Juntos trabajan, blancos y negros, por el cultivo de la mente, por la propagación de la virtud, por el triunfo del trabajo creador y de la caridad sublime.

En Cuba no habrá nunca guerras de razas. La República no se puede volver atrás; y la República, desde el día único de redención del negro en Cuba desde la primera constitución de la independencia el 10 de abril en Guáimaro, no habló nunca de blancos ni de negros. Los derechos públicos, concedidos ya de pura astucia por el Gobierno español e iniciados en las costumbres antes de la independencia de la Isla, no podrán ya ser negados, ni por el español que los mantendrá mientras aliente en Cuba, para seguir dividiendo al cubano negro del cubano blanco, ni por la independencia, que no podría negar en la libertad los derechos que el español reconoció en la servidumbre.

Y en lo demás, cada cual será libre en lo sagrado de la casa. El mérito, la prueba patente y continua de cultura, y el comercio inexorable acabarán de unir a los hombres. En Cuba hay mucha grandeza, en negros y blancos.

Los cubanos de Jamaica en el Partido Revolucionario Cubano

La emigración cubana de Jamaica, que desde los primeros pasos del Partido Revolucionario comenzó espontáneamente a organizarse en acuerdo con él, viene, entera, a trabajar por la independencia; y de su propio impulso, como conviene a la limpieza y majestad de la era revolucionaria en que hemos entrado, ratifica en asamblea solemne los códigos del Partido Revolucionario Cubano, que no es en estos instantes, como los partidos políticos suelen ser, mera agrupación, más o menos numerosa, de hombres que aspiran al triunfo de determinado modo de gobierno, sino reunión espontánea, y de más alta naturaleza, de los que aspiran, de brazo de la muerte, a levantar con el cariño y la justicia un pueblo, a allegar fuerzas bastantes para hacer menos cruento y más seguro el sacrificio de sangre y de bienestar transitorio indispensables para asegurar el bienestar futuro, a crear una nación ancha y generosa, fundada en el trabajo y la equidad, donde se pudiese alzar una república instable que, por no traer en el corazón a sus hijos todos, cayera por la ira de los hijos expulsos, o viviese ocupada en reparar, como otras repúblicas, los danos de un combate interno que puede atajarse en la raíz. Tienen otros pueblos, y entienden que es trabajo suficiente, un solo problema esencial; en uno, es el de acomodar las

razas diferentes que lo habitan; en otro, es el de emanciparse sin peligro de los compromisos de geografía o historia que estorban su marcha libre; en otro, es, principalmente, el conflicto entre las dos tendencias, la autoritaria y la generosa, que con los nombres usuales de conservadores y liberales dividen a los pueblos. Y en Cuba, sólo segura porque el alma de sus hijos es de alientos para subir a la dificultad, hay que resolver a la vez los tres problemas. Con razón se agobia y aturde el ánimo débil ante el deber ineludible de encararlos; con razón va el miedo de algunos, el miedo siempre alocado e imprudente, a fiar la solución de la dificultad a los vecinos que no han sabido, sin embargo, aplacar siquiera su problema de razas, que ven el problema de su geografía e historia del lado de la conquista en vez del lado de la libertad, y que, tras cuatro siglos de prácticas libres, viven divididos, lo mismo que las monarquías, entre los privilegios insolentes y las aspiraciones enconadas. Con razón se enamora el ánimo viril de este deber que por su dificultad es de tantos desatendido, o atendido sólo en lo que toca a sus intereses inmediatos y especiales, a un grupo de los intereses del día, sin pensamiento en las dificultados esenciales, ni en el modo de componer los agentes públicos para vencerlas. Y cuando se amasa un partido político, libre de todo interés de persona para convertir a la tarea de fundación los elementos que tantean, ineptos, en el disimulo y el desorden; para levantar la patria a escuadra y a nivel, de modo que no se venga a tierra por lo torcido de los muros; para poner a la patria independiente cimiento de siglos, –no es un partido en verdad lo que se amasa, sino un pueblo. Y hay derecho a tender los brazos, con ternura y angustia, a cuantos de veras quieran el bien del país amenazado, aunque los

ánimos malignos no quisieran ver, en el anhelo de juntar todas las fuerzas de creación, más que la ocasión grata de cerrar el paso a quienes vienen manchados de la culpa de querer salvar de la guerra deshecha y la república parcial a su país. Hay derecho a saludar a los cubanos de Jamaica, que, sin esperar el innecesario convite, sin atender a más que al consejo del juicio y a la llama de su corazón, se juntan por su propio esfuerzo, examinan y aplauden la obra de sus paisanos libres, y como que ven el peligro actual y los peligros venideros de su tierra, no quieren ser de aquellos vergonzantes triunfadores que descubren su opinión cuando está a punto de sacarse ventaja de ella y la resguardan con pretextos especiosos mientras no se ve clara la victoria, sino del ejército de honor que no tiene miedo a las espinas del camino.

En el instante en que la perdida de las últimas esperanzas, –de las huecas y ridículas esperanzas que escusa sólo el temor del hombre a los esfuerzos extraordinarios,– va a dejar a Cuba, al país de nuestros sueños y de nuestros hijos, en el riesgo de comenzar la guerra nueva con los mismos trastornos y parcialidades que le venció una vez el enemigo que ahora la aguarda preparado, en el riesgo de comenzar la lucha por una guerrilla de desesperación o por una asonada de ambicioso, Jamaica, que no quiere crímenes, se junta a la obra de preparar la guerra de Cuba, en cuanto lo permite el curso del tiempo y la generosidad de los hombres, de modo que la fe que inspire por la justicia de su espíritu, por el número de sus fuerzas, por la concordia de sus elementos, por la claridad de su fin, por el poder de sus recursos, acorte el horror y acelere el triunfo de una campaña que no estará tan segura si empieza en una guerrilla de desesperación o en una asonada de ambicioso: –¡aunque, guerrilla

o asonada, de Chicago a Jamaica, del Cayo a Buenos Aires, estamos aquí para impedir que el enemigo acorrale al abanderado, o caiga en malas manos la bandera!

Pero saludar no es bastante, ni entretenernos en la contemplación de nuestra propia hermosura, sino sacar de ella las lecciones que puedan traer a la fe a los que, por lo poco visible del resultado del primer ensayo, o por medir el corazón de la patria por su comodidad medrosa y timidez, creen sinceramente que faltan a Cuba las dotes superiores con que han de contar los pueblos para aspirar con éxito a su independencia, la constancia, la abnegación y la unión. Quien viera al veterano de los diez años, lleno de canas y rodeado de hijos, torciendo tabacos el domingo de su reposo para aumentar con su producto el tesoro de la patria; quien viera al emigrado de la primera guerra traer hoy su óbolo y su entusiasmo con el mismo corazón con que los trajo, veinticinco años hace, a la guerra de los fracasos y de las discordias; quien viera hoy continuando la obra interrumpida, a los bravos que se echaron de su hacienda el 10 de Octubre, a los combatientes rescatados de debajo de un montón de muertos; quien viera a las ancianas, moribundas en la pobreza del destierro, leer a la última luz, en el rincón de la ventana alquilada al extranjero, las palabras encendidas de la esperanza nueva; quien viera a los patriarcas tentados por la devolución de su fortuna dar en cara al español con la tentación, y esperar en el trabajo de la tierra ajena, la hora de entrar en lo propio sin llevar la ceniza del arrepentido en la frente donde dio una vez el sol de libertad; quien viera, en los mismos que se tienen por incrédulos y reacios, y hacen como que no sienten, despertarse a chispazos

el alma mal dormida, e iluminárseles los ojos, con fuego heroico e infantil, cuando creen ver por los aires la bandera que aman contra su propia voluntad, –no diría, no, en estas emigraciones que persisten y crecen, que a los cubanos les falta la constancia.

Quien hubiese visto de cerca, durante toda una generación, como por la larga estancia en la tierra extranjera, por la natural emulación entre los centros patrióticos, y por el desengaño doloroso de algunos de ellos para con los demás, venían creándose en las emigraciones aisladas con el fomento hábil e interesado del español, las almas diversas, y más suspicaces que amigas, que debían impedir la obra final de independencia, en cuanto a las emigraciones cumple, tanto como su alma unida ha de ayudarla, –no diría, al ver depuestos de súbito en la hora necesaria todos esos recelos de cabecera, que a los cubanos les falta la abnegación.

Y quien conozca, por ejemplo, los rencores mortales, los insultos venenosos, las envidias asesinas, las mezquindades sangrientas e increíbles de los norteamericanos que lograron componerlas todas, por el civismo de un militar y el consejo de un viejo impresor, en la constitución, por desgracia manchada e incompleta, de los Estados Unidos, –y los compare con la efusión, con el cariño, con el júbilo con que, en vísperas de una guerra desordenada, deponen los cubanos sus pasiones de clase, o de secta social, o de raza, ante el deber de pelear con orden por la independencia del país, que es todo lo que quiere decir y es el Partido Revolucionario Cubano –quien vea correr las almas, de todas partes a la vez, sin que haya tenido que ir a despertarlas la espuela de la ambición o la lisonja, –no dirá que los cubanos no son capaces de unión.

Saludar no es bastante, ni contentamos con ser algunos como somos. El deber del hombre virtuoso no está sólo en el egoísmo de cultivar la virtud en sí, sino que falta a su deber el que descansa mientras la virtud no haya triunfado entre los hombres. No nos ha de importar que los revolucionarios seamos como se debe ser, ni el oficio de un revolucionario de veras, de un patriota que no ve medios pacíficos de poner a su tierra en libertad, está, como el pavo real, en verse los tornasoles de la cola de iris, y abanicar el viento proclamándose hermoso. El deber de un patriota que ve lo verdadero está en ayudar a sus compatriotas, sin soberbia y sin ira, a ver la verdad. Es la verdad que, si la isla de Cuba se sintiese con pujanza para alzar de una vez el espíritu agobiado, echar de la capitanea a los logreros que la esquilman, y sentarse a trabajar, bajo el gobierno compuesto por sus habitantes libres, no tardaría un sol en levantarse entera contra la capitanía. Y como la desesperación ordenada de un pueblo hecho a pelear, más la ayuda ordenada de una parte del pueblo hecho y decidido a ayudar, son pujanzas suficientes para vencer al gobierno que no tiene hoy a su favor la impericia de los primeros revolucionarios, ni la ayuda de las masas trabajadoras de cuna peninsular, pasadas a la libertad para honor suyo, es nuestro deber, y es nuestro puesto, decir a Cuba, todos los días, que si su pueblo hecho a pelear, ansioso de acabar de una vez, quiere ordenar su desesperación, esta parte de pueblo que aquí representamos, porque no nos arrogamos otra representación que la propia nuestra, está decidida a ordenar su ayuda. Es nuestro puesto y deber decir a Cuba que se desconoce, que se alza turbada por su desconocimiento, cómo tiene, aunque dispersa y deshilvanada aún, toda la pujanza que necesita para echar abajo la capitanía.

Y la acción de los cubanos de Jamaica es muestra visible de uno de estos elementos de la pujanza actual de la idea de independencia en Cuba. Uno de sus peligros seria la falta de ánimo de sus mantenedores, tal cómo sería otro su falta de pensamiento; y la persistencia de ánimo es naturalmente una de sus fuerzas. Pero la lección esta vez no es sólo eso; sino que los emigrados de Jamaica, allí donde el fracaso continuo, el servicio revolucionario inseguro, el plan confuso y defectuoso, las expediciones malhadadas, el conocimiento íntimo de las fealdades y vicios de la naturaleza de que no puede librarse nuestra revolución, pudieron turbar el pensamiento o cansar el patriotismo, –persisten, con juicio depurado, en declarar su fe constante en el poder revolucionario de Cuba y en la capacidad de triunfar de los vicios de la revolución con sus virtudes. No son aprendices de guerra, ni líteros redundantes, ni revolucionarios de andadores, los que se agregan a los compañeros de "La Demajagua", a los diputados de Guáimaro, a los vencedores de las Guásimas, a los deportados de Fernando Poo, a los emigrados de la primer campaña que, sin encogimientos de coqueta ni arrogancias parricidas, pelean junto a los recién llegados en el Partido Revolucionario Cubano, junto a los jóvenes a quienes arrastra a la rebelión la misma ignominia que arrastró a sus padres, para poner remate, con respeto de hijos, a la obra de 1868, para dar fin, con cariño de hermanos, a la humillación y pobreza inmerecida de los cubanos de hoy.

Y otro de los elementos de la pujanza actual de la idea de independencia, que se demuestra con la acción de los emigrados de Jamaica, es la capacidad de los cubanos para intentar unidos la emancipación del país sin anteponer a esta empresa principal la satisfacción de sus ideales menores.

Existen entre nosotros todos los defectos, y las emulaciones todas que pudieran comprometer, y en la pelea del derecho humano han llegado a anular, las más enérgicas virtudes y las conquistas más grandiosas. Cual, concentrado en sí como en un mundo, no acertará a ver, en la santidad que ayuda a regañadientes, en la obra de robustecer la guerra y sacar de ella la libertad, en la angustia de allegarle a la patria los recursos con que podrá resistir a su opresor implacable y ordenado, más que la cólera de que un rival luzca más que él, o de compartir la autoridad con el humilde a quien desdeña, o con sus émulos mal mirados. Cual, por aquella pasión de su hermosura con que la mujer entrada en anos suele aborrecer a las beldades jóvenes, se enojará como contra ladrones verdaderos, con los malandrines que se atreven a adorar a la patria, y dar la vida por ella, a pesar de la infamia de haber nacido en esta generación. Cual, por no ceder en las quisquillas de la localidad, verá pasar, cruzado de brazos, o armado en guerra como contra el enemigo, el ejército que marcha a redimir la patria. Cual, de alma escasa, sin conocer el goce majestuoso, y los beneficios reales, de la abnegación, cumplirá a medio ceño los deberes que no le traigan de recompensa el pontificado en su comarca. Cual, llevado de ideas extranjerizas, y los rencores que fomentan, olvidará, esclavo de las palabras ajenas y de los libros traducidos, que el amor administrado por la vigilancia, es el único modo seguro de felicidad y gobierno entre los hombres; que el derecho pedido a su hora y en su medida por quien no lleve cara de cejar, descorazona y conquista a los mismos que más quisieran oponérsele; que por este mundo hay que andar con la espada en una mano y el bálsamo en la otra; que desconfiar es muy necesario, y amar lo es más. No por ser cubano se liberta el

hombre de las flaquezas propias de la humanidad; ni por ser cubano las agrava. Ni se ha de echar en cara al cubano, como defectos exclusivos, el celo de sus colaboradores, la tendencia del corazón venenoso a posponer la salud del país al gusto de la ambición o la venganza, la comezón de la persona, que junta en grupo a todos los que la sienten, y llega a hacerse soberbia de comarca la dificultad, natural en un pueblo sin ejercicio de sí, de entrar de lleno y con empuje en las prácticas de acción y concurrencia de los pueblos ejercitados; ni se ha de desconocer que, con orden superior a su incompleta preparación, y por cierta salud natural del carácter en Cuba que puede más que sus venenos, no es ya el cubano incapaz del esfuerzo unánime y virtuoso con que ha de combatirse el esfuerzo unánime de los agentes de su desventura, ni necesita su probado corazón espuela alguna para erguirse sobre sus pasiones de hombre inevitables, como se yergue el jinete sobre el potro vencido.

¡Honor a la emigración de Jamaica que, por su propio concepto del deber, y en el libérrimo uso de su juicio, da prueba elocuente de la capacidad republicana del hijo de Cuba, y de las dotes de unión, experiencia aprovechada y desinterés que se requieren en el conflicto mortal de la emancipación para aspirar a la grandeza y asegurarla!

Patria saluda, con el entusiasmo que inspira en un republicano sincero el ejercicio generoso de la opinión libre, al meritísimo cubano, ejemplo de patriotas cordiales y constantes, a quien los clubs de Jamaica han puesto en la presidencia de su Consejo, al auxiliar incansable de la guerra y amigo leal de los héroes de Cuba, al político estudioso y verdadero, doctor José Mayner. *Patria* saluda al cubano entusiasta y puro en quien recae la Secretaria, a Juan Prego.

La Revolución (fragmento)

[...]

¿Qué mucho que otro periódico que está sobre nuestra mesa, un periódico francés, advierta en la Isla toda, por los ojos de un corresponsal que no sabe de nuestra historia, ni de las heces que deja hirviendo una colonia de esclavitud, el deseo total y vehemente de la independencia de España? Jules Clave, el escritor de *Le Monde Illustré*, sólo nota en Cuba un obstáculo a la satisfacción del unánime deseo, y en lo que dice se conoce que, más que con los cubanos generosos, habló con españoles de codicia y de remordimiento. El obstáculo le parece ser el miedo de los españoles a ser maltratados por los cubanos después de la revolución. De entre los españoles mismos habrá visto a los que por su abuso y nulidad temen perder la indebida prominencia que les permite hoy la tiranía política, no a los que han echado en la tierra la raíz del trabajo y de los hijos. ¿Haremos los cubanos una revolución por el derecho, por la persona del hombre y su derecho total, que es lo único que justifica el sacrificio a que se convida a todo un pueblo, y negaremos, al día siguiente del triunfo, los derechos por que hemos batallado? Los goces ilegítimos sí se irán: el juez venal, el empleado ladrón, el periodista de alquiler, el que a favor del soborno priva de pan y sosiego al criollo, el que fomenta el vicio por la cuota que percibe de él, el español de Lavapiés y cafetín, que nos tiene hecha una náusea la ciudad. Ese, tema. Ni tiene que temer: se le acabará el oficio, y se irá solo. Se irá el arriero, y detrás el arria. –Pero nuestros padres, los que han sudado y sangrado con la tierra, los que no le ven a su hijo cubano más vía de la fortuna que la herencia corruptora o la

sumisión al deshonor, los que aman en sus hijos, con esa cabezada romántica del español castizo, la potencia de rebelión que desde su aldea infeliz y la quinta despótica y el arranque sangriento a las Américas ardió en su propia alma, los españoles llanos, los españoles buenos, los españoles trabajadores, los españoles rebeldes, ésos no tendrán nada que temer de sus hijos, no tendrán nada que temer de un pueblo que no se lanza a la guerra para la satisfacción de un odio que no siente, sino para el desestanco de su persona y para la conquista de la justicia. –Mucho menos tendrán los españoles que temer de los cubanos piadosos que de los norteamericanos arrolladores y rapaces, de los norteamericanos a quienes echan sobre la presa fácil de los pueblos débiles, la codicia y mala distribución de la riqueza, que vienen de su reparto desigual en la tierra propia. Lo que del Norte tienen los españoles que esperar, y los cubanos unidos; lo que deben fiar, para resolver los problemas de la libertad ajena, en quien no sabe resolver los propios; lo que deben, cubanos y españoles temer –con sus elementos de libertad impaciente– de un pueblo que con las mejores semillas de la libertad, tras cuatro siglos de república práctica en un continente virgen, ha caído en los problemas todos de las sociedades feudales y en los vicios todos de la monarquía – no lo digamos cubanos, porque se tendría a pasión: dígalo Stead, liberal humanitario y fundador, inglés abierto, crítico agudo, cruzado moderno, hombre de hombres: "Más fácil es –acaba de decir Stead– convertirse al republicanismo en Rusia que en los Estados Unidos. Nada en América sorprende tanto a un inglés como la desconfianza radical en la capacidad del pueblo. Se echa uno atrás, simplemente, al llegar de Inglaterra a los Estados Unidos. No he visto tierra de menos democracia desde que salí de Rusia".

No: con todo el hervor posible y natural de la república en Cuba, el español bueno y útil tendrá menos que temer de la pasión de sus hijos que de la codicia y desdén de los norteamericanos.

[...]

Un español

Patria, 16 de abril de 1892

El mundo tiene dos campos: todos los que aborrecen la libertad, porque sólo la quieren para sí, están en uno; los que aman la libertad, y la quieren para todos, están en otro. En Cuba, como en Puerto Rico, los dos campos son ésos: españoles, y criollos del alma autocrática española, están de un lado, con letreros diversos más o menos liberales, que no son más que disimulo de la parcialidad y arrogancia de sus almas; y los cubanos, y los naturales de España que bajo ella ven ofendidas sus almas libres, ésos, como el español Mariano Balaguer, que acaba de morir en el Cayo, levantan su copa por sobre los fusiles en un banquete español, para brindar "por un hombre bueno y liberal, por Carlos Manuel de Céspedes".

Cuenta *El Yara* el banquete donde por poco deja la vida el sincero Balaguer. De vicio y oprobio está hecho el camino de la Chorrera, allá en los alrededores de la Habana; y la misma hermosura del mar debiera ser aborrecible, en tanto que los aires no cambien, a los que año sobre año han visto pasar por el camino al mártir presidiario que llagado y ciego arrastraba su cadena, y al carruaje del crimen y la orgía. Es criminal quien sonríe al crimen; quien lo ve y no lo ataca; quien se sienta a su mesa; quien se sienta a la mesa de los que

se codean con él o le sacan el sombrero interesado; quienes reciben de él el permiso de vivir. Con la cabeza descubierta de respeto, con el alma movida de horror, con el corazón quemado de la vergüenza, con lágrimas en los ojos como las que lloraba el llanero Páez al arremeter, es como puede, y no de otro modo, poner el pie un cubano en el camino de la Chorrera. Por allí, con las poliandras ebrias del brazo, las poliandras encintadas de rojo y amarillo, iban de tarde, con el uniforme que abrasa, las turbas repletas de odios, turbas de Cangas y de Covadonga, a la diversión de apuntar con los fusiles a los ancianos y a las criaturas que, del fondo de la cantera, ciegos de la ira imponente, subían, con las piedras a la cabeza y el grillo al pie, las veredas de su cruz. Por allí, han ido a celebrar con vino la muerte de los dos hermanos que se besaban al caer, o a quemar la efigie del patriarca glorioso que llevó a la muerte a su propio hijo. Por allí, con la lacra que tiene a medio pudrir nuestra generación, han paseado y pasean de fuelle abierto, ante los criollos que miran sumisos desde los portales, viendo salir la luna, los mismos que le niegan el pan de la vida si no parten con ellos el pecado y el botín. ¡El caso en Cuba no es ya de libertades políticas, sino de moralidad personal! ¡Y el que no pueda vivir honrado, que no viva!... Por allí, por el camino de la Chorrera adonde fue el banquete de Balaguer, pasó el crimen visible de ayer, el garrote y la bala; y pasa el crimen invisible de hoy, la corrupción y el vicio: ¿quién come hoy un pan en Cuba que no lo parta con la desvergüenza?: por allí pasa triunfante el deshonor cubano.

Y por allí volvió, salvo a maravillas, el catalán que osó brindar en plena guerra por "un hombre liberal y bueno, por Carlos Manuel de Céspedes". De la Habana saltó al Cayo, y en él ha vivido entre los cubanos veinte años, rodeado de cariño y de respeto, con los cubanos

trabajando como un hombre libre, con los cubanos batallando por la libertad. Todo hombre de justicia y honor pelea por la libertad donde quiera que la vea ofendida, porque eso es pelear por su entereza de hombre; y el que ve la libertad ofendida, y no pelea por ella, o ayuda a los que la ofenden, –no es hombre entero. En Zaragoza, cuando Pavía holló el congreso de Madrid y el aragonés se levantó contra él, no hubo trabuco más valiente en la plaza del Mercado, en la plaza donde cayeron las cabezas de Lanuza y Padilla, que el del negro cubano Simón; y cuando Aragón había abandonado las trincheras, y no se veía más que el humo y la derrota, allí estaba Simón, el negro cubano, ¡allí estaba, él solo, peleando en la plaza!

Por aquella alma rebelde del español llano, y del provincial sometido que con encono de siglos solicita satisfacción y venganza; por aquel coraje de recluta que sangra de la quinta, y de labriego cansado de saludar a su inútil señor; por aquel dolor del patriotismo regional de las provincias españolas sofocado y vejado por la monarquía injusta de Castilla; por aquel rencor santo de la servidumbre que hermana en un fuego a todos los que de ella conocen y padecen; por aquella igualdad en las humillaciones que igualó en la hora de la rebelión a Honorato Castillo y al bravo Villamil, a Federico Cavada y a Dorado, a Serafín Sánchez y al sargento Huerta; por aquel aborrecimiento de la tiranía que junta con simpatía invencible al cubano liberal y al liberal español –el catalán Mariano Balaguer no sintió nunca, ni los cubanos del Cayo le dejaron sentir, que vivía de limosna ni de intruso entre ellos, sino por derecho propio, por el derecho del hombre que atiende más a la voz del honor que a la de la injusticia, a la voz de la humanidad que a la de quienes la niegan y oprimen. Los españoles buenos, son cubanos.

Capítulo VII

Convivencia, fraternidad y honradez

¡A Cuba!

¿Cuándo con más prueba que hoy, después de los sucesos de Key West, después de ese odioso espectáculo de una ciudad creada por sus hijos adoptivos que se sale de su suelo y de su ley para ir a traer de afuera los enemigos de sus hijos, cuándo, con más angustia ni más amor que hoy, brotó del corazón cubano este grito: ¡A Cuba!?

La ciudad, triunfante tras sus primeras pruebas, enseñaba ya orgullosa, donde en manos de los yanquis no hubo más que arenal y bohío, aquellas fábricas que son como academias, con su leer y su pensar continuos; aquellos liceos, donde la mano que dobla en el día la hoja del tabaco, levanta en la noche el libro de enseñar; aquellas sociedades de artes y recreos de donde sólo se excluye, por aseo moral, a los infieles a la patria; aquellos hogares donde se ve apenas la pobreza, por el mucho espacio que ocupa la virtud. De lo más triste y menesteroso de Cuba se hizo el Cayo, con uno

u otro criollo acomodado que echó allí el amor al sol, y un puñado después de almas fervientes, del señorío y de la pobreza, que llevó allí la fama de que el Cayo fiel era todo un hogar. De ese compuesto híbrido en que la capital pervertida echaba a barcadas su crimen; de ese riñón criollo, donde de todas las angustias de la vida surgían las sublimidades todas de la esperanza, donde la cuota de los humildes fue año tras años en los diez de nuestro honor, el sostén principal de los soberbios; de aquella fusión diaria del amo destronado y el siervo redimido, puestos al mismo pan en la mesa creadora del trabajador, surgió, sin más consejo ni enseñanza que nuestra alma isleña, la ciudad de talleres ordenada y virtuosa, que de sus rezagos dio vida al Estado gris, animó con las industrias de Tampa la costa muerta, dio origen y sustento a los ferrocarriles y vapores de todo aquel rumbo floridano, y mudó el concal yanqui, la aldehuela de rancheros y de pescadores en el pueblo de liceos libres y escuelas gratuitas y caballeros del taller y bolsa generosa, en el primer puerto del Estado de la Florida. Los que callan de esto o niegan esto, son gente de papel, con una revista en el ojo y en el otro una preocupación: la gente de verdad reconoce esto, la que trabaja y admira el trabajo, la que sabe que los albañiles los que levantan y amasan, han de llevar en las manos el callo de la pida y el manchón de cal. ¡Afuera y al horno, por impura e inútil, la mano sedosa que lame en el saludo la mano ensangrentada o envilecida del corruptor de su país!: adentro, y en los cimientos, la mano áspera que trabaja el rifle con que se ha de echar al insolente al mar, la mano santa, enjuta a veces de miseria, que acaricia y levanta en la sombra, con la esperanza del humilde, la patria de justicia, con el seno caliente para el pobre, que se alzará del mar al cielo,

con los brazos abiertos para la humanidad. De confianza y gratitud excesivas fue el error principal, y acaso el único, de esa sociedad naciente: por el Washington de la leyenda, que fue más la criatura de su pueblo que su creador; por el amor de aquel Lincoln de quien llevamos luto los cubanos, y en todo fue de bondad inefable, menos en su consentimiento de hacer de Cuba el vertedero de todos los estorbos de su nación; por el cansancio de la incuria y tiranía de España, que en los hombres de peso y realidad inspiraba un amor vivo a la aparente justicia y superioridad norteamericana; por la ciega pasión de las libertades yanquis, forma natural en toda alma ordenada del aborrecimiento a la opresión y desidia españolas; por el natural apego de los hombres de adelanto y orden a las libertades hechas que suelen en los impacientes y egoístas convertirse en desdén y abandono de la libertad propia, y por el noble natural del cubano, que pisaba con ternura el suelo en que podía pensar libremente y trabajar sin deshonor, llegó el Cayo a amar tanto a la tierra de su asilo, y a confundir de modo tal la libertad que lleva de disfraz con la conquista que lleva en el corazón, que por su misma mano entregó al conco en mal hora el gobierno de la ciudad que el conco no había sabido levantar. Hasta en las entrañas de la casa ponía el cubano el agradecimiento: el uno reñía con sus amigos por defender este o el otro candidato yanqui; el otro, aunque volviera mañana a su tierra libre, levantaba, como la ermita de la gratitud, una casa en el Cayo a la orilla de la mar: bendecía el otro, ya a la sombra de los árboles plantados por su mano, el suelo donde le volvió a nacer la familia que le echaron de Cuba la pobreza y la persecución: le nacía al otro una hija, y la llamaba como una india buena, o como un Estado de la patria norteamericana. Uno tenía

a Blaine sobre el piano, y otro tenía en la sala a Cleveland. El de Blaine, engañado por el deseo, veía al redentor de Cuba en aquel prestidigitador de preocupaciones que fue de Cuba el enemigo más frío e insolente: el de Cleveland, creía ver en él el adversario de lo que en todas partes se ha de combatir, de la república de privilegios y el monopolio injusto.

Sobre lo venidero había vivido la industria americana, contando con que cuando se le acabase el consumo interior, siempre podría vaciar la producción excesiva en las tierras flojas de la América del Sur; y a eso vino aquella reciprocidad de comedia, y la desvergüenza, descabezada a tiempo, de aquel congreso panamericano. Les falló el plan, porque no faltaron repúblicas previsoras ni vigías certeros, y anda el Norte desde entonces recogiendo los gastos, sin tener con qué pagar la mucha fábrica sobrante, ni dónde vender lo que produce. Las industrias de lujo, como la del tabaco, padecían las primeras de esta estrechez y alarma, y del balance brusco e inesperado en las cuentas galanas de la nación. Pero el Cayo flagelado cargaba alegre su miseria: ¿no habían vivido allí los padres veinticinco años? ¿no había comprado allí el obrero gota a gota su casita? ¿no estaba allí enterrada, en aquella tierra blanca, la pobre madre vieja, la compañera de las manos duras, el primer hijo del matrimonio? ¿no había aprendido allí el esclavo, y el guajiro oprimido, y el pilluelo de la ciudad todos los deleites de la libertad y todas las arrogancias del hombre? O escaseaba el trabajo, o era poco y rastrero; y no había pan más que para una comida, ni más zapatos que los del domingo: pero allí vivían, sin empleo, centenares y miles: fieles a los sepulcros y al rincón querido, fieles al Cayo. De pronto, uno de los talleres de la ciudad, que venía levantándose

y cayendo, y se había apuntalado con dos socios de cuna española, entró en tratos con la ciudad rival de Tampa, donde ofrecen a los fabricantes la tierra y las franquicias que el concal de Key West no supo darles; preguntan en Key West los norteamericanos por qué se va el Seidenberg, y le oyen que es porque no puede traer al Cayo obreros españoles; agencias subterráneas, que compran y velan, azuzan el interés desbocado de la gente inglesa: y aquel pueblo convertido de villorrio en ciudad por el esfuerzo cubano, aquellos comerciantes levantados de un peso a cien por el sábado cubano, aquellos jueces sentados en sus sillas por los votos cubanos, aquellos ebrios curados del delirio por médicos cubanos, aquellos hijos de una colonia redimida que no pueden, sin negarse a sí mismos, extrañar que, como ellos rechazaron el té inglés, rechacen a sus dueños los colonos cubanos, aquéllos que los cubanos levantaban y querían, llenaron la plaza de gente, acusaron a los cubanos de rufianes, hasta árbol pidieron donde colgar algún cubano de ejemplar, y desertando los empleos que deben a la confianza y prosperidad de los hijos de Cuba, al patriotismo y trabajo de los hijos de la revolución, salieron de la ciudad creada por la revolución cubana a pedir a una monarquía extranjera soldados enemigos de los naturales de América que le han fabricado la ciudad, –a traer obreros nuevos, por la condición de ser europeos y enemigos de su comunidad, al pueblo donde de un año atrás padecen por centenares sin empleo los obreros fundadores... El golpe no fue en el jornal, sino en el corazón. Se les amaba como a hermanos, y se revolvían contra sus hermanos. Se veía en ellos la libertad suspirada, la república anhelada, la equidad y prestigio de la ley, el prestigio y la emancipación de América, y ellos aterran las casas, quitan el pan de la

boca del trabajador, encarcelan a hombres inocentes, arrastran a un calabozo al que lleva a la cárcel un recado, piden para los cubanos el patíbulo en la plaza pública, ostentan en el pecho como un honor los colores que simbolizan en América la tiranía, y han flotado, sangrientos, sobre las ruinas de nuestras casas y los cadáveres de nuestros hermanos. ¡Ellos, los republicanos de América, con la insignia del asesinato al pecho! ¡Ellos, los hijos de un pueblo libre, subiéndole las escaleras a un soldado tirano e hipócrita, pidiéndole obreros con que empobrecer, y soldados con que humillar, a los que quieren, como ellos quisieron un día, hacer libre su pueblo! Heló el estupor a los cubanos, como si viesen, en la cama del hogar, muerto de puñalada lo que más querían. ¿Conque era sangre también, como el de Cuba, aquel mar azul? ¿Conque los echaban, como a los zorros de California, como a los últimos tejanos, de la ciudad que habían levantado, más que con el producto de su industria, con el tesón y empuje de su patriotismo? Uno hubiera querido arrancar su casa de raíz: y echarla a la mar; otro cargar las nueve criaturas, y salir a buscar justicia por el mundo; otro quitar el nombre a la hija. ¡Es el horror mayor e irremediable, ver infame o indigno lo que amábamos! ¿Es así, pues, el universo entero? ¿No hay mérito ni virtud, no hay desgracia ni persecución, que puedan conmover el corazón extraño? ¿Es inútil, pues, ante un pueblo que el mundo supone juicioso y viril, levantar, pecho a pecho, con los residuos humanos de una civilización viciosa, una ciudad donde el desorden y crimen del despotismo se han condensado y ordenado en la honradez de la industria y la vida franca y variada de la libertad? ¿Es así, sin amor, sin caridad, sin amistad, sin gratitud, sin respeto, sin leyes, es así la primera república del mundo? ¡No hay, pues, asilo,

ni en la primera república del mundo, para los pueblos que andan huyendo de la servidumbre! Ni ¿qué derecho tiene a la seguridad de la patria quien no tiene patria? Quien desee patria segura, que la conquiste. Quien no la conquiste, viva a látigo y destierro, oteado como las fieras, echado de un país a otro, encubriendo con la sonrisa limosnera ante el desdén de los hombres libres, la muerte del alma. No hay más suelo firme que aquel en que se nació. ¡A Cuba! dice el alma entera, después de este engaño del Cayo, después de este golpe brutal en nuestro cariño y en nuestras soluciones: ¡a la única tierra del mundo de donde no nos echarán como a los zorros de California, y como a los tejanos!

Si hubiera habido provocación alguna, si hubiese habido relación entre la provocación cubana y los actos de los norteamericanos, si en realidad se hubiese violado por los cubanos el derecho de tránsito libre que concede a todos los hombres, o concedía hasta hace poco tiempo, la constitución del país, nunca habría excusa para que los norteamericanos –violando las leyes internacionales, y las del trabajo en su patria– saliesen a pedir a un gobierno extranjero trabajadores que importar a un mercado sobrante de trabajadores, y gente enemiga que provocase un conflicto en la ciudad que debían salvar de él; pero, ante la justicia seca, que es lo único a que ha de asirse el hombre decoroso y sensato, habría razón para que las autoridades de Key West mantuviesen la ley, por sobre la resistencia abusiva e indefinible de los cubanos. Si los cubanos quieren tierra inmune, donde puedan mandar, conquístense su tierra, como el yanqui le conquistó al inglés la suya. Un yanqui que ha conquistado su tierra no es igual, sino superior, a un cubano que no ha conquistado la suya: ¡ni aquellos yanquis que pelearon

por su libertad contra el inglés son iguales, sino superiores, a los yanquis que van a pedir ayuda al extranjero para empobrecer y humillar a hijos de América que pelean por la libertad! Cierto es que –aun cuando los cubanos revolucionarios, que por su amor a la independencia de Cuba han poblado y enriquecido el Cayo, creyesen tener derecho moral, por más que legal no lo tuvieran, a mantener libre de la persecución española la ciudad que poblaron y enriquecieron– los antecedentes y espíritu de la nación americana les daban derecho a esperar de ella, para el natural de un país de América que pelea por emanciparse de una monarquía de Europa, la misma indulgencia, en estas cosas sagradas, que gozan en los Estados Unidos los irlandeses que pelean para emanciparse de la Gran Bretaña. Pero de los norteamericanos es el tener la indulgencia, y de los cubanos el cumplir la ley del país.

Los cubanos no tienen derecho alguno a impedir que un español, porque es español, desembarque en territorio de los Estados Unidos. Los Estados Unidos pueden y deben castigar a quien viole esta ley, como cualquiera otra de las suyas. Pero para castigar la violación, es preciso que la ley sea violada; para probar la violación es preciso probarla con las leyes establecidas para perseguir y las garantías que da la ley al perseguido. Pudo años atrás la pasión de la independencia armar de un garrote castigador el brazo de un puñado de cubanos fanáticos, tan capaces de pelear en el muelle de Key West como en la boca de los cañones españoles; y uno u otro cubano pudo esperar en el muelle, garrote en puño, al español que, no cansado de echar al cubano en la Isla de todas sus mesas de trabajar, viene todavía al país extranjero a quitarle la industria que aprendió de él: ¿que no tienen corazón los españoles, ni ven esta

injusticia? ¿que no tienen corazón los norteamericanos, y ayudan esta injusticia? Pero de lo que en tiempos pasados pudo un puñado de cubanos intentar, cuando no se había condensado la vida revuelta del Cayo recién nacido en el orden social superior en que ya hoy se condensa, de lo que pudo hacer un puñado de cubanos en Key West, que jamás fue ni hubiera sido, por la nobleza en el cubano natural, como los linchamientos bárbaros del Sur y los continuos asesinatos de las caretas-blancas del Noroeste, no puede un pueblo de ley, un pueblo de hombres sensatos y honrados, un pueblo de hombres justos y amigos, presumir, contra la verdad y las apariencias, que la ley va a ser violada en un caso posterior, y castigar de antemano, con lujo de rabia en toda una ciudad, y con venganza inicua contra los que sólo bien le han hecho, un delito que nadie ha cometido. Las relaciones de amistad de tantos años ¿no imponían entre cubanos y norteamericanos la averiguación siquiera de la conspiración imbécil que unos cuantos bandidos de la lengua imputaron, sin razón, a los cubanos? La causa moralmente respetable del desagrado con que los cubanos vean la ciudad que han poblado, y en que hoy viven sin empleo, ocupada por los obreros que los despojan en su propio país ¿no merece el afecto, y generosa cortesía, de los norteamericanos justicieros, en vez de su frenética enemistad? ¿Qué mano misteriosa andaba allí, qué norteamericano bribón recibió allí paga del gobierno de España para azuzar el interés y abusar del republicanismo de sus compatriotas, qué venganza de candidato frustrado o corazón bajo y rencoroso encendió allí las preocupaciones injustas de los del Norte contra los de Cuba, que la obra de veinticinco años se olvidó en una hora, y la ciudad que nos debe su comercio, su industria, su renombre,

el amor entrañable que le tuvimos, se alza, sin preguntar, contra nosotros, y organiza, con alarde de terror, una resistencia fuera de toda relación con el rumor vago que parecía fundarla? ¿Quién la preparó, que estaba tan bien preparada? ¿De cuánto tiempo venía, que resultó toda hecha? ¿Quién la pagó, que estuvo tan bien servido? ¿Por qué los hombres buenos cedieron, por ignorancia o por pasión, o por erróneo concepto de su interés, a una liga patente de intereses privados, –de demagogos que viven de agitar las preocupaciones públicas,– de pedantes incapaces de comprender al pueblo virtuoso que desdeñan, y en una hora de revuelta sacian la ira, por años contenida, de haber necesitado de él, de haber vivido de su favor y de sus votos? ¿O es el pueblo norteamericano incapaz de justicia, del respeto que a la virtud se debe y de la gratitud a que obliga la amistad? ¿Será así, feroz y desagradecido, todo el pueblo norteamericano? ¿Será que en el alma de la rasa hay tal ira contra el criollo español, una idea tan falsa sobre su capacidad moral y política, que los hombres más ruines de la raza del Norte osan desdeñar las virtudes más meritorias en el cubano, porque las ha mantenido en la miseria y la esclavitud? ¿No habrá hombres honrados allí, que se avergüencen de lo que han ayudado a hacer, y se revuelvan contra los que, con un engaño inicuo, los obligaron a violar las leyes de su país, de las naciones y de la humanidad? ¿Derecho? ¿Derecho alguno de parte de los norteamericanos para actos semejantes, para la junta de acusación en la plaza pública, para la imperdonable protesta, para ir a tratar sin permiso de su país con una monarquía andrajera y despótica, para pedir a un gobierno extranjero milicia con que injuriar y provocar a sus conciudadanos, para traer más obreros de afuera, contra la ley del

país y la generosidad natural del hombre, a un pueblo donde están sin empleo centenares de obreros, –los obreros de los veinticinco años, los que han fabricado el pueblo? Porque se dijo que había una conspiración de diez y nueve cubanos contra los españoles que llegasen se hizo todo esto; –y cuando las personas de más respeto de la ciudad, héroes de casa antigua en la revolución de Cuba, apóstoles justamente venerados de los derechos populares, alcaldes hasta hace poco tiempo de ciudades cubanas, pidieron en nombre de su pueblo las pruebas de la conspiración, y se ofrecieron a castigarla, nadie presentó prueba, nadie pudo responder; –y cuando el abogado pidió al tribunal la libertad de los dos cubanos presos, sin las garantías de la ley, como cabezas de la conspiración –el abogado solo, en aquella ciudad enemiga y aterrorizada –el tribunal dio libres a los dos hombres al instante, porque no había acusación alguna contra ellos. ¿A qué, tiranía de España, te abandonamos, si hemos de encontrar en una república americana todos tus horrores? ¿Por qué tuvimos amor y confianza en esta tierra inhumana y desagradecida? No hay más patria, cubanos, que aquella que se conquista con el propio esfuerzo. Es de sangre la mar extranjera. Nadie ama ni perdona, sino nuestro país. El único suelo firme en el universo es el suelo en que se nació. O valientes, o errantes. O nos esforzamos de una vez, o vagaremos echados por el mundo, de un pueblo en otro. Aquellos que amamos, aquellos, con rabia de perro, nos morderán el corazón... Cubanos, no hay hombre sin patria, ni patria sin libertad. Esta injuria nos ha hecho más fuertes, nos ha unido más, nos ha enseñado más que el libro y el diploma y la chaveta, que todos tenemos un alma misma; que España es el enemigo único, que en Cuba nos acorrala y nos corrompe, y fuera de

Cuba nos persigue, por dondequiera que hay un hombre con honor, o una mesa con pan; que no tenemos más amistad ni ayuda que nosotros mismos. ¡Otra vez, cubanos, con la casa a la espalda, con los muertos abandonados, andando sobre la mar! Cubanos, ¡a Cuba!

En los talleres

Patria, 7 de mayo de 1892

Taller es la vida entera. Taller es cada hombre. Taller es la patria. Los hombres a medias vuelven la espalda a los hombres enteros: les alzan la cola cuando los necesitan, y les besan el bolsillo, y les piden la compañía, y les adulan los mismos pecados; pero fabrican el mundo, con su odio de bastidores y sus cucharadas de polvos de arroz de modo que el trono, y el pavo, sea de los hombres a medias. Los hombres enteros, los cubanos creadores, los cubanos fundadores suben, orgullosos, las escaleras de los talleres, –como acaban de subir las de los talleres del Cayo nuestros dos grandes músicos, Albertini y Cervantes. ¡Ni se escapó jamás del teclado soberano del uno, ni del violín impecable del otro, armonía semejante a la que en aquella visita de los hombres del trabajo de salón a los hombres del trabajo de la fábrica ascendió, como un himno de anuncio, como una promesa de paz, como una proclama de concordia del silencio satisfecho de aquellos corazones! Por una víbora que a Cuba le nazca ¡cuánta águila hermosa!

¿Temible el cubano, disociador el cubano, disgregador el cubano, fratricida el cubano, parcial y sectario el cubano, y criatura de rincón, como en las naciones donde la servidumbre rural y las

castas de cincuenta siglos han puesto a los hombres en diferencias innecesarias y artificiales en Europa, o diversas y menos graves en América? ¿ruin celoso el cubano, que no se halla sin la cultura, que desdeña por naturaleza todo lo desgarbado e inculto, ruin celoso de la cultura que él mismo anhela y codicia? ¿marcado el cubano, por estar empleado hoy en un oficio como puede mañana estar empleado en otro, con una marca de clase especial, con una marca que lo acorrale y separe de los demás hijos de su pueblo, con una marca en que se reconoce, por un momento siquiera, inferior en la realidad a los demás hombres? ¡Reconocerlo es serlo! Los hombres no son rosillos, ni bayos, ni alazanes, ni moros. Son esta cosa sublime: ¡hombres! ¿Desconfiado, el cubano que vuelve la hoja generosa del tabaco, del cubano que vuelve la hoja fundadora del libro, del cubano que vuelve la hoja elegante de la música? El cubano ama la gloria, porque es capaz de ella: ama a los que pasean por el mundo la gloria de su patria. “El arte, decía ayer un gran orador, es una necesidad comercial, más que un lujo del espíritu. El arte libre, el arte en todo y a todas horas, es tan necesario a los pueblos como el aire libre. Pueblo sin arte, sin mucho arte, es pueblo segundón. Los grandes educadores, y los grandes gobiernos, han hecho siempre obligatoria la enseñanza del arte. Hay que recortar los dientes, y que alimentar las alas”. ¡De pie recibieron los tabaqueros cubanos del Cayo a los dos músicos cubanos! “Fue como una ola –dice el buen *Yara*– como una ola que iba a deshacerse complacida en el pedestal de aquellos dos grandes “*virtuosos* del arte”.

Habló Manuel Deulofeu, lleno de fuego criollo, con su alma rica de bondad. Habló Francisco María González, clarín del entusiasmo

y la belleza, y hermoso corazón cubano. Albertini, que brega con sus notas tantas horas al día, saludó por una voz amiga a aquellos hijos de su pueblo, clavados a su trabajo durante tantas horas.

Después Ignacio Cervantes escaló la tribuna. Su voz, tan baja como esas notas imposibles que arranca su mano triunfante al monstruo de las octavas, dijo con una sencillez verdaderamente arrebatadora: "Sólo he tenido dos orgullos en mi vida: el primero, haber nacido en Cuba, y el segundo, haber obtenido el Primer Premio en el Conservatorio de París para poder ofrecérselo como tributo de amor a mi patria querida, y de hoy más el tercero, por esta visita al taller donde se me acoge de este modo por mis amados compatriotas, los honrados obreros que aquí se encuentran".

¡Una es, pues, el alma cubana que ha de florecer en la isla feliz, cuando del último tajo, que ya tarda, la saquemos de entre sus ligaduras! ¡Uno es, pues, el espíritu evangélico que en la hora de la creación funde a los hombres, a los de la isla y a los de fuera de la isla, en el mismo abrazo de fraternidad! ¡Uno es, pues, en los que pisan el mármol y los que pisan el tablado, aquel espíritu de redención, y de orgullo común, que al morir en la campana y en el cadalso y en el destierro se exhaló, a inspirarnos y a vigilarnos, de la carne mortal de nuestros padres! El arte es trabajo. Trabajo es arte. Los trabajadores, se aman. Nuestro pueblo no es pueblo de hombres que quieren derribar la grandeza; sino de hombres que quieren alzarse. No peligra, no tiene que temer, un pueblo que junta conmovido, que junta espontáneo, sus diversos oficios, allí donde los pueblos se elaboran y se continúan; allí donde los pueblos se maduran y se aseguran; allí donde los pueblos aprenden el hábito y los métodos de crear: –¡en los talleres!

Un cubano en New Orleans

Patria, 8 de mayo de 1893

Por la mañana llegó, y a la tarde ya le había dicho adiós. Para otros el descanso, el ver las calles holgadas, con sus balcones de hierro, el gozar, sentado bajo el pórtico blanco, de la conversación criolla; para un cubano de veras, que lleva el pecho atormentado de la esperanza y del horror, que oye de la almohada y del mantel la voz de su tierra presa y desvalida, que va juntando virtudes y descabezando traiciones, el reposo es andar, con la espuela al riñón, hasta que su tierra sea libre. Que se dobla la rodilla en el camino, y rueda por el polvo, y parece que ya no vuelve a levantar: ¡bueno, con tal de que la tierra sea libre! Que, como al caballo en la plaza, se le caen las entrañas por el redondel, y expira, frente a la fiera, en la sangre de sus entrañas: ¡bueno, con tal de que la tierra sea libre! Que le escupan el honor, que le nieguen a sabiendas la virtud, que fulleros y pillos, desde el goce de su infamia, se burlen de su sacrificio: ¡bueno, con tal de que la tierra sea libre! Al vuelo, de un trabajo a otro, ve el viajero, desde el tranvía destartalado que hala una alegre mula las casas y monumentos, los kioskos y las estatuas columnatas y las magnolias, los colgadizos y los tenduchos; y a poco se preguntan, con justo asombro, cómo puede, quien quiera ver, imaginar que Cuba viniese a ser jamás norteamericana. Aquí está New Orleans, cordial y francesa: libre en sus leyes, loca de un gran río, emporio de riqueza, metrópoli de un estado soberano en la Unión, y, después de tres cuartos de siglo, la ciudad vive en rebeldía sorda y perenne. Los viejos celebran en

un coro de hotel, con el retrato de Jefferson Davis en la insignia de la solapa, el artículo del *Times Democrat* donde se echa en cara su prosperidad inmortal, y su progreso de cascarón "a ese Norte insolente": los hijos "no son americanos, son criollos": las madres, pálidas, y como cautivas, enseñan el francés a sus criaturas: los pocos yanquis como en tierra hostil, pasan de prisa por entre los corrillos burlones: la ciudad, aún en pleno sol, tiene como un capuz que la oscurece: –¡y es que lleva presa el alma! –Nadie una dos pueblos diversos.

Apenas, como puntos, recuerda el viajero, que pasó por New Orleans sin verla, una impresión a otra: la aduana, grande y gris; la calle del Canal, de tiendas grandes y animadas; un café de la calle Real, con orquestra a las ocho de la mañana; el hotel de San Carlos, con los huéspedes como perdidos en el salón de *lunch*, y una india de venta, para nuestra de cigarrería, y un organillo con su teatro de monos. En la calle, sin tropezar, va y viene la gente. Una estatua, es de Lee. El *Picayune* cabe en un cuarto. Esa casa y la de al lado, blancas y de columnas, son como templos griegos. Un tiro de diez mulas, con cadenas por bandas, arrastra un corte de mármol. Las mulas del expreso llevan el arnés punteado de bronce. Por las alcantarillas, al borde de los palacios, corre el agua fétida. La biblioteca libre es de piedras rojas, acuchilladas como las de Florencia. Una madre, vestida de luto, le llena a su hijo las manos de jazmines. De vuelta al tren, va hallando el viajero nombres que le sorprenden. ¿Y ese del Nodal, con su oficina rica, en esta esquina de privilegio?: ése es el hijo de un cubano. ¿Y esa lujosa cigarrería, en las dos calles mejores de la ciudad?: ésa es de Díaz González: ahí está Echezábal. ¿Y ese otro, que dice *Infante*: padre e hijo son de Cuba y tienen buen

comercio. ¿Y Lamar Quintero, el abogado y militar y periodista, y hombre de salones, no es el hijo de nuestro poeta fiel y original, no es el redactor del *Picayune*? Se entra en la casa masónica, llena de suntuosos estudios, y brillan juntos dos nombres de cubanos: el de Bornó y el de Havá, los dos médicos jóvenes. Havá, el padre venerado, talento vario y original, y cubano de fama justa, padece ahora, y sus amigos le rodean. Esa casa cómoda es de Anastasio Montes Allá van Frayle, Santa Cruz y Montaos, tres que han jurado volver a Cuba con la Libertad.

Pero una casita de paredes blancas, con las cortinas pulcras, recogidas por lazos punzó, es tal vez el recuerdo más grato del viajero. Las hijas, hijas de héroe, están en el trabajo. Otra, de ojos de virgen, sirve el vino hospitalario. La hermana poetisa que vive de enseñar, habla enamorada de nuestros trabajos y de nuestro valer, de la emigración honrosa de Cuba, del rincón azul donde se cría el genio. La madre, joven en la ancianidad, bella de patria y honradez, bella aún del rostro, como quien no se arrepiente del sacrificio útil, recuerda "las casas del monte, en que gozó mil veces más que en la casa rica de la ciudad"; cree imposible "¡imposible!" que los hijos, que las hijas, que las esposas que perdieron al padre del hogar en la pelea por Cuba, no le honran la idea y el sepulcro, pensando en vida por lo que murió su padre; y "yo, pobre viuda como soy, si otra vez volviera a verme con mi marido, como me vi, otra vez volvería a creer que su obligación era morir por su país". –Así hablaba la señora Julia Miranda de Morales, rodeada de las hijas, felices y cultas, que crió con la virtud de su viudez en el destierro.

Por algunos hombres, nulos y desvalidos, se puede perder la fe en Cuba: por esas mujeres, se recobra la fe en la patria.

Cayetano Soria

Patria, 28 de mayo de 1892

Era un rico benévolo; era un obrero que no se envaneció con la riqueza; era un cubano que no veía en la riqueza el pasaporte para la indiferencia o el egoísmo: era un compañero de todos los que padecían; un hombre bueno era Cayetano Soria. Quien nada le pidió, quien rechazó lo que le ofrecía, tiene derecho a elogiarlo. Tiene el deber de elogiarlo quien fue un día recibido por él, en la casa levantada por su labor, con la franqueza de su mano, y la mirada triste e inquieta de sus ojos azules. Amable debió ser en vida aquel a quien sigue descubierto a la tumba un pueblo entero. Así se alzan los pueblos; no apedreándose las casas de acera a acera, ni recortándose los méritos como cortesanas envidiosas, sino reconociendo el mérito a pleno corazón, convidando a la virtud por el estímulo del respeto con que se la premia, juntándose los hombres en una casa sola, para venerar y amar, como los cubanos del Cayo, para decir adiós a Soria, se juntaron en el Liceo San Carlos. Juntarse: ésta es la palabra del mundo.

Como se apartan los ojos de las villanías, para que la piedad del silencio ayude a hacerlas menos feas y aborrecibles, así se ha de volver los ojos a los espectáculos de la virtud, para que se mantenga o reviva la esperanza en el alma de los hombres. El que, de pie entre sus trabajadores, más los amaba que los oprimía, y devolvió al pobre mucho de lo que ganó con la ayuda de él; el que anhelaba ganar más para tener más que dar a la patria de su corazón; el que aborrecía como a enemigos de la humanidad, y como a ladrones, a los ricos

sórdidos, que de las vilezas de su patria sacaron tal vez la fortuna que arrinconan, y se niegan a purificarla y redimirse ayudando al triunfo de la justicia en su patria; el que creyó que la posesión de mayor caudal no daba a un hombre el derecho de negarse a aumentar la felicidad de sus semejantes, y las condiciones públicas de su felicidad, sino que más es el deber de aumentarlas mientras más es el caudal; el que sostuvo con su predicación y con su ejemplo que la limosna privada, con ser santa, lo es menos que la limosna que se da al país esclavo y vilipendiado, que es la semilla de los limosneros; el que en los últimos días de su vida, en un sillón de *Patria* padecía vehementemente del temor de que se creyese que no amó en vida bastante a su país –cayó, joven aún, en los hombros de sus conciudadanos. No le han cantado una misa comprada, cuyos cirios encendiera, riendo o bostezando, el sacristán indiferente. No le han seguido al cementerio por el bien parecer o la obligación de la familia, unos cuantos carruajes perezosos. Las mujeres le tejieron coronas al obrero que no dejó de serlo en la prosperidad; niñas y niños fueron a pie hasta la sepultura del que en el sigilo de la bondad verdadera, repartió mucho pan y secó muchas lágrimas; las asociaciones a que ayudó, y por donde la patria empieza a vivir y se ejercita, cubrieron con sus estandartes el cadáver de quien anheló ver a los hombres asociados, y no les pidió nunca el pago de la lisonja a cambio de sus beneficios: los que le vieron vivir, acudían a declarar, ante el sol, que había vivido bien: y lo acompañó a la tumba un pueblo entero. ¡Allá, en el frío de la sepultura, debe arropar al muerto el cariño de las manos que vinieron a dejarlo en la tierra!: y cuando no se ha merecido, por la generosidad en la riqueza o por la honradez en la pobreza, el amor de los hombres, el muerto debe sentir mucho el frío!

Cuba, que está ahora otra vez en la vela de armas, limpiando el acero, limpiándose el corazón, puede levantar su fe, para los días creadores que la esperan, con el ejemplo de este humilde Cayetano Soria, que de la pobreza inculta se levantó, por su poder de orden y su tesón, a la riqueza sin arrogancia, y empleó gran parte de ella, mucha parte de ella, en contribuir a la libertad de su patria y al bienestar y adelanto de sus hijos. Cuba en los días de ingratitud y batalla íntima en que se sanea y asegura la libertad, recordará con orgullo, y como una deuda más a Cayo Hueso, el espectáculo hermoso del entierro de Cayetano Soria. En la casa del pueblo, en el Liceo San Carlos –¡y ha de ser mañana, en la libertad, que cada rincón de Cuba tenga, como el Cayo, para honor de él y garantía de la república, su casa del pueblo!– se reunieron, a la sombra de los lutos del salón, los cubanos agradecidos; por sobre las coronas del féretro se veían las de la hija de un héroe de la guerra, y otro héroe del destierro; en silencio, detrás de sus banderas, blancas y azules y orladas de mansa plata reluciente, iban las asociaciones cubanas, la de socorros mutuos de "La Fe", la de nuestros bomberos, aún invictos, las de la patria, "Patria y Libertad", "José Francisco Lamadriz", la logia del que empezó a emancipar nuestro pensamiento, de "Félix Varela", y las escuelas de San Carlos. Y cubanos que trabajan en el comercio. Y cubanos que trabajan en los oficios. Y las músicas fúnebres. Caía la tarde cuando se elevaban en ella, al borde de la fosa de Cayetano Soria, la oración conmovida del sacerdote cubano Deulofeu, el elogio valioso de su colaborador indomable en la patria, José Dolores Poyo, el tributo franco de Antonio Díaz Carrazo, orador de "La Fe", y la palabra hermana y calurosa, la palabra de la amistad y de la república, del venerable de la logia

"Félix Varela", de Fernando Figueredo. ¡Así muere, con un pueblo enjugándole el último sudor, quien ha sido útil al mundo!

Desgracia de un amigo

Patria, 21 de noviembre de 1893

Pocos días hace, al subir a saludar en sus mesas de fatiga a los trabajadores y compañeros de Marcos Morales, el cubano enérgico de Filadelfia llevó a *Patria*, siempre orgullosa del mérito y esfuerzo de sus paisanos, por largo y hondo almacén donde, en pilas que llegaban al techo, había toda una riqueza en tercios de tabaco: y Marcos Morales acariciaba un tercio, y recordaba sus días de novicio, cuando vino de Cuba de guajiro joven, y empezó a vencer la lengua y enemistad de la tierra extraña: "De lo que gane en esto, decía, la mitad es para la patria". Hoy nada queda de aquella casa de trabajo, nada más que el corazón de Marcos Morales: "El miércoles, a las cinco de la mañana, me he quedado casi en la calle, pero puede usted estar seguro de que me queda la cabeza para pensar, los brazos para trabajar, y el corazón para Cuba. Es mucho lo que he perdido, pero eso se ganará otra vez". De veras es de apenar esta desgracia, pasajera de seguro, del buen hijo de Cuba. Él vive en acomodo, y se ve como hermano obligado de los que tienen menos que él. No hay trabajo para muchos, y él lo inventa, a fin de que los más pobres remedien su necesidad. Ha pasado por la zarza encendida del mundo; y compadece las debilidades de los hombres, y los ayuda a salvarse de ellas. A Cuba la sirve en todos los momentos, por la propaganda y el oficio callado, por las simpatías que entre la buena

gente del norte le levanta, y más que todo, por el calor de hombre, y mano de amigo con que trata a las gentes de su país. Ayude a Marcos Morales en su pena la justa simpatía de sus conciudadanos.

Capítulo VIII

El PRC en la guerra

Manifiesto de Montecristi

El Partido Revolucionario Cubano
A Cuba

La revolución de independencia, iniciada en Yara después de la preparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo período de guerra, en virtud del orden y acuerdos del Partido Revolucionario en el extranjero y en la Isla, y de la ejemplar congregación en él de todos los elementos consagrados al saneamiento y emancipación del país, para bien de América y del mundo; y los representantes electos de la revolución que hoy se confirma, reconocen y acatan su deber, –sin usurpar el acento y las declaraciones sólo propias de la majestad de la república constituida,– de repetir ante la patria que no se ha de ensangrentar sin razón, ni sin justa esperanza de triunfo los propósitos precisos, hijos del juicio y ajenos a la venganza, con que se ha compuesto, y llegará a su victoria racional, la guerra inextinguible que hoy lleva a los combates,

en conmovedora y prudente democracia, los elementos todos de la sociedad de Cuba.

La guerra no es, en el concepto sereno de los que aún hoy la representan, y de la revolución publica y responsable que los eligió el insano triunfo de un partido cubano sobre otro, o la humillación siquiera de un grupo equivocado de cubanos; sino la demostración solemne de la voluntad de un país harto probado en la guerra anterior para lanzarse a la ligera en un conflicto sólo terminable por la victoria o el sepulcro, sin causas bastante profundas para sobreponerse a las cobardías humanas y a sus varios disfraces, y sin determinación tan respetable –por ir firmada por la muerte– que debe imponer silencio a aquellos cubanos menos venturosos que no se sienten poseídos de igual fe en las capacidades de su pueblo ni de valor igual con que emanciparlo de su servidumbre.

La guerra no es la tentativa caprichosa de una independencia más temible que útil, que sólo tendrían derecho a demorar o condenar los que mostrasen la virtud y el propósito de conducirla a otra más viable y segura, y que no debe en verdad apetecer un pueblo que no la pueda sustentar; sino el producto disciplinado de la resolución de hombres enteros que en el reposo de la experiencia se han decidido a encarar otra vez los peligros que conocen, y de la congregación cordial de los cubanos de más diverso origen, convencidos de que en la conquista de la libertad se adquieren mejor que en el abyecto abatimiento las virtudes necesarias para mantenerla.

La guerra no es contra el español, que, en el seguro de sus hijos y en el acatamiento a la patria que se ganen podrá gozar respetado, y aun amado, de la libertad que sólo arrollará a los que le salgan, imprevisores, al camino. Ni del desorden, ajeno a la mo-

deración probada del espíritu de Cuba, será cuna la guerra; ni de la tiranía. –Los que la fomentaron, y pueden aún llevar su voz, declaran en nombre de ella ante la patria su limpieza de todo odio, –su indulgencia fraternal para con los cubanos tímidos o equivocados, su radical respeto al decoro del hombre, nervio del combate y cimiento de la república, –su certidumbre de la aptitud de la guerra para ordenarse de modo que contenga la redención que la inspira, la relación en que un pueblo debe vivir con los demás, y la realidad que la guerra es –y su terminante voluntad de respetar, y hacer que se respete, al español neutral y honrado, en la guerra y después de ella, y de ser piadosa con el arrepentimiento, e inflexible sólo con el vicio, el crimen y la inhumanidad. –En la guerra que se ha reanudado en Cuba no ve la revolución las causas del júbilo que pudiera embargar al heroísmo irreflexivo, sino las responsabilidades que deben preocupar a los fundadores de pueblos.

Éntre Cuba en la guerra con la plena seguridad, inaceptable sólo a los cubanos sedentarios y parciales, de la competencia de sus hijos para obtener el triunfo, por la energía de la revolución pensadora y magnánima, y de la capacidad de los cubanos, cultivada en diez años primeros de fusión sublime, y en las prácticas modernas del gobierno y el trabajo para salvar la patria desde su raíz de los desacomodos y tanteos, necesarios al principio del siglo, sin comunicaciones y sin preparación en las repúblicas feudales o teóricas de Hispano-América. Punible ignorancia o alevosía fuera desconocer las causas a menudo gloriosas y ya generalmente redimidas, de los trastornos americanos, venidos del error de ajustar a moldes extranjeros; de dogma incierto o mera relación a su lugar de origen, la realidad ingenua de los países que conocían sólo de

las libertades el ansia que las conquista, y la soberanía que se gana por pelear por ellas. La concentración de la cultura meramente literaria en las capitales; el erróneo apego de las repúblicas a las costumbres señoriales de la colonia; la creación de caudillos rivales consiguiente al trato receloso e imperfecto de las comarcas apartadas; la condición rudimentaria de la única industria, agrícola o ganadera; y el abandono y desdén de la fecunda raza indígena en las disputas de credo o localidad que esas causas de los trastornos en los pueblos de América mantenían, –no son, de ningún modo, los problemas de la sociedad cubana. Cuba vuelve a la guerra con un pueblo democrático y culto, conocedor celoso de su derecho y del ajeno; o de cultura mucho mayor, en lo más humilde de él, que las masas llaneras o indias con que, a la voz de los héroes primados de la emancipación, se mudaron de hatos en naciones las silenciosas colonias de América; y en el crucero del mundo, al servicio de la guerra, y a la fundación de la nacionalidad le vienen a Cuba, del trabajo creador y conservador en los pueblos más hábiles del orbe, y del propio esfuerzo en la persecución y miseria del país, los hijos lúcidos, magnates o siervos, que de la época primera de acomodo, ya vencida, entre los componentes heterogéneos de la nación cubana, salieron a preparar, o –en la misma Isla continuaron preparando, con su propio perfeccionamiento, el de la nacionalidad a que concurren hoy con la firmeza de sus personas laboriosas, y el seguro de su educación republicana. El civismo de sus guerreros; el cultivo y benignidad de sus artesanos; el empleo real y moderno de un número vasto de sus inteligencias y riquezas; la peculiar moderación del campesino sazonado en el destierro y en la guerra; el trato íntimo y diario, y rápida e inevitable unifica-

ción de las diversas secciones del país; la admiración recíproca de las virtudes iguales entre los cubanos que de las diferencias de la esclavitud pasaron a la hermandad del sacrificio; y la benevolencia y aptitud crecientes del liberto, superiores a los raros ejemplos de su desvío o encono, –aseguran a Cuba, sin ilícita ilusión, un porvenir en que las condiciones de asiento, y del trabajo inmediato de un pueblo feraz en la república justa, excederán a las de disociación y parcialidad provenientes de la pereza o arrogancia que la guerra a veces cría, del rencor ofensivo de una minoría de amos caída de sus privilegios; de la censurable premura con que una minoría aún invisible de libertos descontentos pudiera aspirar, con violación funesta del albedrío y naturaleza humanos, al respeto social que sola y seguramente ha de venirles de la igualdad probada en las virtudes y talentos; y de la súbita desposesión en gran parte de los pobladores letrados de las ciudades, de la suntuosidad o abundancia relativa que hoy les viene de las gabelas inmorales y fáciles de la colonia, y de los oficios que habrán de desaparecer con la libertad. –Un pueblo libre, en el trabajo abierto a todos, enclavado a las bocas del universo rico e industrial, sustituirá sin obstáculo, y con ventaja, después de una guerra inspirada en la más pura abnegación, y mantenida conforme a ella, al pueblo avergonzado donde el bienestar sólo se obtiene a cambio de la complicidad expresa o tácita con la tiranía de los extranjeros menesterosos que los desangran y corrompen. No dudan de Cuba, ni de sus aptitudes para obtener y gobernar su independencia, los que en el heroísmo de la muerte y en el de la fundación callada de la patria, ven resplandecer de continuo, en grandes y en pequeños, las dotes de concordia y sensatez sólo inadvertibles para los que, fuera del alma real de

su país, lo juzgan, en el arrogante concepto de sí propios, sin más poder de rebeldía y creación que el que asoma tímidamente en la servidumbre de sus quehaceres coloniales.

De otro temor quisiera acaso valerse hoy, so pretexto de prudencia, la cobardía: el temor insensato; y jamás en Cuba justificado, a la raza negra. La revolución, con su carga de mártires, y de guerreros subordinados y generosos, desmiente indignada, como desmiente la larga prueba de la emigración y de la tregua en la isla, la tacha de amenaza de la raza negra con que se quisiese inicuamente levantar, por los beneficiarios del régimen de España, el miedo a la revolución. Cubanos hay ya en Cuba de uno y otro color, olvidados para siempre –con la guerra emancipadora y el trabajo donde unidos se gradúan –del odio en que los pudo dividir la esclavitud. La novedad y aspereza de las relaciones sociales, consiguientes a la mudanza súbita del hombre ajeno en propio, son menores que la sincera estimación del cubano blanco por el alma igual, la afanosa cultura, el fervor de hombre libre, y el amable carácter de su compatriota negro. Y si a la raza le naciesen demagogos inmundos, o almas ávidas cuya impaciencia propia azuzase la de su color, o en quienes se convirtiera en injusticia con los demás la piedad por los suyos, –con su agradecimiento y su cordura, y su amor a la patria, con su convicción de la necesidad de desautorizar por la prueba patente de la inteligencia y la virtud del cubano negro la opinión que aún reine de su incapacidad para ellas, y con la posesión de todo lo real del derecho humano, y el consuelo y la fuerza de la estimación cuanto en los cubanos blancos hay de justo y generoso, la misma raza extirparía en Cuba el peligro negro, sin que tuviera que alzarse a él una sola mano blanca. La revolución

lo sabe, y lo proclama: la emigración lo proclama también. Allí no tiene el cubano negro escuelas de ira, como no tuvo en la guerra una sola culpa de ensoberbecimiento indebido o de insubordinación. En sus hombros anduvo segura la república a que no atentó jamás. Sólo los que odian al negro ven en el negro odio; y los que con semejante miedo injusto traficasen, para sujetar, con apetecible oficio, las manos que pudieran erguirse a expulsar de la tierra cubana al ocupante corruptor.

En los habitantes españoles de Cuba, en vez de la deshonrosa ira de la primera guerra, espera hallar la revolución, que ni lisonjea ni teme, tan afectuosa neutralidad o tan veraz ayuda, que por ellas vendrán a ser la guerra más breve, sus desastres menores, y más fácil y amiga la paz en que han de vivir juntos padres e hijos. Los cubanos empezamos la guerra, y los cubanos y los españoles la terminaremos. No nos maltraten, y no se les maltratará. Respeten, y se les respetará. Al acero responda el acero, y la amistad a la amistad. En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al español a quien la crueldad del ejercicio forzoso arrancó de su casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombre la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que no han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia: y vicios políticos de la tierra propia. Este es el corazón de Cuba, y así será la guerra. ¿Qué enemigos españoles tendrá verdaderamente la revolución? ¿Será el ejército, republicano en mucha parte, que ha aprendido a respetar nuestro valor, como nosotros respetamos el suyo, y más sienten impulsos a veces de unírsenos que de combatirnos?

¿Serán los quintos, educados ya en las ideas de humanidad, contrarias a derramar sangre de sus semejantes en provecho de un cetro inútil o una patria codiciosa, los quintos segados en la flor de su juventud para venir a defender, contra un pueblo que los acogería alegre como ciudadanos libres, un trono mal sujeto, sobre la nación vendida por sus guías, con la complicidad de sus privilegios y sus logros? ¿Será la masa, hoy humana y culta, de artesanos y dependientes, a quienes, so pretexto de patria, arrastró ayer a la ferocidad y al crimen el interés de los españoles acaudalados que hoy, con lo más de sus fortunas salvas en España, muestran menos celo que aquel con que ensangrentaron la tierra de su riqueza cuando los sorprendió en ella la guerra con toda su fortuna? ¿O serán los fundadores de familias y de industrias cubanas, fatigados ya del fraude de España y de su desgobierno, y como el cubano vejados y oprimidos, los que, ingratos e imprudentes, sin miramiento por la paz de sus casas y la conservación de una riqueza que el régimen de España amenaza más que la revolución, se revuelvan contra la tierra que de tristes rústicos los ha hecho esposos felices, y dueños de una prole capaz de morir sin odio por asegurar al padre sangriento un suelo libre al fin de la discordia permanente entre el criollo y el peninsular; donde la honrada fortuna pueda mantenerse sin cohecho y desarrollarse sin zozobra, y el hijo no vea entre el beso de sus labios y la mano de su padre la sombra aborrecida del opresor? ¿Qué suerte elegirán los españoles: la guerra sin tregua, confesa o disimulada, que amenaza y perturba las relaciones siempre inquietas y violentas del país, o la paz definitiva, que jamás se conseguirá en Cuba sino con la independencia? ¿Enconarán y ensangrentarán los españoles arraigados en Cuba la guerra en que puedan quedar vencidos? ¿Ni con qué derecho

nos odiarán los españoles, si los cubanos no los odiamos? La revolución emplea sin miedo esta lenguaje, porque el decreto de emancipar de una vez a Cuba da la ineptitud y corrupción irremediables del gobierno de España, y abrirla franca para todos los hombres al mundo nuevo, es tan terminante como la voluntad de mirar como a cubanos, sin tibio corazón ni amargas memorias, a los españoles que por su pasión de libertad ayuden a conquistarla en Cuba, y a los que con su respeto a la guerra de hoy rescaten la sangre que en la de ayer manó a sus golpes del pecho de sus hijos.

En las formas que se dé la revolución, conocedora de su desinterés, no hallará sin duda pretexto de reproche la vigilante cobardía, que, en los errores formales del país naciente, o en su poca suma visible de república pudiese procurar razón con que negarle la sangre que le adeuda. No tendrá el patriotismo puro causa de temor por la dignidad y suerte futura de la patria. –La dificultad de las guerras de independencia en América, y la de sus primeras nacionalidades, ha estado, más que en la discordia de sus héroes y en la emulación y recelo inherentes al hombre, en la falta oportuna de forma que a la vez contenga el espíritu de redención que, con apoyo de ímpetus menores, promueve y nutre la guerra, –y las prácticas necesarias, a la guerra, y que ésta debe desembarazar y sostener. En la guerra inicial se ha de hallar el país maneras tales de gobierno que a un tiempo satisfagan la inteligencia madura y suspicaz de sus hijos cultos, y las condiciones requeridas para la ayuda y respeto de los demás pueblos, –y permitan –en vez de entrabar– el desarrollo pleno y término rápido de la guerra fatalmente necesaria a la felicidad pública. Desde sus raíces se ha de constituir la patria con formas viables, y de sí propia nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción

no la conduzca a las parcialidades o a la tiranía. –Sin atentar, con desordenado concepto de su deber, al uso de las facultades íntegras de constitución, con que se ordenen y acomoden, en su responsabilidad peculiar ante el mundo contemporáneo, liberal e impaciente, los elementos expertos y novicios, por igual movidos de ímpetu ejecutivo y pureza ideal que, con nobleza idéntica, y el título inexpugnable de su sangre, se lanzan tras el alma y guía de los primeros héroes, a abrir a la humanidad una república trabajadora; sólo es lícito al Partido Revolucionario Cubano declarar su fe en que la revolución ha de hallar formas que le aseguren, en la unidad y vigor indispensables a una guerra culta, el entusiasmo de los cubanos, la confianza de los españoles y la amistad del mundo. Conocer y fijar la realidad; componer en molde natural, la realidad de las ideas que producen o apagan los hechos, y la de los hechos que nacen de las ideas; ordenar la revolución del decoro, el sacrificio y la cultura que modo que no quede el decoro de un solo hombre lastimado, ni el sacrificio parezca inútil a un solo cubano, ni la revolución inferior a la cultura del país, no a la extranjeriza y desautorizada cultura que se enajena el respeto de los hombres viriles por la ineficacia de sus resultados y el contraste lastimoso entre la poquedad real y la arrogancia de sus estériles poseedores, sino al profundo conocimiento de la labor del hombre en el rescate y sostén de su dignidad: –ésos son los deberes, y los intentos, de la revolución. Ella se regirá de modo que la guerra pujante y capaz de pronto casa firme a la nueva república.

La guerra sana y vigorosa desde el nacer con que hoy reanuda Cuba, con todas las ventajas de su experiencia, y la victoria asegurada a las determinaciones finales, el esfuerzo excelso, jamás recordado sin unción, de sus inmarcesibles héroes, no es solo hoy el piadoso

anhelo de dar vida plena al pueblo que, bajo la inmoralidad y ocupación crecientes de un amo inepto, desmigaja o pierde su fuerza superior en la patria sofocada o en los destierros esparcidos. Ni es la guerra el insuficiente prurito de conquistar a Cuba con el sacrificio tentador, la independencia política, que sin derecho pediría a los cubanos su brazo si con ella no fuese la esperanza de crear una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres, y la paz del trabajo. La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo. Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América, y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo. ¡Apenas podría creerse que, con semejantes mártires, y tal porvenir, hubiera cubanos que atasen a Cuba a la monarquía podrida y aldeana de España, y a su miseria inerte y viciosa! –A la revolución cumplirá mañana el deber de explicar de nuevo al país y a las naciones las causas locales, y de idea e interés universal, con que para el adelanto y servicio de la humanidad reanuda el pueblo emancipador de Yara y de Guáimaro una guerra digna del respeto de sus enemigos y el apoyo de los pueblos, por su rígido concepto del derecho del hombre, y su aborrecimiento de la venganza estéril y la devastación inútil. Hoy, al proclamar desde el

umbral de la tierra veneranda el espíritu y doctrinas que produjeron y alientan la guerra entera y humanitaria en que se une aún más el pueblo de Cuba, invencible e indivisible, séanos licito invocar, como guía y ayuda de nuestro pueblo, a los magnánimos fundadores cuya labor renueva el país agradecido, –y al honor, que ha de impedir a los cubanos herir, de palabra o de obra, a los que mueren por ellos. –Y al declarar así en nombre de la patria, y deponer ante ella y ante su libre facultad de constitución, la obra idéntica de dos generaciones, suscriben juntos la declaración, por la responsabilidad común de su representación, y en muestra de la unidad y solidez de la revolución cubana, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano, creado para ordenar y auxiliar la guerra actual, y el General en Jefe electo en él por todos los miembros activos del Ejército Libertador.

Montecristi, 25 de marzo de 1895.

José Martí   Máximo Gómez

A Federico Henríquez y Carvajal

Montecristi, 25 de marzo, 1895

Sr. Federico Henríquez y Carvajal

Amigo y hermano:

Tales responsabilidades suelen caer sobre los hombres que no niegan su poca fuerza al mundo, y viven para aumentarle el albedrío

y decoro, que la expresión queda como velada e infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así yo ahora, al contestar, en el pórtico de un gran deber, su generosa carta. Con ella me hizo el bien supremo, y me dio la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber que nos las ve con fuego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entraña de nación, o de humanidad. Y queda, después de cambiar manos con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar después de ganar, en causa justa, una buena batalla. De la preocupación real de mi espíritu, porque Vd. me la adivina entera, no le hablo de propósito: escribo, conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria va a quedar, hoy mismo acaso, abandonado. Lo menos que, en agradecimiento de esa virtud puedo yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto deberes, es encarar la muerte, si nos espera en la tierra o en la mar, en compañía del que, por la obra de mis manos, y el respeto de la propia suya, y la pasión del alma común de nuestras tierras sale de su casa enamorada y feliz a pisar, con una mano de valientes la patria cuajada de enemigos. De vergüenza me iba muriendo –aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil por lo menos como afuera,– cuando creí que en tamaño riesgo pudiera llegar a convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo y de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida. Donde esté mi deber mayor, adentro o afuera, allí estaré yo. Acaso me sea dable u obligatorio, según hasta hoy parece, cumplir ambos. Acaso pueda contribuir a la necesidad primaria de dar a nuestra guerra renaciente forma a que lleve en germen visible, sin minuciosidades inútiles, todos los

principios indispensables al crédito de la revolución y a la seguridad de la república. La dificultad de nuestras guerras de independencia y la razón de lo lento e imperfecto de su eficacia, ha estado, más que en la falta de estimación mutua de sus fundadores y en la emulación inherente a la naturaleza humana, en la falta de forma que a la vez contuviese el espíritu de redención y decoro que, con suma activa de ímpetus de pureza menor, promueven y mantienen la guerra, –y las prácticas y personas de la guerra. La otra dificultad, de que nuestros pueblos amos y literarios no han salido aún, es la de combinar después de la emancipación, tales maneras de gobierno que, sin descontentar a la inteligencia primada del país, contengan –y permitan el desarrollo natural y ascendente– a los elementos más numerosos e incultos, a quienes un gobierno artificial, aun cuando fuera bello y generoso, llevara a la anarquía o a la tiranía. Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria, no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable, al sacrificio; hay que hacer viable, e inexpugnable, la guerra; si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome el alma, irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Quien piensa en sí, no ama a la patria; y está el mal de los pueblos, por más que a veces se lo disimulen sutilmente, en los estorbos o prisas que el interés de sus representantes ponen al curso natural de los sucesos. De mí espere la deposición absoluta y continua. Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya

dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. Vea lo que hacemos, Vd. con sus canas juveniles, –y yo, a rastras, con mi corazón roto.

De Santo Domingo ¿por qué le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿ Vd. no es cubano, y hay quien lo sea mejor que Vd.? ¿Y Gómez, no es cubano? ¿Y yo, qué soy, y quién me fija suelo? ¿No fue mía, y orgullo mío, el alma que me envolvió, y alrededor mío palpitó, a la voz de Vd., en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquello, y va con aquello. Yo obedezco y aun diré que acato como superior dispensación, y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.

Me arranco de Vd., y le dejo, con mi abrazo entrañable, el ruego de que en mi nombre, que sólo vale por ser hoy el de mi patria, agradezca, por hoy y para mañana, cuanta justicia y caridad reciba Cuba. A quien me la ama, le digo en un gran grito: hermano. Y no tengo más hermanos que los que me la aman.

Adiós, y a mis nobles e indulgentes amigos. Debo a Vd. un goce de altura y de limpieza, en lo áspero y feo de este universo humano. Levante bien la voz: que, si caigo, será también por la independencia de su patria.

Su

José Martí

Benjamín y Gonzalo

Cabo Haitiano, 10 de abril [1895]

Benjamín y Gonzalo:

El 1º de abril salimos para no volver. Volvemos a salir –si no llegáramos ahora, volveríamos a salir. Eso es lo que han de desear saber. Corrimos riesgo de encallar, de ser asediados en un islote sin salida, de ser clavados en él: nos salvamos del riesgo. Los detalles no son para el papel, que puede perderse, o indicar una ruta que debe quedar cubierta, aun después de usada. El cable, no he debido usarlo, porque por él, que está vigilado o vendido, se sabría nuestro camino, –el que se torció, y el de ahora,– que aún no se sabe. Llegar, ordenar, empujar, deshacer a habilidad enérgica y con encabezamiento respetable y amable, los pocos obstáculos que nos presenten los nuestros mismos –esa es la labor, y vamos. A mi alrededor, como van viendo, todo se encariña y unifica, y ese es alivio grande. Estos días han sido útiles, y me siento creído. No puede ser que pasen inútiles por el mundo la piedad incansable del corazón y la limpieza absoluta de la voluntad. Quiero, y veo con creciente ternura, el sacrificio pleno y sencillo que me acompaña. No quieran que hable. Me avergüenza, y no sé. Los llevo conmigo, les digo, me veo en Vds., se lo fio todo. Del mar les escribiré, les enviaré acaso una ayuda valiosa, –o decisiva para la empresa mayor– ayuda de hombre. Repetir, no es necesario. Del Manifiesto,[1] todo hace prever, por la

[1] Se refiere, desde luego, al ya citado *Manifiesto de Montecristi.*

malignidad autonomista y la benevolencia española, que es oportuno, y que será de influjo real. De prisa y bien repártanlo. Que en todas formas cunda en Cuba, no perdonen esfuerzo para esparcirlo en Cuba. De pensamiento es la guerra mayor que se nos hace: ganémosla a pensamiento. Por eso, Gonzalo y Benjamín, *Patria* ha de ser ahora un periódico especialmente alto y hermoso. Antes, pudimos descuidarlo, o levantarlo a braceadas: ahora no. Ha de ser continuo, sobre las mismas líneas, afirmando con majestad lo contrario de lo que se afirma de nosotros, mostrando –en el silencio inquebrantable sobre las personas– el poco influjo real que les concedemos. A lengua sinuosa nos están batiendo: cerrémosles el camino a mejor lengua, la hermosa –por ejemplo– del artículo sobre la proclama de Massó: Sólo ese número me ha llegado desde febrero. Y en él, una pequeñez que extirpar, con mano firme, y es el tono burlón o jocoso de los comentarios sobre la guerra. La guerra es grave, y nosotros, y se espera de nosotros gravedad. Fue unánime alrededor mío el deseo de que se mudase el tono leve y novicio de los comentarios. Nos quita peso. No necesitamos argüir. Decir no más, por el servicio del periódico, y la verdad corriente. Y siempre los mismos puntos principales: capacidad de Cuba para su buen gobierno, –razones de esta capacidad,– incapacidad de España para desenvolver en Cuba capacidades mayores, –decadencia fatal de Cuba, y alejamiento de sus destinos, bajo la continuación del dominio español, diferencias patentes entre las condiciones actuales de Cuba y las de las repúblicas americanas cuando la emancipación, –moderación y patriotismo del cubano negro, y certeza probada de su colaboración pacífica y útil, –afecto leal al español respetuoso –concepto claro y democrático de nuestra realidad política; y de la guerra culta con que se la ha de

asegurar. Eso cada día, y en formas varias y en el periódico todo. ¿Por qué no un artículo sobre cada uno de estos puntos? O un número donde estuvieran todos ellos tratados explícitamente. Esa es buena idea. Un número para eso, sobre esos temas, que Vds. escriban, como de la casa, o que escriban y firmen varios. Me llaman. Nos vamos ya. Un abrazo fuerte. El día está hermoso. Una a una recuerdo a las mujeres, y les beso la mano. Paseen juntos a Aurora y Benjamín. Vean por Carmita buena, y por sus hijas: ¿Y Rafael? ¿Y Calixto? ¿Y Serafín? ¡Cuánto, si llego, he de hablar de Vds., con aquellos hombres, y con aquellos árboles! Adiós.

Su

J. Martí

A Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra

[Cerca de Baracoa] 15 de abril [1895]

Gonzalo, Benjamín, hermanos queridos:

En Cuba libre les escribo, al romper el sol del 15 de abril, en una vega de los montes de Baracoa. Al fondo del rancho de yaguas, en una tabla de palma sobre cuatro horquetas, me he venido a escribir. Oigo hablar al General, a Paquito Borrero, a Ángel Guerra, a los cincuenta valientes de la guerrilla de Félix Ruenes que salió a nuestra custodia. Refrenaré mis emociones. Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado, y arrastrando la cadena de mi patria, toda mi vida. La divina claridad del alma aligera mi

cuerpo. Este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio.

Vds. anhelarán conocer los detalles de nuestra llegada, que hoy ya es tiempo de dar, como fue de callarlos mientras la tentativa estaba aún en riesgo y se la había de mudar a cada instante. El plan pendiente a la salida de Collazo y Manuel fracasó después de larga espera, por la negativa de los marinos. Compramos otra goleta, para mayor provecho de su Capitán Bastián, que había de llevarnos. El 1º de abril por fin salimos, a las 3 de la mañana, asaltando en los botes abandonados de la playa la goleta *Brothers* que nos esperaba afuera, y a la madrugada siguiente, andábamos en la isla inglesa de Inagua, adonde iba el Capitán para renovar sus papeles, y de allí caer por ruta muy distinta de la que ahora hemos traído. A las pocas horas, era claro que el Capitán había propalado el objeto del viaje, para que las autoridades lo redimiesen de la obligación, impidiéndonos seguir viaje. Por la mañana nos visitó la Aduana someramente: sentíamos crecer la trama: a la tarde, con minutos de aviso de Bastián, volvió la Aduana a un registro minucioso. La recibí, y gané su caballerosidad: nuestras armas podían seguir como efectos personales. Pero los marinos se habían ido: sólo uno fiel quedaba, el buen David, de las islas Turcas. No se hallaban marinos para continuar viaje. Bastián fingía contratarlos, y movía a otros a que los disuadiesen. En tanto, ya nuestra retirada estaba descubierta: por tres días, los necesarios para su llegada a Cuba, podía explicarse nuestra ausencia de Montecristi, por un viaje al interior, y ya corría el tercer día. Podía España avisada asediarnos en Inagua, en la isla infeliz y sin salida. Asomó un vapor alemán, que iba de Cuba al Cabo Haitiano; obtuve del Cónsul de

Haití, Barbes, los pasaportes: y a la mañana siguiente, aquel duro Capitán, con asombro unánime, me rendía el barco, que Barbes devolvió luego a Montecristi, y los $450 que había recibido para sí y la tripulación. Al Cabo llegamos al siguiente día, dejando ya en Inagua comprado a Barbes un buen bote y al favor de un recio temporal nos repartimos en grupos los seis compañeros: el General Gómez, Paquito Borrero, Ángel Guerra, César Salas, joven puro y valioso de las Villas, Marcos del Rosario, bravo dominicano negro, y yo. El 10, continuando el plan forjado en el camino, nos reembarcamos en el vapor *Nordstrand*, Capitán H. Loewe; recogimos en Inagua el bote, y el 11, a las 8 de la noche; negro el cielo del chubasco, vira el vapor, echan la escala, bajamos, con gran carga de parque, y un saco con queso y galletas: y a las dos horas de remar, saltábamos en Cuba. Se perdió el timón, y en la costa había luces. Llevé el remo de proa. La dicha era el único sentimiento que nos poseía y embargaba. Nos echamos las cargas arriba, y cubiertos de ellas, empapados, en sigilo, subimos los espinares, y pasamos las ciénagas. ¿Caíamos entre amigos o entre enemigos? Tendidos por tierra esperamos a que la madrugada entrase más, y llamamos a un bohío: decir ahora más, fuera todavía imprudente, pero antier, cuando asábamos en una parrilla improvisada la primer jutía, y ya estaba el rancho de yaguas en pie, veo saltar hombres por la vereda de la guardia: "¡Hermanos!" "¡Ah hermanos!" oigo decir, y nos vimos en brazos de la guerrilla baracoana de Félix Ruenes. Los ojos echaban luz, y el corazón se les salía. Ahora, de aquí a pocos instantes, emprenderemos la marcha, al gran trabajo, a hacer frente a la campaña de desorganización que se viene encima, –o de intento de impedir que cunda la organización,– con Martínez Campos

de cabeza equivocada, y los autonomistas y cubanos fáciles de voluntario instrumento. Pero con el mismo amor y mente que, hasta aquí, echaremos la campaña atrás. Vemos el riesgo, y eso ya es evitarlo. Maceo y Flor van delante, desde el 1º de abril en que desembarcaron, y creo que el "doctor Agramonte", que de ayudante les acompaña, será Frank, que había ido con la comisión que encargué: a las dos horas del desembarco, pelearon, y se salieron de los 75 que perseguían a los 23, haciéndole un muerto y doce heridos. Adelante van ellos, y nosotros seguimos. A pie, y llegaremos, a tiempo de concertar las voluntades, parar los golpes primeros, y dar a la guerra forma y significación. Allanados parecen los obstáculos que a este fin urgente se hubieran podido presentar: el General Gómez siente hoy, tan vivamente como yo, esa primera necesidad, como medio eficaz y rápido de oponerse a la campaña inicial de reducción y localización que el enemigo va a emprender contra la guerra. Y del espíritu con que por fin entramos en esta labor, les dará muestra el incidente con que para mí se cerró el día de ayer. "General" me llamaba nuestra gente desde que legué, y muy avergonzado con el inmerecido título, y muy querido y conocido, me hallé por cierto entre estos inteligentes baracoanos: al caer la tarde vi bajar hacia la cañada al General Gómez, seguido de los jefes, y me hicieron seña de que me quedase lejos. Me quedé mohíno, creyendo que iban a concertar algún peligro en que me dejarían atrás. A poco sube, llamándome, Ángel Guerra, con el rostro feliz. Era que Gómez, como General en Jefe, había acordado, a consejo de Jefes, a la vez que reconocerme en la guerra como Delegado del Partido Revolucionario, nombrarme, en atención a mis servicios y a la opinión unánime que lo rodea,

Mayor General del Ejército Libertador. ¡De un abrazo, igualaban mi pobre vida a la de sus diez años! Me apretaron largamente en sus brazos. Admiren conmigo la gran nobleza. Lleno de ternura veo la abnegación serena, y de todos, a mi alrededor. ¿Cuándo olvidaré el rostro de Gómez, sudoroso y valiente, y enternecido, cuando subía las lomas resbaladizas, las pendientes de breñas, los ríos a la cintura, con el rifle y revólver y machete y las doscientas cápsulas, y el jolongo al hombro? Y cuando a sus espaldas doy su jolongo al práctico, él me quita mi rifle, y sigue cuesta arriba con el mío y el suyo. Nos vamos halando, hasta lo alto de los repechos. Nos caemos riendo. A la hora de alarma, y las ha habido buenas, los seis rifles están juntos. Hemos dormido en cuevas, y al monte claro: el rancho de la guerrilla, con su ama servicial y su comida caliente, ha sido un lujo. A porfía ahora, se nos muestra cariño. Uno trae su boniato amarillo, o su cabo de salchichón, o su plátano asado: otro me brinda su agua hervida con hoja de naranja y miel de abeja: otro me regala, porque oye decir que la tomé con gusto en el camino, una naranja agria. Los apellidos de New York me andan dando vueltas, Rubio y Urgellez, López y Fromita. El general les habló en fila, y yo, y les quedó el alma contenta. Entre estos cincuenta, armados de buenas armas, hay un asturiano y un vizcaíno. Félix Ruenes, el jefe, es hombre de consejo y moderación, que paga en las tiendas cuanto compra y acomoda a su gente, que recorre entusiasta la jurisdicción, ganando amigos, y fatigando a las desamparadas partidas de quintos, que halan de mal grado sus fusiles Mauser. La guerrilla de Ruenes es nueva, y ya cubre como veterana sus servicios: cargan sin murmurar, comen lo que hallan, duermen por tierra, entre los plátanos: cuando supieron

que estábamos aquí, seis habían caído, del primer cansancio, y se pusieron en pie, empeñados en ir. Hoy, nosotros tomamos el oeste, a las obligaciones: ellos vuelven a su jornada diaria, a levantar el campo.

¿Qué urge que hagan Vds. allá? Lo propuesto, a fin de que lleguen los que faltan, y más armas –el arreglo del servicio de armas y parque, sobre todo ahora que el parque de Mauser no sirve a lo nuestro,– y la guía de las ideas, de modo que encajen, sin cansarse de repetir, con las dos declaraciones esenciales sobre que ha de girar nuestra campaña: 1ª, entramos a combatir con el conocimiento de la tentativa inútil de desorganización, por promesas nulas y estancamiento de la guerra que se nos prepara, y la desdeñamos, sin inquietud, abiertos sólo a la independencia absoluta; 2ª, la guerra nace desde sus arranques con tal carácter de gobierno y durabilidad, y con tal e igual respeto a las exigencias del culto y la justicia con el humilde, al ideal intacto y a la realidad que lo logra, que sin asesinato verdadero e inútil, y deshonroso para los asesinos, no podrán los cubanos, y sobre todo los que se precien de revolucionarios, dejar abandonada esta guerra de composición y previsión, de olvido de todas las injurias y paciencia para todas las debilidades. Me vienen a decir que sale un grupo a armar fuego, con una partida de españoles que anda cerca. Lo esencial, pues, es que se deshaga la nueva conseja: que la guerra quedará abandonada por falta de extensión en la Isla. Y a este peligro, a esta lentitud del Camagüey, respondan Vds. con muestra continua, y siempre respetuosa a los lentos, de la dignidad y alto carácter de la guerra, y, lo que importa más, con la ostentación, hoy indispensable, la ostentación también continua, con un pretexto u otro, de la voluntad

de las emigraciones a ayudar la guerra comenzada hasta acabar. Ante esta resolución, cederán otras. Ahora, en cuanto a armas, se facilitará su introducción, en cuanto podamos fijar lugares de recibo. Goletas de tránsito, con carga disfrazada de provisiones, pueden dejarla en la costa del Sur o el Norte de Baracoa, hoy por hoy, y venir con ella algún baracoano, para que se desenvuelva entre su gente, y venga a salvar la carga Félix Ruenes. El disfraz es por si detienen la goleta ajena. Lo mejor, lo único seguro, es la goleta propia. El práctico Vargas está en Nassau. Véanlo. O algún otro Capitán nuestro. Puede pasar por Inagua, como provisiones en tránsito, que allí no registran, consignando algo al paso (un poco de maderas) M. Barbes & Co., y de allí caer de una bordada sobre la isla, con 10 o 20 hombres, esconder la carga, y luego volver por ella. Para Baracoa, hay otro medio: he escrito al tibio Svu, amigo de Fromita el de Filadelfia, a que compre 100 rifles, por medio de Vds., y se los dé a traer, o diga, por Fromita o por otro, cómo pueden venir en algunos de los vapores que vienen a él. Lo cierto es esto: aquí habría tantos cubanos alzados como armas llegasen.

Y a otra cosa hay que atender. A la campaña primera española, la campaña política, para reducir la guerra –a que hemos de oponer la habilidad enérgica adentro y Vds. afuera la resolución ferviente y ostentosa de ayudar,– sucederá, con la ira del fracaso y el ímpetu de la desesperación, una campaña de fuerza, ruda y corta, a la que Vds. allá han de estar preparados. Empuje contra empuje. Sólo empleen lo indispensable, y abran vías para esa gran arremetida, la arremetida decisiva. Yo haré cuanto me dejen hacer. Si no se me compele, ni me compele mi deber, a volver allá, con

los hechos de aquí veré de abrirles grandes fuentes allá, dos o tres buenas fuentes. Pediré de limosna el buen día de trabajo. Basta, ordenándolo bien. Mil armas más, y parque para un año, y hemos vencido. Pero hay que pensar incesantemente en el modo de repeler con un buen empuje esa campaña de fuerza.

De cuanto digo, nada publiquen que pueda denunciar el camino que trajimos ni a los que nos sirvieron. Al Capitán Loewe di una carta justa, y él les puede servir: sólo en el caso indudable, e improbable, de que hubiese perdido su situación por nuestra culpa, le ofrecí $500 más: recibió, pera él y los suyos, $680. Gente, hubiera podido venir mucha nuestra de Sto. Domingo; pero la vigilancia extrema nos obligaba a no salir, o salir como lo hemos hecho. Si hay que publicar, compongan el relato vivamente, con lo que va dicho, sin descubrir el camino. El hecho, el júbilo cubano, la victoria sobre España, la acción rápida y luminosa –y basta: los seis hombres, repecho arriba. Allá medirán lo que conviene. Aquí incluyo carta, del General, que pondrán enseguida en camino, –y de Borrero, de alma angélica, a sus hijas,– y acaso incluiré, en sobre aparte, las proclamas de Borrero y Ruenes, y los nombres de la guerrilla, que ahí publicarán con todo honor. De ahí ¿habrán podido salir –o saldrán ahora al ver cómo se llega– Collazo, Serafín y Roloff, Rodríguez? ¿Qué de Calixto y de Céspedes? En Vds. me miro y me fío. ¡Qué recordarlos, calladamente, en la alegre dificultad de las lomas, o cuando el General, con su hermosa sonrisa de fatiga, se volvía a hablarme de Gonzalo y de Guerra, o acostado cama a cama, sobre las hojas que cariñosamente había cortado para mí, pensábamos en los ausentes, y en New York! Se habla poco, y se ama mucho. El alma crece y se suaviza en el desinterés y en el peligro.

Ya me acortan el tiempo, y debo acabar. Junten bien, y a constante altura, la acción de Vds. con la nuestra. Descabecen la intriga de ahora. Prepárense a la campaña de fuerza. No intenten expediciones de hombres, sino de armas y parque; con poca custodia. Mandados hacer están para eso –armas y parque y 10 hombres cada vez– los vapores de *Hatton*. Magnifico y posible seria que tomase de Capitán, 1º y 2º contramaestre y maquinista, con triple o cuádruple sueldo del que tienen, a los buenos amigos del vapor *Nordstrand*, que se harán conocer de Vd. Así, con vapor de paso natural, que dejaría al ir o al volver, y con tripulación nuestra ¿quién peligra? Trabajen recio en esa combinación. Que en cada grupo venga alguien hecho a la manigua. No dejen, sobre todo, de la mano los trabajos encaminados a enseñar con su carácter firme, ordenado, y decidido a avanzar, a la revolución: –corten a sus enemigos la esperanza de hacerla atrás: vean, y aplaudan, la nobleza con que se juntan, sin más idea que el bien patrio inmediato y entero, las fuerzas diversas, viejas y nuevas de la revolución: –graben en su corazón la hermandad y ternura con que estas manos gloriosas reciben y cuidan al soldado recién venido: –quiéranme mucho al viejo general: –y llenos de orgullo justo, y fe merecida, en la bravura y decisión de su pueblo, adivinen la felicidad que inunda, sin más tristeza que la de ver lejos a las almas queridas, a su

José Martí

Circular a los jefes

26 de abril de 1895

Cuartel General en Campaña

La Isla de Cuba, en virtud del trabajo general y respetuoso que inició el Partido Revolucionario Cubano, se ha levantado de su libre voluntad después de largo y previo acuerdo con el apoyo ordenado del exterior, para conquistar, con una guerra enemiga de la devastación innecesaria y de la violencia inútil, su independencia absoluta de la dominación española.

Jamás la revolución que ha estallado en Cuba pensó en admitir ni en oír siquiera, –por la incapacidad radical de España y por la insuficiencia patente para Cuba del mayor extremo de libertad española,– proposición alguna de España, directa o indirecta, que tendiese a abatir las armas cubanas con algo menos que con el reconocimiento de la independencia del país.

Cuantos brazos se han alzado para extirpar el gobierno extranjero, han firmado antes la obligación de sustentar, hasta caer, la guerra por la independencia definitiva.

Un pueblo americano como Cuba, con carácter y elementos de vida propios, capaz de gobernarse por la cultura y laboriosidad de sus hijos, y unificados después de la esclavitud en el sacrificio de la guerra, no puede continuar en la servidumbre innecesaria de un pueblo lejano como el español, de espíritu diverso, abocado a una división próxima y cuya viciosa existencia nacional depende principalmente de la explotación pública y secreta de nuestra Isla.

Meros cambios del nombre de los Consejos españoles del gobierno en Cuba, ni ninguna otra reforma, pueden mudar el hecho innegable de la absoluta ineptitud de España para privarse de los

recursos pingües que por vías públicas o individuales, tan corrompidas como corruptoras, deriva de la Isla.

La ayuda lamentable de un grupo escaso de cubanos al propósito español de reducir o localizar la guerra suponiéndola, por labios serviciales de hijos del país, tendencias locales o de otra especie indignas de refutación, y radicalmente diversas del espíritu vasto y grandioso que le conocen de sobra los que de público lo niegan, no es más que un error tan punible como será oportuno el arrepentimiento de él, o la resistencia natural, y siempre arrollada, de los hombres tímidos al sacrificio, y de los hombres egoístas a los deberes de la humanidad.

Ni el gobierno de España, ni nadie en su nombre, puede ofrecer sinceramente a Cuba concesiones que España por su Constitución nacional: no puede confirmar, que en su mayor extensión no bastarían a las dotes superiores y al grado de desarrollo del país, y que sólo con indignación, y como insulto verdadero, puede oír la dignidad cubana.

La guerra por la independencia de un pueblo útil y por el decoro de los hombres vejados, es una guerra sagrada, y la creación del pueblo libre que con ella se conquista es un servicio universal. El que pretende detener con engaño la guerra de independencia, comete un crimen.

En esta virtud, la Revolución, por sus representantes electos, vigentes hasta que ella se dé nuevos poderes, en descargo de su deber intima a Vd. que en el caso de que en cualquier forma y por cualquier persona se le presenten proposiciones de rendición, cesación de hostilidades o arreglo que no sea el reconocimiento de la independencia absoluta de Cuba –cuyas proposiciones ofensivas y nulas no pueden ser más que un ardid de guerra para aislar o

perturbar la Revolución,– castigue Vd. sumariamente este delito con la pena asignada a los traidores a la Patria.

Saludan a Vd. y a las fuerzas a su mando en Patria y Libertad.

El Delegado	El General en Jefe
José Martí	Máximo Gómez

Circular
Política de la guerra

Cuartel General del Ejército Libertador

Abril 28 de 1895

La guerra debe ser sinceramente generosa, libre de todo acto de violencia innecesaria contra personas y propiedades, y de toda demostración o indicación de odio al español.

Con quien ha de ser inexorable la guerra, luego de probarse inútilmente la tentativa de atraerlo, es con el enemigo, español o cubano, que preste servicio activo contra la Revolución. Al español neutral, se le tratará con benignidad, aun cuando no sea efectivo su servicio a la Revolución.

Todos los actos y palabras de ésta deben ir inspirados en el pensamiento de dar al español la confianza de que podrá vivir tranquilo en Cuba, después de la paz.

A los cubanos tímidos y a los que, más por cobardía que por maldad, protesten contra la Revolución, se les responderá con energía a las ideas, pero no se les lastimarán las personas, a fin de

tenerles siempre abierto el camino hacia la Revolución, de la que de otro modo huirían, por el temor de ser castigados por ella.

A los soldados quintos se les ha de atraer, mostrándoles compasión verdadera por haber de atacarlos, cuando los más de ellos son liberales como nosotros y pueden ser recibidos en nuestras fuerzas con cariño.

A los prisioneros, en términos de prudencia, se les devolverá vivos y agradecidos.

A nuestras fuerzas se las tratará de manera que se vaya fomentando en ellas, a la vez, la disciplina estricta y el decoro de hombres, que es el que da fuerza y razón al soldado de la Libertad para pelear; no se perderá ocasión de explicarles en arengas y conversaciones, el espíritu fraternal de la guerra; los beneficios que el cubano obtendrá con la Independencia, y la incapacidad de España para mejorar la condición de Cuba y para vencernos.

En cuanto a las propiedades, se respetarán todas aquellas que nos respeten, y sólo se destruirán, después de anuncios reiterados y de la prueba completa de su hostilidad, aquellas de que se sirva o asile habitualmente el enemigo: o alberguen al cubano que hace armas contra la Revolución.

El desarrollo de la guerra irá precisando más en este punto, la benevolencia o el rigor: por hoy, la regla ha de ser servirse de los auxilios de los propietarios, para las necesidades legítimas de la Guerra, de alimentación, vestuario, y en casos posibles, de armas y parque.

La guerra se debe mantener del país; pero no debe exigirle más de lo necesario para mantenerse, salvo en los casos probados de

que se preste mayor o igual auxilio al enemigo, del prestado a la Revolución.

El Delegado	El General en Jefe
José Martí	Máximo Gómez

Al *New York Herald* (fragmento)

2 de mayo de 1895

Sr. Director
del "New York Herald"

[...]

Con el poder de estas justicias; con la fuerza de indignación del hijo de Cuba bajo las vejaciones y gravámenes con que la diezmó España en la guerra de independencia, y le negó la más insignificante mejora en diez y siete años de política inútil de espera, y con la responsabilidad del deber de Cuba en el trabajo de liga y acción a que en la junta de los océanos se preparan los pueblos del orbe, han vuelto los cubanos, de un cabo a otro de su tierra, a demandar a la última razón de las armas, sin odio contra su opresor, y por los métodos estrictos de la guerra culta, el puesto de República que permitirá al hijo de Cuba el empleo de su carácter y aptitud y el derecho de abrir su tierra cegada al trato pleno con las naciones a que la acercó la naturaleza y la atrae su capacidad común, y en el cubano a nadie superior para la altivez y el orden de la libertad.

Plenamente conocedor de sus obligaciones con América y con el mundo, el pueblo de Cuba sangra hoy a la bala española, por la empresa de abrir a los tres continentes en una tierra de hombres, la república independiente que ha de ofrecer casa amiga y comercio libre al género humano.

A los pueblos de la América española no pedimos aquí ayuda, porque firmará su deshonra aquel que nos la niegue. Al pueblo de los Estados Unidos mostramos en silencio, para que haga lo que deba, estas legiones de hombres que pelean por lo que pelearon ellos ayer, y marchan sin ayuda a la conquista de la libertad que ha de abrir a los Estados Unidos la Isla que hoy le cierra el interés español. Y al mundo preguntamos, seguros de la respuesta, si el sacrificio de un pueblo generoso, que se inmola por abrirse a él, hallará indiferente o impía a la humanidad por quien se hace.

En demostración de los altos fines y de los métodos cultos de la guerra de independencia de Cuba, y en testimonio de singular gratitud a *The New York Herald*, suscriben aquí, como representantes electos, y hasta hoy vigentes, de la revolución, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano y el General en Jefe del Ejército Libertador, en Guantánamo, a 2 de mayo de 1895.

El Delegado
José Martí

El General en Jefe
Máximo Gómez

Carta póstuma a Manuel Mercado

Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895

Señor Manuel Mercado

Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir, ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber –puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo– de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos –como ese de Vd. y mío– más vitalmente interesadas en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia –les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos.

Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: y mi honda es la de David. Ahora mismo, pues días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal de *Herald*, que me sacó de la hamaca en mi rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, sin cintura ni creación, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le pide

sin fe la autonomía de Cuba contenta sólo de que haya un amo, yanqui o español, que les mantenga, o les cree, en premio de oficios de celestinos, la posición de prohombres desdeñosos de la masa pujante, la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país, la masa inteligente y creadora de blancos y de negros.

Y de más me habla el corresponsal del *Herald*, Eugenio Bryson: de un sindicato yanqui –que no será– con garantía de las aduanas, harto, empeñadas con los rapaces bancos españoles, para que quede asidero a los del Norte; incapacitado afortunadamente, por su entrabada y compleja constitución política, para emprender o apoyar la idea como obra de gobierno. Y de más me habló Bryson, aunque la certeza de la conversación que me refería, sólo la puede comprender quien conozca de cerca el brío con que hemos levantado la revolución, –el desorden, desgano y mala paga del ejército novicio español– y la incapacidad de España para allegar en Cuba o afuera los recursos contra la guerra, que en la vez anterior sólo sacó de Cuba. Bryson me contó su conversación con Martínez Campos, al fin de la cual le dio a entender éste que, sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos. Y aun me habló Bryson más: de un conocido nuestro y de lo que en el Norte se le cuida, como candidato de los Estados Unidos, para cuando el actual Presidente desaparezca, a la Presidencia de México.

Por acá yo hago mi deber. La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas, a que sólo daría relativo poder su alianza con el gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aun contra el empleo franco de todas esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás la aceptarán de un país en guerra,

ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptará la anexión, el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana.

Y México, ¿no hallará modo sagaz, efectivo o inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quién lo defiende? Sí lo hallará, –o yo se lo hallaré. Esto es muerte o vida, y no cabe errar. El modo discreto es lo único que se ha de ver. Ya yo lo habría hallado y propuesto. Pero he de tener más autoridad en mí, o de saber quién la tiene, antes de obrar o aconsejar. Acabo de llegar. Puede aún tardar dos meses, si ha de ser real y estable, la constitución de nuestro gobierno, útil y sencillo. Nuestra alma es una, y la sé, y la voluntad del país; pero estas cosas son siempre obra de relación, momento y acomodos. Con la representación que tengo, no quiero hacer nada que parezca extensión caprichosa de ella. Llegué, con el General Máximo Gómez y cuatro más, en un bote en que llevé el remo de proa bajo el temporal, a una pedrera desconocida de nuestras playas; cargué, catorce días, a pie por espinas y alturas, mi morral y mi rifle; alzamos gente a nuestro paso; siento en la benevolencia de las almas la raíz de este cariño mío a la pena del hombre y a la justicia de remediarla; los campos son nuestros sin disputa, a tal punto, que en un mes sólo he podido oír un fuego; y a las puertas de las ciudades, o ganamos una victoria, o pasamos revista, ante entusiasmo parecido al fuego religioso, a tres mil armas; seguimos camino, al centro de la Isla, a deponer yo, ante la Revolución que he hecho alzar, la autoridad que la emigración me dio, y se acató adentro, y debe renovar conforme a su estado nuevo, una asamblea de delegados del pueblo cubano visible, de los revolucionarios en armas. La revolución desea plena libertad en el ejército, sin las trabas que antes le opuso una Cámara

sin sanción real, o la suspicacia de una juventud celosa de su republicanismo, o los celos, y temores de excesiva prominencia futura, de un caudillo puntilloso o previsor; pero quiere la revolución a la vez sucinta y respetable representación republicana, la misma alma de humanidad y decoro, llena del anhelo de la dignidad individual, en la representación de la república, que la que empuja y mantiene en la guerra a los revolucionarios. Por mí, entiendo que no se puede guiar a un pueblo contra el alma que lo mueve, o sin ella, y sé cómo se encienden los corazones, y cómo se aprovecha para el revuelo incesante y la acometida el estado fogoso y satisfecho de los corazones. Pero en cuanto a formas, caben muchas ideas, las cosas de hombres, hombres son quienes las hacen. Me conoce. En mí, sólo defenderé lo que tengo yo por garantía o servicio de la revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad. Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúmplame esto a mí, o a otros.

Y ahora, puesto delante lo de interés público, le hablaré de mí, ya que sólo la emoción de este deber pudo alzar de la muerte apetecida al hombre que, ahora que Nájera no vive donde se le vea, mejor lo conoce y acaricia como un tesoro en su corazón la amistad con que Vd. lo enorgullece.

¡Ya sé sus regaños, callados, después de mi viaje y tanto que le dimos, de toda nuestra alma, y callado él! ¡Qué engaño es éste y qué alma tan encallecida la suya, que el tributo y la honra de nuestro afecto no ha podido hacerle escribir una carta más sobre el papel de carta y de periódico que llena al día!

Hay afectos de tan delicada honestidad...

Nota final

El PRC después de la muerte de José Martí

José Martí desembarcó en Cuba con el General Máximo Gómez y un grupo de militares veteranos y novatos en un pequeño bote al sur del oriente. Iba en calidad de Delegado del Partido Revolucionario Cubano y dedicó sus primeros días en Cuba a tomar medidas que garantizasen el rápido apoyo de los emigrados a los insurgentes y crear las condiciones necesarias para construir la institucionalidad del campo independentista. Era urgente la creación de un Gobierno y de una Constitución en esa nueva etapa de luchas.

Había varias tendencias e ideas conflictivas en el campo independentista: unos querían la creación de una junta militar que dirigiera a los cubanos sin presencia del parlamento como en la primera guerra; otros querían este último, pues temían que se abriera camino para una futura dictadura militar en la república. Martí defendía la creación de una nueva estructura de gobierno sin militarismo ni excesivo civilismo, que fuera capaz de garantizar el predominio de un gobierno civil y democrático, pero sin afectar la autonomía de los militares en sus funciones específicas.

Estaba empeñado en esas gestiones cuando lo sorprendió la muerte al participar de un pequeño combate, el primero suyo, el día 19 de mayo de 1895.

Su fallecimiento repentino influyó en el camino que tomó la insurrección posteriormente. Fue convocada una Asamblea Constituyente donde las posiciones contrapuestas, heredadas de la Guerra de los diez años, se manifestaron. El equilibrio entre civiles y militares no fue conseguido y se consolidó en los años siguientes, el predomínio de los civilistas.

También sectores de las clases medias y altas fueron se enquistando en la dirección de la República en Armas, reforzando los intereses de esas clases.

Paralelamente en la emigración, Tomás Estrada Palma, un ex-presidente de la República en Armas que sería el sustituto de José Martí, privilegió a los integrantes de sectores profesionales y empresariales que no compartían los ideales democráticos –y en algunos casos eran ocultamente anexionistas, como él mismo. Ellos fueron minando el contenido y los mecanismos democráticos del Partido, alejándolo de los propósitos de su fundador. Con el pretexto de la necesidad de concentrar los esfuerzos en el envío de expediciones a Cuba y en las labores diplomáticas, no se consultaban más las opiniones de las bases ni se priorizó la educación de los emigrados para componer una república nueva y diferente en el futuro. La fraternidad que José Martí hacia vigorar en la vida cotidiana del Partido fue abandonada.

Hubo representantes de los sectores populares en la emigración que denunciaron el abandono de esos principios y el control de la dirección del PRC por los sectores tradicionalmente privilegiados.

Ellos temían que la futura república independiente naciese oligárquica, como sucedió en la mayoría de los países latinoamericanos después de las independencias.

Cuando finalmente, en 1898, los Estados Unidos entraron en la guerra contra España y esta fue rápidamente derrotada con el apoyo activo de las tropas cubanas, Estrada Palma envió en el día 20 de diciembre de 1898 una Circular a todos los Clubes y Cuerpos de Consejo, dando por terminado los trabajos del Partido, considerando que, concluida la guerra no había razón de ser del PRC.

El ejército norteamericano ocupó Cuba desde 1899 hasta 1902 y ocurrió todo lo que José Martí temía: fue creada una república oligárquica, con todos los males que esa condición implica socialmente, el país fue convertido en una semicolonia de los Estados Unidos y a partir de entonces comenzó un ciclo de ataques e invasiones a los países de Centro-América y del Caribe como parte de su expansión imperialista sobre Nuestra América, como denominaba Martí nuestra región.

Bibliografía

Capítulo I – Documentos programáticos del PRC

MARTÍ, José. Bases del Partido Revolucionario Cubano. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 1, p. 279-280.

MARTÍ, José. Estatutos secretos del Partido. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 1, p. 281 a 284.

MARTÍ, José. A los presidentes de los Clubs del PRC en el cuerpo de Consejo de Key West. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 1, p. 441-447.

Capítulo II – Política e ideología

MARTÍ, José. Discurso en el Liceo Cubano, Tampa. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 4, p. 269-279.

MARTÍ, José. Nuestras ideas. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 1, p. 315-322.

MARTÍ, José. Patria. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 1, p. 323-324.

MARTÍ, José. La proclamación del Partido Revolucionario Cubano. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 1, p. 387-391.

MARTÍ, José. El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la revolución y el deber de Cuba en América. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 3, p. 138-143.

MARTÍ, José. Discurso en Hardman Hall (fragmento). *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 4, p. 329-331.

Capítulo III – La política y la ética en la política

MARTÍ, José. La revolución (fragmento). *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 3, p. 75-78.

MARTÍ, José. La política. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 1, p. 335-337.

Capítulo IV – Financiamiento y recaudación de fondos

MARTÍ, José. El día de la Patria. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 4, p. 435-436.

MARTÍ, José. A la comisión de colectas del comercio de Key West. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 3, p. 125.

MARTÍ, José. A Rodolfo Menéndez. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 3, p. 171-174.

MARTÍ, José. A Marcos Morales y Emilio Brunet. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 3, p. 175-176.

Capítulo V – Contra el autonomismo y el anexionismo

MARTÍ, José. La agitación autonomista. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 1, p. 331-335.

MARTÍ, José. A Pedro Gómez y García. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 4, p. 424-425.

MARTÍ, José. A la raíz. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 2, p. 377-380.

MARTÍ, José. La verdad sobre los Estados Unidos. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1991. t. 28, p. 290-294.

Capítulo VI – La unidad de diferentes clases y sectores sociales

MARTÍ, José. Los pobres de la tierra. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 3, p. 303-305.

MARTÍ, José. El General Gómez (fragmento). *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 4, p. 445-451.

MARTÍ, José. El lenguaje reciente de ciertos autonomistas. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 3, p. 263-266.

MARTÍ, José. Los cubanos de Jamaica y los revolucionarios de Haití. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 3, p. 103-106.

MARTÍ, José. Mi raza. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 2, p. 298-300.

MARTÍ, José. Los cubanos de Jamaica en el Partido Revolucionario. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 2, p. 21-27.

MARTÍ, José. La revolución (fragmento). *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 3, p. 78-79.

MARTÍ, José. Un español. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 4, p. 389-391.

Capítulo VII – Convivencia, fraternidad y honradez

MARTÍ, José. ¡A Cuba! *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 3, p. 47-54.

MARTÍ, José. En los talleres. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 4, p. 398-400.

MARTÍ, José. Un cubano en New Orleans. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 4, p. 438-440.

MARTÍ, José. Cayetano Soria. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 4, p. 415-417.

MARTÍ, José. Desgracia de un amigo. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 4, p. 455.

Capítulo VIII – El PRC en la guerra

MARTÍ, José. Manifiesto de Montecristi. El Partido Revolucionario Cubano a Cuba. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas.* La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 4, p. 93-101.

MARTÍ, José. A Federico Henríquez y Carvajal. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 4, p. 110-112.

MARTÍ, José. Benjamín y Gonzalo. *In:* MARTÍ, José. *Obras completas.* La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 4, p. 121-122.

MARTÍ, José. A Gonzalo de Quezada y Benjamín Guerra. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 4, p. 124-130.

MARTÍ, José. Circular a los jefes. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 4, p. 135-137.

MARTÍ, José. Circular Política de la guerra. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 4, p. 140-141.

MARTÍ, José. Al New Herald (fragmento). *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 4, p. 159-160.

MARTÍ, José. Carta póstuma a Manuel Mercado. *In*: MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 20, p. 161-164.

Nota final – El PRC después de la muerte de José Martí

HIDALGO, Ibrahim. *Contradicciones y disoluciones*. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2004.

Sobre los traductores

Dionisio Lázaro Poey Baró

Tiene graduación en Historia en la Universidad de la Habana (1981), maestría y doctorado en Historia (2009) en la Universidad de Brasilia (UnB). Fue investigador del Centro de Estudios Martianos en La Habana, Cuba. Actualmente es profesor de Historia de África y coordinador de la Casa de Estudios Brasil-África de la Universidad Federal de Pará (UFPA) y professor e investigador del Núcleo de Estudios Cubanos del Centro de Estudios Avanzados Multidisciplinarios (Ceam) de la UnB. Ha publicado diversos trabajos sobre relaciones raciales, historia de Cuba y pensamiento de José Martí. Tradujo, con Maria Auxiliadora César, el ensayo de José Martí *Nuestra América*, publicado por la Editora UnB (2011) en edición bilingüe.

Ha publicado diversos trabajos sobre relaciones raciales, historia de Cuba y pensamiento de José Martí. Tradujo, con Maria Auxiliadora César, el ensayo de José Martí *Nuestra América* (Editora UnB, 2011, edición bilíngüe).

Maria Auxiliadora César

Licenciada en Trabajo Social y Sociología, con especialización y maestría en Política Social por la Universidad de Brasilia (UnB, 1994). Doctora en Sociología por la Universidad de La Habana, Cuba. Miembro fundador del Núcleo de Estudios Cubanos (Nescuba) del Centro de Estudios Avanzados Multidisciplinarios (Ceam) de la UnB y editora responsable por la publicación de Panorama de la Realidad Cubana – Cuadernos del Ceam. Participa del grupo de investigación Politiza. Miembro del Consejo Editorial del Boletín *Politizando*, del Neppos/Ceam/UnB. Ha publicado libros, artículos y resultados de investigaciones en diferentes periódicos sobre temas relacionados a la política social; al contrapunto entre los sistemas de bienestar capitalista y socialista; a la cuestión de género; a la criminalidad; a la explotación sexual de niñas y adolescentes; al tráfico de mujeres y al sistema penitenciario; y también a la obra de José Martí.

Condecorada con la Medalla de la Amistad por el Consejo de Estado de la República de Cuba en el 2003. Jubilada del Departamento de Servicio Social de la UnB, actualmente es investigadora y coordina el curso para estudiantes de graduación "Proceso socio histórico cubano y contexto actual" y es profesora voluntaria en el Nescuba/Ceam/UnB; coordina el "Rincón de Brasil en Cuba. Memorial Hélio Dutra" e integra el Grupo de Trabajo de Clacso José Martí: pensamiento y acción del Centro de Estudios Martianos.

Tradujo, con Dionisio Lázaro Poey Baró, el ensayo de José Martí *Nuestra América* (Editora UnB, 2011, edición bilíngüe). Le fue otorgado por la UnB, en el 2020, el título de profesora emérita.

